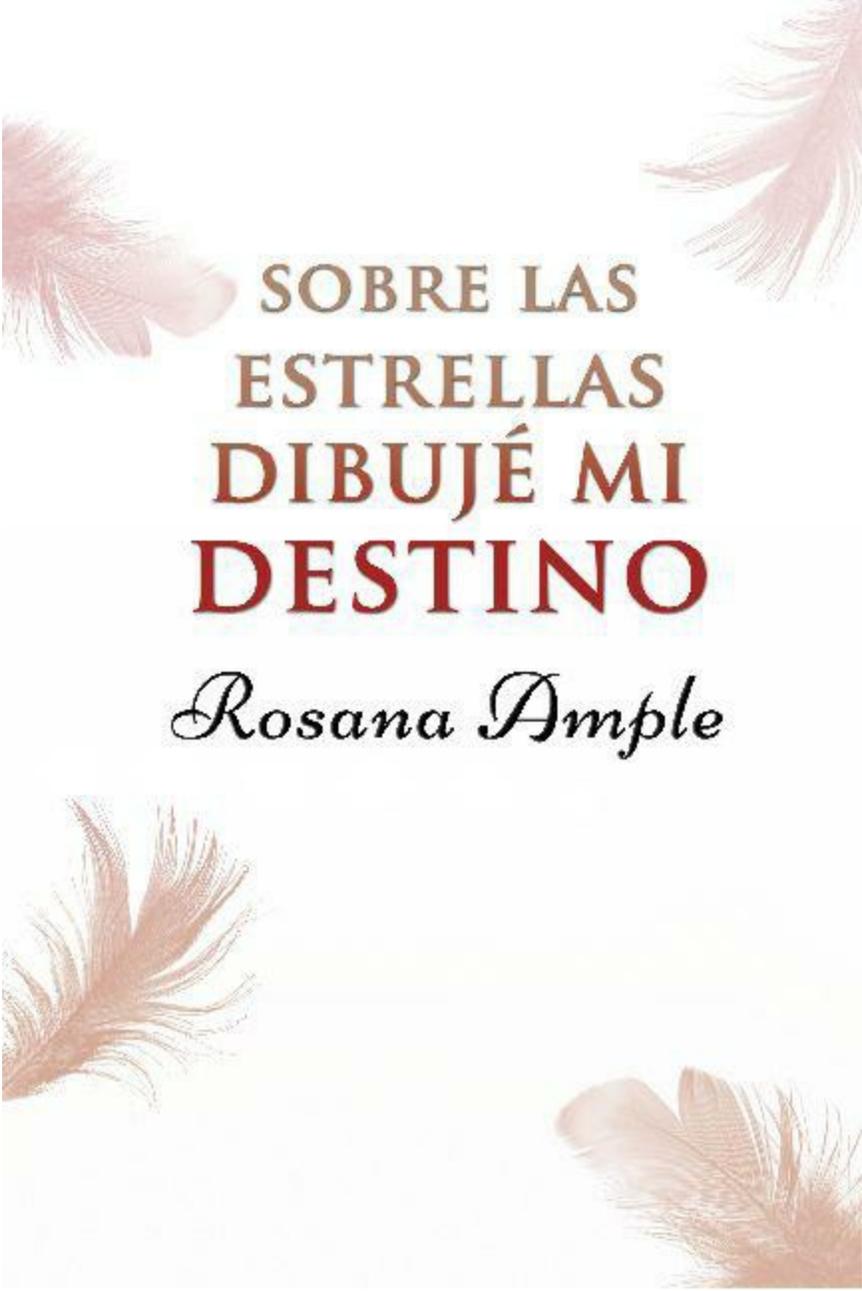




SOBRE LAS  
ESTRELLAS  
DIBUJÉ MI  
DESTINO

*Rosana Ample*



SOBRE LAS  
ESTRELLAS  
DIBUJÉ MI  
DESTINO

*Rosana Ample*

Sobre las estrellas dibujé mi destino

Rosana Ample

© Rosana Ample

ISBN: 9781523890743

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o almacenada en un sistema informático o transmitido de cualquier forma o cualquier medio electrónico, mecánico fotocopia grabación u otros métodos sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Diseño de portada: Alicia Vivancos

Maquetación Interior: Alicia Vivancos

[www.aliciavivancos.com](http://www.aliciavivancos.com)

*A mis padres y hermana.*



PARTE  
1

## Sin un adiós

Quedaban doce minutos para darle la bienvenida al 2011; era el primer fin de año de Andrea sin su marido.

Eligió ponerse el mejor vestido que tenía en su armario, diseñado por Oscar de la Renta, largo, de color gris perla, con escote asimétrico y una abertura lateral que nacía en su cadera descubriendo sus largas y delgadas piernas.

Recordó el rostro de deseo de Ignasi la primera vez que se lo puso, mientras le colocaba sus grandes manos sobre su fina cintura y la piropeaba. Seguía manteniendo una bonita figura, a pesar de sus cuarenta y seis años.

Su frágil y solitario estado la había llevado a una leve dejadez, poco apta para semejante vestido, al cual no le acompañaban buenos complementos. Calzaba unas pantuflas color rosa y llevaba el pelo desastroso, enroscado con un coiletero. Su pálido pero sonrosado rostro se había tornado más blanquecido y apagado.

Desde los altavoces con forma de prisma, conectados al sofisticado televisor, escuchaba la bella voz de María Callas. La melodía la transportó a maravillosos recuerdos, en los que Ignasi y ella acostumbraban a escuchar, tumbados uno sobre el otro— con sus cuerpos desnudos— las mejores óperas de todos los tiempos.

Ambos eran de los pocos que valoraban que una buena ópera debía estar cantada en el idioma originario del compositor. Sentada sobre la alfombra del salón, Andrea fumaba y bebía whisky de su vieja patria irlandesa.

Sobre los bordes del resto de una pizza, acababa de apagar su tercera colilla. En ese instante volvió a ojear la póliza de seguro de vida de su marido y se dio cuenta de que la había manchado de salsa de tomate. Aquella mancha revelaba lo poco que le interesaba el papel.

Siempre había respetado su pasión por los deportes de riesgo, e incluso disfrutaba viendo sus descargas de adrenalina. Recordaba su penúltima aventura en kayak, cruzando el lago Saimaa, en Finlandia, el pasado verano. No le había importado regresar con las manoa, e uns llenas de llagas por la fría travesía. Según él, sólo por contemplar la naturaleza del lugar ya valía la

pena. El salón estaba repleto de fotografías de sus circuitos. Entre las fotos de su viaje a Perú, adentrándose en selvas vírgenes, donde asentó su campamento cerca de los indígenas, y el día que ascendió a la parte más alta del Everest, reposaba su urna cineraria de cerámica.

Llevaba tres meses sin él y trataba de volver a encontrarle sentido a la vida.

Se preguntaba por qué le estaba costando tanto adaptarse. Habían sido un matrimonio independiente y dinámico, en que ambos recelaban de sus vidas paralelas. Un matrimonio poco convencional, a ojos de la gente prejuiciosa.

Lo que más le dolía a Andrea era que siempre había intuido que habría un trágico final. Ignasi provocaba a la muerte, admitía sentir una sensación adictiva cada vez que rozaba los límites de ésta.

Sentía su presencia en el salón, estaba convencida de que él estaba ahí, con ella. Apagó la música para regocijarse del silencio. En menos de un minuto, sintió escalofríos en su oreja derecha y posteriormente en todo su cuello.

—Estás aquí, cariño, huelo tu perfume, no te vayas, quédate aquí, me he puesto tu vestido favorito, ¿te gusta? Bueno, no me he arreglado mucho, no pensé que vendrías, la verdad es que no estoy de humor —dijo entre sollozos.

De repente, escucho gritos en la calle, vecinos que soplaban estridentes silbatos y aplaudían. El 2011 acababa de llegar. Alzó su copa de whisky y balbuceó entre lágrimas.

—Feliz año nuevo, amor mío, estés donde estés.

## El hallazgo de Emma

La prohibición despierta el deseo, especialmente a adolescentes curiosos como Emma Barceló. La oscura azotea siempre estuvo cerrada ante sus ojos, hábitat abandonado por sus padres y con entrada vetada. Nunca les vio entrar o salir de esa habitación alargada y estrecha de techos bajos. La primera vez que decidió entrar era verano; no resistió ni un minuto en el interior, las tejas de pizarra convertían la habitación en una sauna. La mejor fecha para entrar era en invierno y a horas en que la luz solar acompañase. Justo en esa franja horaria, ella se encontraba en la escuela.

Siempre intuyó que escondían secretos y no entendía por qué abandonaban sus recuerdos —en especial su madre, que nunca hablaba sobre el pasado—.

Llevaba desde los catorce años buscando la llave de ese pequeño baúl; era lo único que le quedaba por rastrear. No le obsesionaba, simplemente no perdía la fe de que algún día la encontraría. Anteriormente ya había abierto cajas llenas de polvo y telarañas, había ojeado estanterías de viejos libros cuyas páginas escondían una postal con un sello exótico (alguien que desconocía saludaba a un pariente suyo con especial cariño), y Emma sentía el ímpetu de saber más...

Coincidiendo con el puente de Todos los Santos, *Emma* no tenía escuela el lunes 31. Su madre estaba trabajando y tenía vía libre; sin embargo, su actitud disciplinaria de excelente estudiante, le hicieron olvidar la posibilidad de poder subir a la azotea en plena luz del día. Estudiaba periodismo en La Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Internacional de Cataluña, quería especializarse en periodismo de investigación.

Tras varias horas de estudio, su mente perdió la concentración y le pidió un poco de diversión, de modo que buscó entre sus redes sociales. La mayoría de actualizaciones de los perfiles estaban relacionadas con Halloween y, sin saber por qué, le vino a la mente el cementerio de los recuerdos de papá y mamá.

Se había hecho mayor; el sitio no era tan grande como ella lo recordaba, y permanecían enseres que no había percibido antes o que, con el paso del

tiempo, ya no tenía aversión en tocar o contemplar.

Emma apreció algo nuevo: las paredes de la habitación eran de ladrillo común, algo discordante en una casa diseñada hacía veinticinco años por uno de los mejores arquitectos de Barcelona. Es más, sus padres nunca habían escatimado en la estética del hogar; había una imperfección en una esquina, un ladrillo estaba colocado de forma lateral y mostraba los agujeros cuadrados. Se acercó para atisbar ese nuevo detalle e inesperadamente encontró lo que durante años buscaba; escondida, pero mostrándose a cualquier audaz indagador, se hallaba una vieja llave de bronce pesada con un cabezal en forma de trébol. Pensó en los orígenes irlandeses de su madre y dedujo que en el interior se debían encontrar bellos recuerdos de su infancia y pertenencias de sus difuntos abuelos O'Keeffe.

Tenía que darse prisa, pronto empezaría a oscurecer y la bombilla de la entrada no iluminaba suficiente la gran sala de techos bajos. Además, su madre estaría a punto de llegar. Quitó el polvo de la llave con la sabana que cubría una vieja mecedora y con dinamismo procedió a abrir el baúl e inventariar el contenido.

En ese instante el pelirrojo Ramsés, su avisado gato, salió de la azotea y bajó hasta el gran recibidor para dar la bienvenida a la dueña de la casa.

Su madre acababa de llegar. No obstante, Emma no vaciló, tomó el baúl, lo dejó en su habitación y guardó la llave en sus vaqueros. Seguidamente bajó al salón para reunirse con su madre y ayudarla a preparar la cena.

\*\*\*

Estaba impaciente por terminar de cenar, darle un beso de buenas noches a mamá y descubrir qué escondía ese baúl.

—Mami, no haces buena cara, ¿tuviste un mal día? —preguntó Emma.

—La verdad es que ha sido un día normal... últimamente me siento excesivamente cansada —contestó Andrea.

Se habían terminado aquellas copiosas y familiares cenas en que su padre cortaba jamón ibérico como entrantes y preparaba el *pa amb tomaca*, en que siempre había peleas por el idioma oficial del hogar. Emma e Ignasi hablaban en catalán; Andrea pensaba que lo hacían para guardarle secretos, pero en el fondo lo que le ocurría era que tenía celos de la afinidad entre padre e hija. Andrea y Emma tenían que empezar a entenderse a la fuerza; la madre lo

intentaba pero Emma estaba muy inquisitiva últimamente.

Las dos seguían pensando que era un mal sueño y que en el momento menos pensado aparecería por casa declarándose aprendiz de un nuevo deporte de riesgo. Era lo que a su hija más le divertía de su padre, su espíritu aventurero, siempre rozando la temeridad. Él la hizo crecer sin miedo al riesgo; sin embargo, su madre no soportaba tanta descarga de adrenalina, intuía que algún día no podría burlar a la muerte.

Y así fue. Ignasi compró una avioneta de los años 40. Junto con su mejor amigo, la arreglaron; ambos entendían de mecánica y les parecía divertido, eran como niños... el mismo día que la estrenaron, un domingo de invierno por la mañana, hubo un fallo en los motores y la avioneta cayó al mar.

Desde la muerte de Ignasi, madre e hija seguían desoladas. No habían sabido aún encauzar sus vidas; este suceso las había unido más, pero a la vez ponía en exposición algunas incógnitas de su madre, la cual ahora se había vuelto más hermética con su pasado. Emma veía ilógico ciertas situaciones, entre otras que su madre, Andrea, no podía esconder su amor por Inglaterra. Estaba enganchada a series británicas, le fascinaba el Brit Pop, escuchaba la radio inglesa por Internet e incluso compraba periódicos británicos. Sin embargo, nunca hablaba de sus años de estudiante por Londres. Además, poseía una preciosa casa en el barrio de Kensington donde residía su única y apreciada pariente. ¿Por qué ahora mamá no sugería trasladarse a Londres por una temporada?, se preguntaba Emma.

Habían visitado la capital inglesa solamente dos veces. Eran sus parientes los que frecuentaban mucho más la ciudad condal. Emma siempre había querido estudiar un año académico en Londres, pero sus padres se negaban, siempre rebatían que sería mejor elección EEUU o Canadá, destinos poco atractivos para ella.

\*\*\*

Mientras abría por segunda vez el viejo baúl, Emma sintió que cierta magia se iba a concretar ante ella. Todo el interior lo ocupaba una caja de zapatos marrón precintada con celo de banda ancha. Rasgó el precinto y, tras abrir la caja, no pudo evitar un “wooww!”. Ante sus ojos, brotaba la oculta adolescencia de su madre.

Había entradas de discotecas inglesas, tickets de billetes de autobús de

diferentes países, postales y viejas fotos de su madre en la época estudiantil... una de ellas se merecía contemplarla dos veces: un señor vestido de Elvis Presley ejercía de maestro de ceremonias y un atractivo señor vestido de novio abrazaba a su madre vestida de blanco con un *bouquet* de flores en la mano. Ambos parecían muy jóvenes y tenían unas sonrisas de radiante felicidad. Juntaban sus cabezas con complicidad. No parecía una fotografía tomada en una fiesta de disfraces; el fondo del recinto semejaba una iglesia de Las Vegas.

En la siguiente foto ese señor tomaba en brazos a la novia; ambos seguían manteniendo las mismas sonrisas de felicidad.

Quedaba por rastrear en la caja una pila de cartas anudadas con una goma de plástico. Eran cartas para su madre, con remitente de un tal Henry Mullen y domicilio de Epping, Londres.

Antes de abrir las cartas, Emma se detuvo a analizar durante minutos esa vieja fotografía. Había algo que no digería. Ese hombre, esa cara, le era tan familiar... ¿Por qué estaban tan felices? ¿Se había casado mamá antes de conocer a papá? ¿Quién era ese tal Henry?

Empezó a ordenar las cartas de forma cronológica para poder entender la trama de la historia: todas databan del año 91 y 92. Henry no era el hombre de la fotografía; se dirigía a su madre, como su hija de acogida; hablaba de protegerla, la animaba en su aventura en Barcelona. Le comentaba asuntos de su pareja, su divorcio, su hijo, el trabajo... no encontró demasiado misterio hasta leer la cuarta carta. Decía así:

*Londres, 12 de septiembre de 1991*

Querida Andrea,

*Si anteriormente tenías mi indudable apoyo en abandonar esta ciudad, ahora entiendo el peso de tu decisión. Londres no es una ciudad saludable para tu estado y mucho menos para esa niña, que seguro que va a ser increíblemente preciosa.*

*Entiendo que debes proteger los intereses de esa niña. Ambos sabemos que él no está a la altura para ser un padre, cuidarla y mantenerla.*

*Estás a salvo donde estás, y tu secreto estádo secreto a salvo conmigo.*

*Un abrazo para las dos:*

*Tu padre de acogida,*

*Henry*

*PS: no le llames Charlotte, así se llama su nueva novia. Prefiero el nombre de Emma.*

La información quedaba clara, su padre biológico no era Ignasi Barceló, pero entonces ¿quién era?

La mano de Emma empezaba a temblar y el llanto no le permitía leer bien. Ahora entendía por qué el señor de la foto que agarraba por la cintura a su madre le resultaba tan familiar; ella le guardaba un tremendo parecido a él. Ahora comprendía la existencia del cementerio de los recuerdos.

No podía digerir lo que estaba leyendo y releendo, pero no quedaba duda alguna. Su padre biológico no era quien siempre pensó, y su madre tuvo que huir a Barcelona embarazada.

Emma estaba derrumbada, no paraba de llorar. Afectada por la noticia, el corazón le latía muy rápido; sentía ira, furia, su vida había sido una repugnante mentira; a partir de ese instante, tenía un serio conflicto de identidad. La única verdad que le habían contado era que sus padres se habían casado a los tres años de ella nacer.

Entonces, ¿Por qué Ignasi la había querido tanto? ¿Por qué nunca le dijeron nada? ¿Por qué ocultaron algo tan importante cuando la habían educado con cierta versatilidad y libertad de expresión? Mentalmente ya le llamaba Ignasi, no sentía emoción por referirse a él como “papá”. Eso le dejaba un vacío interior que la hacía sentirse mucho peor que el día que le habían comunicado su repentina muerte. A la vez, no dejaba de recordar todos los maravillosos momentos que había vivido con su padre. Se adoraban, tenían una complicidad envidiable, ¿de verdad que no era mi padre?, se preguntaba mientras lloraba. ¿Por qué me lo ocultó? ¿Pero si me quería con locura? ¿Saben todo esto también mis abuelos? ¿Soy aquí la única tonta que no se entera?

De repente sintió un fuerte deseo de cebarse con su madre. Ella era la gran traidora de esta trama; ella era la única que ocultaba cosas; su madre era una mentirosa, una persona ingrata y desleal que había maniobrado un fraude.

Emma estaba inundada en el llanto, con el alma rota, sentía un intenso rencor por su madre, no era capaz de perdonar semejante traición, nunca sería capaz de creer en alguien, sentía que su vida era una cochina mentira. ¿Quién

era su padre biológico?

¿Por qué no debía saber que tenía una hija? y sobre todo le quedaba una gran duda: ¿quién era ella? ¿A quién debía pedir explicaciones? O mejor dicho ¿Quién iba a ser sincero después de tantos años?

El sonido de las burbujas del jacuzzi, el lóbrego ambiente y la cálida temperatura del agua, sumergían a Andrea en un mundo fetal, donde imaginaba que su cuerpo flotaba entre lirios de algún lago del lejano Oriente, con un cielo infinitamente estrellado. Mantenía los ojos cerrados, el baño estaba iluminado por dos velas aromáticas, se sentía en el séptimo cielo; aquella era la mejor forma de relajarse de una estresante vida laboral.

Emma apagó el hilo musical y entró de forma brusca en el baño, sin encender la luz, y gritó mientras sollozaba.

—¿Quién es mi padre?

Andrea ni siquiera se sobresaltó; se sentía desconcertada, su hija parecía estar poseída, llena de furia.

—¿Quieres hacer el favor de decirme de una vez la verdad? ¿Por qué habéis creado tú e Ignasi esta patraña? Ya sé a quién me parezco, mamá. Mis rasgos no son de un antepasado tuyo, me parezco a este hombre —pronunció con tono agresivo mientras encendía la luz y le mostraba una de las fotografías del baúl—. ¿Te casaste con él? ¿Eres bígama?

Andrea no era capaz de reaccionar a la pregunta. Se sentía demasiado intimidada con su cuerpo desnudo y frente a su hija inquiriéndole. Aparentando templanza salió del jacuzzi y cubrió su cuerpo con el albornoz, y seguidamente intentó estrechar fuertemente en sus brazos a su pequeña Emma, que a su vez la empujaba y gritaba:

—¿Quieres decirme de una puta vez quién es mi padre!

Andrea contuvo el llanto. No pensaba perder el control de la situación; estaba convencida de que nada tenía que alterar su futuro.

—Emma, siempre te he sido sincera. Si te oculté algo, fue por mantener tu integridad; confía en mí, por favor, tienes que entender que entre adultos no es necesario contar todas las verdades. Hay asuntos irrelevantes en la vida de los seres que más amamos que, aunque para nosotros pudieron marcar un antes y un después, no tienen trascendencia alguna; de nada sirve contarlos, lo entenderás con el tiempo.

—¿Cómo me pides eso, mamá? Durante diecinueve años has estado engañándome, me has hecho creer que Ignasi era mi padre. Nunca has hablado de tu pasado, de tu adolescencia... ¿Crees que es justo que deba descubrirlo

husmeando en tus cosas? ¿Quién es Henry? ¿Qué te sucedió en Londres? Tienes miedo de Londres, ¿verdad?

—Emma, tu padre y yo...

—¿Qué padre? ¿El rubio con el que te casaste en Las Vescute en Lgas? — preguntó Emma mirándola con odio.

Andrea secó sus lágrimas, ocultó su tensión y dijo con firmeza:

—No es importante, de verdad; no dudes de tu identidad, lo has tenido todo; has estudiado en los mejores colegios, has tenido una infancia maravillosa: un padre, una madre, unos abuelos... qué más quieres; ya lo hubiera querido yo, que con tu edad perdí a mis padres y tíos en un accidente de tráfico. Ignasi y yo hemos intentado protegerte a toda costa; por eso no te he contado nada de mi pasado y debe seguir así. No hay nada que contar, así que dame esas cartas ahora, vete a dormir y no hablemos más del tema. Tu padre fue Ignasi, no hay otro, ¿de acuerdo?

Emma salió del baño gritando.

—¡Sí hay otro! No te reconozco, mamá, no te quiero en mi vida.

## Los orígenes de Andrea

Andrea había nacido en 1967 en Bray, Irlanda, al sur de la costa este. La ciudad pertenecía geográfica y económicamente a la aglomeración urbana de Dublín.

Durante la [Edad Media](#), Bray formaba parte del llamado [Pale](#), un distrito gobernado directamente por la Corona británica cuyo centro era la ciudad de [Dublín](#). Hasta el [siglo XVIII](#), Bray era tan sólo un pequeño pueblo de pescadores; unos años después, las clases medias de la ciudad se instalaron en la localidad buscando escapar de la congestión de la vida urbana.

Justo al norte de las vías de tren dirección a Dublín, hay una vieja torre, Martello Tower, una pequeña fortificación circular, similar a muchas otras repartidas por la costa del sur; en ésta fue donde durante los años 80 se instaló Bono, de U2.

Durante esa década, venían estudiantes españoles, hijos de millonarios, a pasar las vacaciones escolares, y algunos quedaban internos todo el año. Precisamente, bajando su calle, Killarney Heights, había un internado llamado Brook House, —enfrente de Admore Studios (estudios de cine donde se rodó la película *Días de trueno* de Tom Cruise y Nicole Kidman; fue un acontecimiento inolvidable en el pueblo).

Nunca prestaba demasiada atención a los estudiantes, hasta que se hizo adolescente. Los muchachos solían pasar las tardes en el mismo parque que ella y sus amigas. A ellos les encantaba tontear utilizando sus recién aprendidas palabras en inglés. Así conoció a Ignasi, un chico español, de Barcelona, moreno con ojos verdes, muy alto y con una sonrisa encantadora, que hablaba muy bien inglés. Según él, había pasado dos años escolares en un internado de Londres, lo que dio a entender que venía de muy buena familia. Además, vestía con ropa de marca; era un pijo, y eso, en Irlanda, captaba la atención. Nadie vestía así en aquel tiempo.

Empezaron a citarse a solas todos los días del verano. Ella se sentía con él a gusto, como si le conociera de siempre; sus amigos les preguntaban si ya eran novios, pero realmente eran sólo dos buenos amigos, aunque ambos se gustaron desde el primer instante.

Él era un chico bastante sencillo, para provenir de una familia adinerada. Pero a Andrea no le interesaba su estatus, más bien se enamoró de su intelecto, factor que a esas edades no tiene demasiada relevancia; los niños sólo buscan caras bonitas... era un aficionado a la historia clásica y el arte, dos disciplinas que a ella le apasionaban ya a esa edad, aficiones de las que hasta ese día no tenía con quién compartir. Intercambiaban relatos; ella le hablaba de mitología griega, que era lo que más controlaba, y él le explicaba de forma cronológica cómo y cuándo se construyeron las pirámides, pero entrando en detalles morbosos, en escarceos románticos y acciones heroicas o de traición, lo que siempre da más jugo a la historia. Ella utilizaba la misma narración, pero en su especialidad: la mitología griega.

\*\*\*

Andrea era una adolescente curiosa por saber qué se siente al besar a un chico. Solía entrenarse besando sus propios brazos. A su prima la habían besado con dieciséis años y ella se temía que iba a cumplir diecisiete sin ser besada. Dos semanas después de verse, se sentía impaciente por recibir el primer beso. Podía fácilmente intuir que entre los dos había una atracción especial que superaba la simple amistad, pero ambos eran tímidos...

—¿Qué hago, Norma? ¿Cómo corto el hielo? Andamos juntos y ni siquiera me toma de la mano. No quiero tirarme encima de él como una loba; quiero que sea él quien lleve la iniciativa.

—Hazle ojitos. Funciona.

—¿Que le haga ojitos? ¿Cómo se hace eso? Prima, me muero de vergüenza.

—Haz como en los dibujos de Betty Boop; trata de dejar tus ojos lo más redondos posibles, parpadea mucho y pon cara de inocente, y ponte mucho rímel. Las pestañas largas les vuelven locos —le aconsejaba su prima.

Ignasi nunca antes había besado a una chica, y también estaba aterrado por si lo hacía mal, pero sabía disimularlo.

Una entre otra soleada mañana del mes de julio, se encontraron en un prado escondido entre los bosques. Andrea extendió un viejo mantel en el suelo y ambos se tumbaron.

—Te quedan bien, los Levi's 501. Te hacen un culo bonito —le dijo Andrea a Ignasi mientras >Igsi miense contemplaban.

—Tengo tres pares iguales, unos negros y otros dos con diferente tono de azul. —¿Te gustan las marcas? —preguntó Andrea.

Ignasi ni siquiera le contestó, no quiso esperar más; torpemente acercó su cabeza hacia el immaculado rostro de ella y le robó un beso.

No pudieron parar de besarse. Permanecieron toda la mañana intercambiando fluidos, con la boca y los bigotes humedecidos, enroscando lengua con lengua, rastreándolas entre sus paladares y dientes.

Bray estaba llena de escondites donde tener intimidad sin ser cazados. Andrea conocía todos los bosques del lugar y cada día le enseñaba a Ignasi un nuevo refugio. Así conseguían estar menos controlados; en el caso de Ignasi, por sus tutores, y en el de Andrea, por sus padres, vecinos y alguna que otra amiga metomentodo.

La noche de su despedida volvieron a adentrarse en ese bosque testigo del primer beso. Ignasi trajo una radio pequeña. A lo lejos se divisaba un campo de fútbol y las luces de los focos solían filtrarse entre la maleza. Aunque no era necesario, la noche les iluminaba lo suficiente para no sentir miedo del bosque. El cielo siempre estaba completamente estrellado, sobre todo las noches de verano.

—Andrea, dime una emisora donde se pueda escuchar música instrumental.

—Pues a estas horas hay muchas —dijo Andrea mientras encontraba una sin interferencias.

—No me canso de contemplar tu cielo irlandés. En Barcelona no hay tantas estrellas.

—Debe ser por la polución; a mí me encanta sentarme a contemplarlas, muchas veces les pido deseos...

Esa noche no sólo siguieron intercambiando salivas y olfateando sus cuellos y cabellos. Ignasi fue osado y colocó su mano derecha en el interior de los vaqueros de Andrea, sin franquear sus braguitas; rozó suavemente su sexo, a lo que ella respondió con un suave jadeo. Andrea no se atrevía a tocar el cuerpo de Ignasi. De inmediato, y con sutileza, buscó su mano para que dejara de tocarle. Sentía pudor por lo que podía suceder después.

Escuchaban de fondo a Frank Sinatra... *“Heaven, I’m in heaven, and my heart beats so that I can hardly speak ...”*

—¿Quieres bailar? —preguntó Ignasi con tono seductor.

Ambos bailaron lentamente bajo la luz de las estrellas. Ninguno expresó demasiado sus sentimientos; por miedo, pues era un amor de verano. Y esa

noche era la última.

Para ambos fue el primer amor, pero quien más sufrió fue Andrea. Nadie, en años, pudo hacerla sentir igual. Lo que sintió por Ignasi fue algo explosivo, inolvidable. Arrastró una depresión, estuvieron escribiéndose cartas durante dos años. Estaba obcecada con él, deseaba mudarse a España. Su parte aventurera le sugería tomar un ferry hasta Bilbao y luego un autobús a Barcelona. Nunca perdió la esperanza de que un día acabarían juntos. Tenía mil castillos en el aire, que nunca consideró que se derrumbarían... aquel amor había marcado tanto su adolescencia que nunca volvió a estar con otro hombre hasta varios años después.

Ignasi era el típico chico que sabe que es guapo, que las chicas están locas por él. Era la clase de seductor que consigue que todas las mujeres caigan rendidas a sus pies, pero lo que más le atrajo de él fue su intelecto, sus conversaciones de adultos.

Estaba convencida de que el destino los pondría de nuevo juntos. Cada vez que volvía de clase, miraba el buzón; cada tres semanas tenía una nueva carta de Ignasi. A veces recibía una cada semana, y él seguía enamorándola con sus palabras.

Compartieron dos veranos, pero hubo un fin, cuando Ignasi cumplió los dieciocho y excedió el límite de edad contemplado por la escuela. Siguieron mandándose cartas, pero con el tiempo se distanciaron. Para Ignasi, no fue aquello tan relevante. La vida seguía, conocía otras chicas guapas e interesantes, sus padres le proveyeron un futuro lleno de posibilidades, en las que él siempre deseaba ser pionero y llegar primero a la meta.

En el último año, cuando se iban distanciando, la vida de Andrea se empezó a desmoronar: suspendió el instituto y repitió curso; estaba siempre en otro mundo... soñando despierta. Durante casi tres años, dejó su futuro en el aire. Tumbada en la cama, viajaba en el tiempo, o al futuro... convencida de que Ignasi sería el hombre de sus sueños, en que algún día estarían juntos... todas las noches le pedía a las estrellas que conspiraran para que el destino los uniera de nuevo. E incluso cuando Ignasi dejó de escribir, siguió pidiéndole el mismo deseo a la luna. Esta vez le pedía que, ya que no se había podido materializar la relación en el presente, que en el futuro, cuando se hicieran mayores, conspirara para que se encontraran en cualquier lugar del mundo, que por casualidades de la vida ella pudiera trasladarse a vivir temporalmente a España o él a Irlanda. De alguna forma, en algún lugar del mundo, debían encontrarse y darse la oportunidad que en la adolescencia no

habían podido materializar.

\*\*\*

Andrea, como otras vulnerables adolescentes, enfermó de amor. Se negaba a que sus padres la llevaran al médico. No había fáco. No había pastillas contra el amor; además, quería estar así. La única forma de mantenerla motivada era pagarle clases de español; se empapó de cultura española y permaneció la mayor parte de su adolescencia como si le hubieran amputado un trozo de alma.

Fue una enfermedad con secuelas que se acentuó a los dieciocho años, cuando sus padres y tíos marcharon a Irlanda del Norte a unas bodas de oro en Belfast. Su prima Norma tenía veintiún años, así que confiaron en que serían responsables y se cuidarían la una de la otra. Jamás regresaron. Llegó el domingo por la tarde y recibieron una llamada de la policía de tráfico. Conducía su tío. Los forenses concluyeron que había sufrido un infarto cerebral, había perdido el control del vehículo y se había deslizado por un acantilado. Todos murieron en el acto.

## Emma escapa

Emma estaba furiosa y decepcionada; no entendía la actitud de su madre. Seguro que no sería para tanto. Pensó que era una egoísta, una rencorosa que no había sabido enfrentarse a cierta realidad. No temía lo que se iba a encontrar en su búsqueda; estaba decidida a seguir las pistas de esa carta, así que, encerrada en su habitación, enfadada con sus progenitores, empezó a mover hilos. Encendió su ordenador de sobremesa y entro en la web de varias compañías aéreas. Había plazas libres para el próximo vuelo a Londres del día siguiente. Antes de insertar los datos de su tarjeta de crédito, trató de controlar su conmoción. En ese instante, en su conciencia se posaron en cada hombro su ángel y su demonio, y su lado angelical le susurraba: “A ver... ¿en serio quieres hacer esto? ¿De verdad no quieres hacer caso de tu madre? Si no lo supiste antes sería por algo, ten prudencia...”

A continuación su travieso demonio le decía: “Emma, es el momento, lánzate a la aventura, descubre por ti misma quién eres, no sigas siendo una marioneta, sal a la calle, tienes la tarjeta de crédito para comprar el billete, y además conoces la combinación de la caja fuerte, con cincuenta euros será suficiente hasta llegar allí, pero por si acaso mamá bloquea tu tarjeta, deberías llevarte más... Venga, compra el billete, vamos, no tienes demasiado tiempo para pensarlo, te quedan menos de cinco horas para llegar al aeropuerto...”

Su travieso demonio, o mejor dicho, su espíritu astuto, la convenció. Ingresó los datos e imprimió un billete de ida a Londres Stansted. Tenía que apresurarse; el avión salía a las 6:30 de la mañana; tomó una rápida y reconfortante ducha y se preparó para partir. Ryanair sólo permite un bulto por persona, de modo que sacó los libros de la mochila y la utilizó como bolsa de viaje. Si necesitaba algo, lo compraría; por supuesto, llevaría consigo las cartas y fotografías encontradas en el pequeño baúl. Siempre madrugaba mucho para ir a la universidad, ya que le gustaba desayunar con sus amigas. Nunca coincidía con su madre por las mañanas, así que, hasta bien entrada la tarde, ésta no se daría cuenta de sus planes.

Emma asomó la nariz por la puerta de su habitación. Su hogar emanaba un oscuro silencio sepulcral. La habitación de su madre permanecía cerrada,

tenía vía libre. Salió sigilosamente andando sobre sus gordos calcetines y lacon el calzado en una mano. Cuando llegó a la planta baja, entró en el despacho de su padre y, mientras se acercaba a la caja fuerte escondida tras un pilar, recordó cómo hace años le había dicho:

—¿Ves esta caja fuerte? Hay escrituras papeles y alguna que otra chuchería de mamá o mía. En fin cosas de mayores, pero en caso de que necesites pagar algo de la universidad o tengas una necesidad económica y nosotros no estemos accesibles, aquí siempre habrá mil euros en billetes pequeños. Simplemente acuérdate de decírnoslo cuando los precises, para que uno de los dos trate de reponer el dinero faltante. La clave es tu fecha de nacimiento.

Tomó trescientos euros; al llegar al aeropuerto de El Prat, cambiaría los euros por libras esterlinas.

Tras cerrar la puerta principal con mucho sigilo, se calzó las botas de cuero y cruzó la calle. El taxi que había solicitado esperaba justo en la esquina donde ella le había dicho.

—Buenas noches, lléveme al aeropuerto, por favor— dijo Emma mientras subía al coche.

Mientras esperaba su vuelo, comprobó la dirección en Google Maps. Afortunadamente, la compañía de vuelo llegaba al aeropuerto más cercano a Epping, domicilio del remitente Henry Mullen. Ahí tomaría un taxi hasta el domicilio de la carta.

Se sentía exhausta. El dulce sueño la había transportado a un bello recuerdo. Ni siquiera había prestado atención a los tripulantes de cabina al pasar a su lado. Despertó en el instante que escuchó la locución del comandante anunciando la llegada a Londres y la información meteorológica. El contacto con la realidad acentuó su tristeza al obligarse a asimilar dónde se encontraba y distinguir la realidad del sueño. Era duro reconocer que el sueño era más bello que el momento actual.

Tenía dieciséis años y, como cada mañana, Ignasi la llevaba al instituto en su encerada moto color negra. El instituto se asentaba en una honda vaguada y ellos venían de la parte alta de Barcelona. Emma disfrutaba de la subida de adrenalina bajando las empinadas cuestas, bordeando el suelo con las imposibles curvas, contagiándose de la adicción a la velocidad de su padre. Él, a su vez, disfrutaba viendo cómo su niña le achuchaba la cintura y posaba su cabeza en su espalda, confiada en su destreza.

Cuando llegaba a la puerta del instituto, se retiraba el casco, la besaba y

ella se jactaba de comprobar que las niñas y algunas profesoras la miraban con recelo, ya que su padre seguía siendo un tío con mucho *sex-appeal*, que no dejaba a nadie indiferente.

Hubiera deseado que el vuelo se prolongara una hora más para ver qué sucedía después. Si su padre esa tarde no tenía quirófano, la recogería por la tarde; si no, como otros días, debería subir la cuesta hasta la parada de bus más cercana.

Aterrizó en Stansted, ya despierta del todo. Sintió incertidumbre. ¿Y si salía mal? ¿Y si ese tal Henry ya no vivía allí? Lo que tenía claro es que no quería volver a casa con su madre. Tenía que hilvanar un plan B; ojala su tía Norma la pudiera acoger unos días, hasta encontrar trabajo. Es más: como último recurso, le preguntaría a ella sobre el pasado de su madre, pero claro, entonces seguro que ésta vendría a buscarla. Una voz en su interior le decía que estaba haciendo las cosas bien, que continuara, que pronto encontraría piezas a ese puzle escondido en el baúl.

## Andrea y su mentora

Tras la muerte de sus padres, Andrea y Norma se habían mudado a Londres a disfrutar de su fase universitaria. Andrea había vivido alrededor de dos años en Kensington, con una anciana llamada Vivienne Bergmann —sin saber que este encuentro cambiaría su vida.

La muchacha seguía atravesando un gran bache en su vida y Vivienne sentía por ella total empatía y compasión. Desde el primer día se implicó bastante en el estado anímico de la joven estudiante. No dudó en abrirle su corazón, y la primera semana de convivencia Vivienne le habló de su trágico pasado.

—Andrea, yo soy un poco como tú —le dijo mientras le acercaba un caliente tazón de té.

—Te entiendo muy bien. Mi madre nació en Viena, provenía de familia judía; se trasladó con su hermana a Inglaterra unos meses antes del inicio de la I Guerra Mundial. Pocos meses después la siguió su prometido, mi padre, que murió de forma repentina cuando yo tenía veinte años. La reacción de mi madre tras conocer tan trágica noticia fue intentar suicidarse arrojándose por uno de los puentes que cruza el Támesis. Afortunadamente sobrevivió y como única secuela física le quedó una gran cicatriz en el rostro. Tan pronto como se recuperó, me abandonó y se marchó a Viena a pasar una larga temporada con viejos amigos.

—¿Y cómo te las apañaste?

—Pues, me tuve que encargar de una pequeña fábrica de sombreros, para los nuevos judíos afincados en Londres (kipás, sombreros de ala ancha para los jasidicos, judíos ortodoxos...) que mi padre poseía. Me empecé a atrever con sombreros de paisano, muy sencillos, clásicos, pero ya era una mujer muy elocuente, apasionada por la vida, y con el tiempo empecé previo encargo a hacer pamelas, sombreros y tocados. Fue en los años cuarenta. La mayoría de clientes eran directores de cine que me encargaban sombreros para películas.

—¿Directores de cine? —preguntó Andrea, asombrada.

—Así es, señorita O’Keeffe. En aquellas películas era de rigor llevar sombrero y muchos de ellos marcaban tendencias. Me convertí en diseñadora

popular gracias al director Alfred Hitchcock. Él me hizo los primeros encargos, y a partir de ahí no dejé de trabajar... No sé si recuerdas a Bette Davis en *La extraña pasajera*, creo que de 1942... y a tantas otras más... No me he jubilado del todo, sigo trabajando desde la azotea de esta casa, donde entra un sol resplandeciente que ilumina mis máquinas de coser.

—Señora Bergmann, ¿me parece tan interesante! Tengo destreza, ¿me enseñaría todo lo que sabe hacer? ¿Puedo ayudarle en los encargos?

—Andrea, ahora cada vez tengo menos trabajos pero intuyo que sabrás crear modelos dignos para Ascot. Ven, te enseñaré todo lo que sé. Pero, por favor, llámame Vivienne.

Aquella imprevisible señora no iba a dejar de sorprenderla. Ese mismo día le mostró todos los recovecos de su preciosa casa. La joven irlandesa seguía los pasos de su casera sin saber lo que se iba a encontrar cuando subieron a la azotea.

Era una habitación oscura donde todas las paredes estaban cubiertas de extremo a extremo por pesadas cortinas. Mientras la muchacha permanecía en el umbral, la casera se dirigió con paso firme hacia los lados y levantó todas las cortinas. Andrea quedó atónita; no existían paredes, todo eran ventanas altas y anchas, por donde se filtraba toda la luz existente en semejante nebulosa ciudad. Los techos cubiertos de vigas de madera estaban pintados de color violeta pastel. En el centro de las habitaciones reposaban viejas máquinas de coser cubiertas por blancas sábanas. En una esquina de la habitación, había una enorme y maciza mesa de trabajo con viejas fotos de gente célebre luciendo preciosos sombreros.

—Dios mío, ¿Usted ha hecho todos estos sombreros? —dijo Andrea, admirada.

—Por supuesto, y muchos más —contestó la señora con elegancia y orgullo mientras levantaba una de las sábanas que cubría las máquinas de coser más grande. Se podía observar un tocado inacabado de exóticas y coloridas plumas.

—¿Son plumas sintéticas? —preguntó la joven.

—¡En absoluto! Mi género es exclusivo; si no, no sería tan aclamada.

Vivienne condujo a Andrea a un alto mueble con numerosos y delgados cajones, donde se encontraban ordenados los engastes.

—Son plumas de faisán y pavo real. Las perlas engastadas vienen de Mallorca, a veces de Tasmania, otras son importadas de Puerto Rico. Uso telas de seda hindú y tailandesa. Soy una sibarita en lo referente a sombreros,

nadie conoce de mis proveedores. Por eso soy tan aclamada, querida. Esta misma tarde tengo que terminar este tocado. Es un encargo para una conocida *lady* inglesa. Me ha encargado tres sombreros más; vendrá a recogerlos a finales de este mes de mayo. Puedes quedarte a ver cómo lo hago, y si te gusta, te enseñaré todo lo que sé. Es una preciosa profesión, pero no tiene por qué gustarte, o dársete bien. No te sientas presionada; se necesita mucha paciencia, precisión, ingenio y sobre todo buen gusto. Eres muy joven, y para conocer tu profesión deberás experimentar con todo aquello que se te cruce por el camino. No desaproveches cualquier oportunidad.

Vivienne era una señora genuina, adelantada a su tiempo. Cuando trabajaba o daba un consejo, parecía que había viajado al futuro para visionar la elección correcta. A la vez, era inteligente y su mente abierta no era un obstáculo para su felicidad; había sabido sacarle jugo a la época en la que vivía.

Vivienne, por lo demás, tenía curiosidad de la agilidad y creatividad de la joven. Le pidió que engarzara unas perlas sobre una tela de seda y que seguidamente hiciera una hermosa de lazada anudada a la pámela. Andrea se sentó con seguridad; sin temer lo que hacía, tomó el dedal, lo colocó en su anular, estudió por dos minutos cuál de las agujas era la mejor —primero tomó una y a continuación la descartó por otra más alargada y con cabezal más estrecho— y la enhebró de inmediato. Seguidamente engarzó la perla a la tela con unas puntadas cruzadas, bien resistentes, y casi invisibles. Con la misma soltura, trazó una bonita lazada y, con las tijeras, ahuecó las puntas.

—No me lo puedo creer, niña. ¡Cosas como si lo hubieras hecho toda la vida!

—Mi madre era modista; se pasaba horas cosiendo y yo estaba siempre tan pegada a sus faldas que acababa arrastrando pedazos de hilaturas en la suela de los zapatos. Algo se me debió de quedar...

Gustosamente le enseñó labores importantes a Andrea, como medir la cabeza de una mujer. Como deducir qué estilo de tocado o sombrero podía ser el adecuado para su fisonomía. Qué tipo de visera era la adecuada para cada evento. Sintió tal confianza en su alumna que, tan pronto como la primera dama de alta alcurnia la visitó para hacer un encargo, se presentó a sí misma como la mentora de Andrea.

La universitaria pagaba poco alquiler, a condición de cuidar de Vivienne, hacerle la compra, llevarla al médico, vigilar que tomara las medicinas... no era una anciana que precisara atención constante, simplemente necesitaba

compañía y un poco de cariño, algo similar a las carencias de la joven irlandesa.

Eran lo más parecido a nieta y abuela. Vivienne le cosía cortinas nuevas y Andrea la acompañaba al médico a medirse la glucosa. Compartían el tiempo trabajando y las tardes de domingo viendo películas viejas, en las que la anciana siempre acababa contando alguna curiosa anécdota relacionada con sus sombreros y las damas célebres que los lucían.

## ¿Dónde vive Henry?

Todo transcurría muy rápido y fluido, como escenas de un sueño. Eran las diez de la mañana, hora inglesa, cuando el taxi que había tomado Emma en Stansted la había llevado justo a la calle y número indicado en los remites.

Estaba un poco asustada; no sabía cómo empezar a presentarse. Sin embargo, actuaba con la astucia digna de un buen detective. Le pidió al taxi que esperara hasta que ella le indicara que podía marchar.

Menos de un minuto tardó una señora de mediana edad en abrir la puerta. Vestía unos pantalones de pana color vino y un jersey gordo estampado con muñecos de nieve que no hacía nada de juego con su floreado pañuelo anudado al cuello. Parecía una señora bastante campechana y afable.

Emma vestía con ropa de niña adinerada y clásica. Llevaba un sombrero bombín color marrón que por un lateral dejaba entrever su larga y lisa melena plateada, una elegante chaqueta de cuero a juego con unos guantes y botas altas color camel.

—Hola, buenos días, señora, busco a Henry Mullen. Soy Emma O’Keeffe.

Emma había decidido abreviar el apellido paterno, de nada le serviría.

—Lo siento, Henry no vive aquí; de hecho nunca ha vivido aquí, yo soy su hermana. Henry vive en el condado de Sussex, en un pueblo llamado Saltdean.

—Verá, mi madre era una gran amiga de Henry y se escribían a este domicilio.

—¿Eres hija de Andrea O’keeffe? —preguntó la señora, convencida.

—Así es, ¿conocía a mi madre?

—Sólo por la correspondencia que Henry recibía de ella se me quedó su apellido grabado, y tú tienes acento irlandés...

—Bueno, a decir verdad, soy española, pero con mi madre siempre me comunico en inglés. Pero si él nunca vivió aquí, ¿por qué se mandaban las cartas a esta dirección?

—Lo recuerdo como si fuera ayer muchacha... Fue algo extraño; mi hermano me lo pidió como un favor. No suelo ser muy preguntona; su pareja

siempre fue muy celosa y cotilla y sabía que en este caso no se trataba de infidelidades. Según él, su fin era protegerla. Henry fue siempre un caballero, muchachita; siempre sintió que tenía una deuda con la sociedad. Si no hubiéramos sido hijos de pobres granjeros, hubiera estudiado psicología y ahora mismo estaría haciendo trabajos sociales. ¿Le ha sucedido algo a tu madre?

—No, nada; ella está estupendamente bien. Vive en Barcelona; simplemente que tengo mucha curiosidad de conocerle; mamá ha hablado siempre muy bien de su hermano... ahora estudio aquí y pensé que estaría bien darle una sorpresa.

—Él vive con su pareja Molly, en un pueblo de Brighton llamado Sairln llamaltdean. Dame un minuto, te apuntaré la dirección.

\*\*\*

Emma era muy inteligente, no podía atisbar una sola duda de cómo llegar hasta allí. Acababa de decir que vivía en Londres, así que se acercó al taxista y le preguntó con su mejor inglés:

—Disculpe, señor, ¿qué estación de trenes lleva hasta Brighton?

—No hay trenes directos a Brighton, señorita. Será mejor que vaya a la estación de autobuses de Victoria Station.

—¿Tendría la amabilidad de llevarme hasta allí? Deme un minuto que me despida de la señora.

—Aquí tienes, muchacha —le dijo la mujer entregándole un papel con las señas de Henry. Cuando vayas, mándale un fuerte achuchón de parte de su querida hermana y dile que ¡A ver cuando se digna visitarme!

—Por supuesto que lo haré, señora. Muchas gracias por su amabilidad, que tenga un buen día.

Estaba satisfecha, la señora había sido muy amable; se sentía ansiosa por llegar a Saltean, Brighton, destino que ni siquiera sabía en qué lado del mapa de Inglaterra se encontraba. Intuía que no sería necesario seguir pensando en su plan B.

Durante todo el camino no dejaba de pensar en su madre. ¿Se habría percatado de su partida? ¿Intuiría dónde había ido? Le era indiferente si estaba preocupada. Pensaba que nunca sería capaz de perdonarla. Desde que había decidido partir, había dejado su iPhone apagado; no deseaba comunicarse con

nadie hasta que no tuviera la mitad del puzle montado.

Observaba Londres desde el interior del taxi. Estaba igual que la última vez que había visitado a su tía, dos navidades atrás. Sintió deseo de pasear sola, de perderse por los rincones de la ciudad donde su madre había vivido durante años. Deseaba volver a Camden Town y visitar a sus parientes en Chelsea.

El taxista la dejó justo en la puerta de la estación. No tenía tiempo que perder; en la taquilla le informaron que el siguiente autobús partía en menos de quince minutos. Había plazas libres, ni siquiera tenía tiempo en apearse a tomar un sándwich; desconocía dónde se encontraba el andén correspondiente y tenía recelo por subir al autobús cuanto antes.

Una voz en su interior le decía que parte de sus raíces pertenecían a dicha ciudad. No le cabía duda; su padre biológico era inglés, posiblemente londinense; empezaba incluso ya a sentirse menos catalana. En su corazón cabría amor por un nuevo padre y más si se parecían tanto como ella misma había comprobado. Pobre hombre, no sabía nada de su hija. Quizás tenía más hermanos, eso sería unafono serí gran alegría, nunca había llevado bien ser hija única.

Tras un trayecto de una hora en autobús rumbo a la costa del sur, más otra hora en un lento autobús local de asientos tapizados con colores estridentes, la astuta adolescente llegó a Saltdean, justo a la hora del té. Empezaba a oscurecer; el frío era más húmedo si cabe.

Aquel era un pequeño pueblo costero prácticamente deshabitado, de acogedoras casitas. Un simpático pasajero le comentó que se trataba de una zona de agricultores y granjeros; sus acantilados, comprendidos desde el pueblo de [Seaford](#) hasta [Eastbourne](#), se caracterizaban por su tierra caliza, de ahí la blancura de sus rocas, que al mezclarse con el verde de los prados creaba un paisaje muy propio.

## El segundo amor de Andrea

Con el cariño y apoyo de Vivienne Bergmann, Andrea empezó a aclimatarse a Londres y a superar lo que el destino la había despojado.

Tres años después de que el nombre de Ignasi martilleara constantemente su mente, día y noche, Andrea conoció a Archie en una fiesta de cumpleaños que organizaba un amigo en común. La fiesta era de disfraces, aunque libre, y cada uno se disfrazó de lo que le venía en gana. Ella apareció vestida de romana y, casualmente, él apareció vestido de Nerón, así que se emparejaron para hacerse fotos y pasaron toda la noche hablando, riendo y bromeando.

Desde entonces ya nada les separó. Se hicieron buenos amigos y a la vez se gustaron, y mucho, pero los dos tenían miedo de que el otro no sintiera lo mismo y se fastidiara la amistad.

—Hoy te voy a llevar a un sitio especial —dijo Archie.

Andrea era muy impaciente con las intrigas; no cesaba de preguntar.

—¿Dónde vamos? No me gustan las sorpresas, me irritan un poco...

—Estos irlandeses no saben disfrutar de la vida —dijo Archie mientras esperaban el autobús.

—No te metas con los irlandeses, no serás digno de mí si lo sigues haciendo.

—No me he metido con los irlandeses; venga, sube al autobús, quejica, vamos a Harrow.

—¿Adónde? —dijo Andrea.

—Vamos a una colina donde se divisa Londres. Se llama Harrow on the Hill; se encuentra en la zona más alta de la ciudad. Hay un pequeño cementerio ahí, que es donde está enterrado el famoso poeta Lord Byron.

Mientras subían la colina, le iba mostrando un flamante edificio victoriano.

—Parece una pequeña universidad— dijo Andrea

—Es un colegio privado de gran reputación, donde muchos ilustres han estudiado, entre ellos Elton John y Winston Churchill. Sólo admiten varones.

En ese momento, los estudiantes paseaban por el claustro vestidos con unos llamativos uniformes y ataviados con un sombrero de paja de cinta azul,

copa corta y ala ancha.

—Venga, subamos la colina —dijo Archie, animoso.

Justo en el lado contiguo a la escuela, se encontraba la capilla de St. Mary, y la entrada del patio la flanqueaba el Lyth Gate, una puerta cuyo precioso arco de forma ojival daba la bienvenida a un cementerio de aires góticos. Adentrándose un poco más, se encontraba un pequeño rincón, donde Lord Byron escribió algunos de sus primeros poemas. Justo en esa alta ventana con vistas a Londres se hallaba su tumba.

Mientras contemplaban las vistas, Archie la tomó por las dos manos y le dijo:

—Andrea, he querido traerte hasta aquí porque quiero pedirte que nunca te separes de mí. Hace mucho tiempo que somos amigos y ya no puedo ocultar más mi fuerte deseo hacia ti. Creo que tú sientes lo mismo, pero quisiera que me lo dijeras...

Andrea sintió un poco de vergüenza al verse obligada a sincerarse.

—Así es. Archie. Hace muchos días que no solamente somos amigos —dijo sin mirarle a los ojos.

Archie se acercó, levantó dulcemente su mentón y la besó. Andrea respondió a ese beso con apremio.

—Quería traerte hasta este sitio tan romántico para darte nuestro primer beso.

—Has dado en el clavo, Archie, nunca lo olvidaré.

\*\*\*

Fue una relación idílica, eran compañeros de travesuras. Archie arriesgó su expediente universitario para corregir una de sus notas, mientras trabajaba de becario en las oficinas de la universidad. Siempre vestían del mismo estilo, en consonancia el uno con el otro: gorras parecidas del mismo estampado, pero con diseños diferentes. O si él llevaba un jersey marinero, ella vestía una falda marinera; parecían sacados del catálogo de United Colours of Benetton; además, ambos eran guapos y con un buen físico, y disfrutaban de su juventud... Discutían mucho, debatían, discrepaban; los irlandeses no se entienden demasiado con los ingleses, y viceversa. Eran un buen equipo, indivisibles.

Terminada la universidad, organizaron un viaje personalizado a EEUU y México. Viajaron por Nueva York, California, Las Vegas y Rivera Maya.

Archie regresó luego a Londres, su ciudad natal, con Andrea como su prometida, a ojos de sus familias. Se habían casado en Las Vegas, a ojos del estado de Nevada. Ambos tenían poco sentido del ridículo.

El certificado que obtuvieron después de la ceremonia no era el definitivo. La pareja tenía que hacer algunos trámites para recibir en su país de residencia los documentos correspondientes, trámites que ellos ignoraron formalizar... el Estado de Nevada formaba parte de lo que se llama el Tratado de la Haya, del que Inglaterra también formaba parte, y por el que cualquier matrimonio celebrado en cualquier parte que perteneciese a ese tratado, resultaba legal. Su elección fue el pack de Elvis y las hawaianas de Hula Dancer. Dos Hawainas encabezaban el camino nupcial, mientras en el altar un Elvis cantaba *Can't help falling in Love*. El pack incluía hasta los testigos, de los que ni siquiera sabían sus nombres.

Ese mismo año Archie compró la casa de Harefield. Pagó la entrada con un dinero que sus padres tenían reservado, y se mudaron de barrio. No le iba mal en el trabajo; era un gran informático, en la era en que estaba de moda ser informático, en que era un privilegio, si bien trabajaba muchas horas, muchas de ellas de noche. Andrea no entendía muy bien los conceptos migración de datos, pero cuando algo así sucedía debía trabajar, pese a que otras oficinas descansaban.

Trató de mantener contacto con Vivienne; en un principio, la llamaba todos los días. Se lo tomó como una obligación, a pesar de que el contacto se había cortado. La mujer tenía otras estudiantes, las cuales supervisaban sus medicinas y otras necesidades. Sin embargo, Andrea no fallaba en ir de vez en cuando a verla, como haría una buena nieta, sobre todo en fechas señaladas: cumpleaños, navidades, el Yon Kipur o el Passover.

## Un hogar de fábula en la costa

Tan pronto como bajó del autobús, Emma se topó con dos ancianas parloteando de sus cosas. Las interrumpió educadamente y preguntó cómo llegar hasta su destino final. No lo tenía nada fácil; debía andar durante veinte minutos por una estrecha y empinada carretera llena de curvas en la que transitaban pocos automóviles, en algunos tramos era mejor desviarse por prados y esquivar rebaños pues los cambios de rasante eran algo peligrosos. Emma se apresuró en subir la colina poblada por prados a ambos lados y con un viento que soplaba fuertemente en su contra limitando su holgado paso. Quedaban pocas horas de sol. Quince minutos después de su travesía, el viento había cesado y empezaba a chispear. ¡Cómo no se le había ocurrido traer un paraguas al Reino Unido!, pensó.

Después de andar más de quince minutos, avistó que había dado la vuelta a la montaña. A su derecha, a lo lejos, se divisaba el mar escondido entre acantilados, tal y como le habían detallado las rurales ancianas.

Justo en ese lado se encontraría con una pradera en la que podría divisar una estrecha cañada que conducía a una casa con un torreón de estilo románico; ésa era la casa de Henry Mullen. Tenía que cruzar por un oscuro camino de tierra húmedo y con charcos. La única luz que alumbraba era la de un idílico hogar a lo lejos.

Emma ando por la fangosa cañada. Mientras se aproximaba quedaba perpleja al encontrarse con la solariega y medieval casa de Henry en mitad de los prados. Era una mezcla entre la casa de Blancanieves y la granja de Old McDonald. Pensaba que quizás pasaría esa noche allí y sentía una mezcla de miedo y curiosidad por el lugar. ¿Habría estado su madre allí con anterioridad? Lo más bello del lugar no era esa mezcla de estilo medieval con estilo actual rústico; lo mejor era la mezcla de olor a salitre y a césped que se respiraba en el jardín. No importaba que la noche no tuviera estrellas, igualmente daban ganas de quedarse sentada mirando al mar arropado por acantilados por un lado y por el otro el llano verde pasto.

Había una cálida luz en el interior. La casa tenía por timbre una campana de bronce. Emma tocó con energía la extravagante campana mientras

reconocía el hogareño olor a lumbre.

Una señora de unos sesenta años de rostro afable y pelo cobrizo abrió la puerta.

Emma respiraba sofocada; todavía no se había repuesto de su afanosa caminata, y además los nervios le oprimían mucho más la respiración.

—Buenas tardes —dijo Emma con voz agitada.

—Permítame que me presente; me llamo Emma O'keeffe; mi madre se llama Andrea; busco al señor Mullen.

Mientras hablaba, la mujer la miraba como si un fantasma se hubiera presentado ante ella. Su rostro se había quedado congelado con una mueca de asombro, mientras Emma iba regulando su respiración.

—No puede ser —contestó la señora.

—¿El qué, no puede ser? —replicó Emma

—¿Has dicho que eres hija de Andrea O'keeffe?

—Así es. ¿Qué le sucede?

—Tu cara, muchacha. No puedes negar quién es tu padre.

—¿Usted sabe quién es mi padre biológico?

—Oh, por Dios bendito —decía la señora mientras levantaba sus brazos y ponía las manos sobre la cabeza.

Emma olfateó desde la puerta la chimenea encendida y sintió gran deseo por sentirse arropada en dicho hogar.

—¿Puedo pasar? Tengo frío; ha sido una larga jornada hasta llegar aquí. El viento y la humedad me han calado.

La señora invitó a la joven a su hogar, conminándola a quitarse las botas y dejarlas en la entrada al lado de otras más.

Sin perderla de vista, la condujo al salón y la invitó a tomar un asienhabmar un to cerca de la lumbre. Era una casa antigua, grande, con techos altos, una imponente escalera de madera maciza, fastuosos ventanales con unas vistas idílicas donde poder escuchar las oleadas mareas chocando contra los blancos acantilados; he aquí un pequeño paraíso de retiro para relajar el cuerpo y la mente de la agitada Londres. Permaneció sentada en un sillón cercano a la chimenea, quieta, escuchando el fuego crepitar, mientras la señora la interrogaba visualmente. Hubo un largo silencio en el que solo se escuchaba la respiración de Emma que, cuando se templó, procedió a hablar.

—Disculpe, ¿puede decirme su nombre?

—¿De verdad no sabes cómo me llamo?

—Disculpe, señora, pero no sé quién es usted.

—Entonces, ¿de qué conoces a Henry?

—Tampoco conozco a Henry; por favor, si me dice quién es usted proseguiré con la información que tengo —se defendió la joven.

—Soy Molly Ashford, la pareja de Henry.

Emma intuyó de inmediato que esa señora, era la cotilla malpensada que había mencionado la hermana de Henry.

—Verá, señora Ashford...

—Puedes llamarme Molly.

—De acuerdo, Molly, es difícil comenzar. ¿Conoce usted a mi madre?

—Sí la conozco; tu madre fue la novia de mi hijo durante unos años.

—¿En serio? —exclamó satisfecha la joven. La ecuación más encriptada se había medio resuelto—. Molly, no sé cómo empezar... —dijo Emma mientras se levantaba del sofá y se acercaba a ella—. Mi madre ha sido siempre muy hermética con su pasado; nunca le di importancia, tenía mi vida, amigas, problemas de adolescentes... hasta que murió mi padre, y entonces empecé a hacerle preguntas y, como ella no me contestaba, empecé a registrar en sus viejas pertenencias. Encontré estas cartas y estas fotografías. En una de las cartas, se evidencia que mi padre biológico no es el que me crió, y que un tal Henry Mullen trata de proteger a mi madre guardando el secreto de mi existencia. Aunque no sé si ese secreto lo compartió con usted, han pasado muchos años...

Emma mostraba en sus manos la pila de cartas anudada, prueba inescrutable de su veracidad, pero Molly evitó leerlas, temiendo poderse sentir más dolida.

—¿Dices que Henry escribía cartas a tu madre?

—Sí, durante el año 91 y 92, mi madre recibió unas nueve cartas de Henry con remite de Epping. Esta mañana he estado en dicho domicilio, y he sabido que era la casa de la hermana de Henry, ella me dio vuestras señas. Me he escapado de casa esta madrugada. Vivo en Barcelona con mi madre, allí es donde nací y me he criado. Anoche, cuando encontré las cartas, monte en cólera, mi madre...

Emma dejó de hablar. Percibió que Molly la estaba ignorando; estaba furiosa, trataba de contener el llanto, le superaba la ira, unas vent ira, unnas sobre la frente se le habían hinchado. Tomó con destreza una figura de porcelana de un cazador inglés con su escopeta en la mano y un perro labrador a su derecha, y la estampo contra la chimenea.

La reacción de Molly asustó a Emma, pero a la vez le recordó su estado

de ira de anoche, por lo que entendió que Molly acababa de descubrir algo.

—Lo siento, tú tampoco sabías de mi existencia hasta hoy, ¿verdad? — dijo Emma mientras se acercaba a ella sin mostrar temor.

Molly se paseaba por la casa gritando y rompiendo todo lo que se le cruzaba en su camino perteneciente a su pareja, mientras gritaba:

—¡Henry, tan leal y honesto! ¡Cómo ha podido dormir estos años en mi lecho este traidor! El muy bastardo lo ha sabido y durante todos estos años ha sido una condenada tumba. ¡Maldito sea! ¡Esto no se lo pienso perdonar en mi vida! Me va a oír cuando llegue, me va a oír este hijo de puta, ¡me va a oír, quién coño es él para maniobrar en mi vida y en la de mi hijo! ¡Pienso enfundarle su escopeta de cazador en sus mismas pelotas!

Emma contemplaba cómo una señora inglesa de correctas maneras perdía los estribos sin control. Pensaba que los ingleses eran más contenidos con las emociones, de modo que esperar un poco más de aplomo hizo que le chirriara la situación, y se quedó contemplando a la mujer con compasión y cierta pena. No era necesario blasfemar tanto... había que calmarla como fuera...

—Molly, por favor, para, deja de romper cosas, cálmate y ahora céntrate en algo muy importante.

Pero Molly seguía paseándose por la casa tirando al suelo artilugios. Emma se acercó a ella y sacudiéndole los hombros para alertar su atención le preguntó:

—¡Por favor, quieres calmarte! Contéstame, ¿eres mi abuela? ¿Soy tu nieta? —dijo Emma con una sonrisa dulce que eterneció a Molly.

De repente Molly recordó sus maneras de inglesa diplomática y se recompuso con una tierna sonrisa.

—Definitivamente sí, lo eres —contestó Molly mientras le acariciaba las mejillas—. Cuando te he visto, me has recordado a mí cuando tenía tu edad. Tienes los hoyuelos de tu padre y los dientes como él. ¡Dame un abrazo, pequeña, eres una niña encantadora! En el fondo me siento muy dichosa. ¿Disculpa, cómo has dicho que te llamas?

—Emma.

—Emma, yo siempre quise tener una hija. Tuve dos chicos. Siempre deseé tener una tercera hija, pero mi esposo no quiso; después, mi hijo pequeño tuvo dos chicos, esta casa está llena de varones. Henry también tiene dos hijos, así que, Emma, es un placer saber que ahora en la familia tenemos una princesa, ¡una princesita con rasgos muy Ashford! —exclamó Molly orgullosa.

—Háblame de mi padre, ni siquiera sé cómo se llama.

—Tu padre es mi primogénito, y se llama Archie.

—¿Tengo más hermanos?

—Nooo —contestó Molly afanadamente—. Qué graciosa eres, tesoro, veremos qué dirá tu padre cuando escuche ese acento.

—¿Qué le pasa a mi acento?

—Que no es británico; suena un poco irlandés, aunque se puede observar una suave inflexión de inglés americano.

—Bueno, mi niñera era una anciana americana y en la escuela he convivido con algún compañero estadounidense, pero mi lengua paterna es el catalán, que aprendí al unísono con el español, primero viendo la televisión, y en la escuela, sin ningún esfuerzo, y sinceramente no me siento irlandesa. Me siento catalana y española.

—Explícame eso de que tu lengua paterna es el catalán; hace unos minutos dijiste que tu padre falleció recientemente —dijo Molly llena de curiosidad por saber de ese supuesto padre.

Emma se dio cuenta de que había dejado de hacer preguntas y había empezado a soltar información suya, pero no le importaba. La verdad caería pronto por su propio peso, tan pronto como Henry llegara a casa.

Había tantas cosas que decir y preguntar... y tantas heridas que cerrar... entre otros asuntos a resolver, Molly quería matar a Henry; había que ser consecuente, dejar que las heridas se limpiaran y cicatrizaran; sólo entonces llegaría su turno de ruegos y preguntas. Ahora tenía que oír, ver y callar, y sobre todo mantenerse concentrada con la tormenta de información que caía a su alrededor.

De repente un señor vestido con ropa de granjero y unas botas altas de goma, seguido por un perro labrador, entró por la puerta. Era el aclamado Henry Mullen. Se parecía bastante a la señora que esa mañana en Epping le había abierto la puerta a Emma. Tenía la piel sonrosada, los ojos muy pequeños y hundidos, color verde, y era de complexión ancha y bastante alto.

La muchacha deseaba esconderse, menudo huracán se avecinaba. Molly se comportaba como si Henry no existiera, mientras éste se había percatado de que sus cosas estaban en el suelo rotas. Con gesto de enfado, mientras se agachaba a recoger los pedazos de sus pertenencias, le inquirió a Molly:

—¿Por qué has roto mis cosas?

Emma se encontraba escondida detrás de un pilar. Molly la estiró de un brazo y la puso frente a Henry.

—Mira quién ha venido a tomar el té, señor Mullen.

Emma, cabizbaja, no tenía palabras para presentarse; empezaba a sentirse avergonzada de su aventura.

—¿Cómo te llamas jovencita? —dijo el campechano de Henry.

—Me llamo Emma, soy hija de Andrea —contestó sin levantar la cabeza.

—Molly, ¿podemos hablar tú y yo a solas en el dormitorio?

—No es necesario, Henry, mi nieta me ha oído anje me ha do blasfemar palabras que nunca antes salieron de mi boca, así que no creo que le importe escucharlas de nuevo.

—No, Molly, preferiría no oír de nuevo todas esas barbaridades —dijo Emma.

Henry se llevó a Molly a una habitación, desde el salón se podía escuchar los gritos y reproches, y no era nada agradable. Emma se sentía fatal, había abierto la caja de los truenos y eso no tenía pinta de serenarse nunca.

Se escuchaba gritar a Molly:

—De ahora en adelante vas a dormir en el sofá, o mejor en el suelo, junto a tu perra, a la única que creo que le eres fiel.

De repente la joven había perdido la motivación por conocer a su padre; detestaba el conflicto, sentía el impulso de largarse de esa casa, volver a Barcelona y dejar de levantar más ampollas. Quizás aquello no había sido una buena idea. Sentía vergüenza de sí misma, así que colocó las cartas y fotos en la mochila, se puso la chaqueta y el sombrero y se acercó a la puerta.

En ese instante salieron de la habitación Henry y Molly; ésta última la detuvo con un grito.

—Eh, muchacha, ¡quieta ahí!

—Lo siento, estoy avergonzada por lo que acaba de ocurrir en esta casa. Me voy a un B&B que vi en el centro de la ciudad, vendré cuando estéis más calmados —dijo.

—Ni hablar, a estas horas no vas a ningún sitio. Ya nos hemos calmado; siéntate, voy a cocinar algo para cenar mientras tu abuela te prepara una habitación —manifestó Henry.

—Perdónanos, Emma, han sido muchas emociones que digerir en pocos minutos. Hemos sido un poco egoístas; para ti todo esto es tan traumático como para nosotros. Quédate, permítenos conocerte y que te conozcamos bien. Por favor, quédate, Henry encenderá la chimenea de la habitación de huéspedes.

Emma retrocedió, dejó sus pertenencias en un perchero de la entrada y

dijo:

—Estoy hambrienta, desde que salí esta mañana de casa sólo he comido un asqueroso bocadillo de Ryanair. Me quedaré con vosotros, pero prometedme que no habrá más reproches.

—Prometido —dijeron ambos al unísono.

## En un recóndito lugar

Andrea llevaba viviendo con Archie unos meses cuando la fábrica de telas donde trabajaba, la destinó a Singapur. Riverson exponía en la feria de muestras; era conocida internacionalmente entre los países asiáticos; éste era uno de los mercados favoritos en la exportación, sobre todo los países coloniales de británicos. Riverson había sabido muy bien adaptarse a los gustos orientales, sobre todo con el papel pintado, f con cenefas de lirios de agua, hortensias y orquídeas. Además, sus telas seguían extendiendo el negocio, conociendo tendencias y nuevos consumidores.

Estaba en el mostrador atendiendo apreciados mayoristas cuando reconoció, entre el grupo que esperaba a ser atendido, un rostro familiar. Sintió gran jovialidad en su interior, como si hiciera un par de días que le hubiera visto: Ignasi sonreía irónicamente cuando su compañera se dirigió a atenderle, y cruzaron miradas.

Disculpe, conozco a la señorita O’Keeffe. Venía a saludarla; esperaré a que termine.

Tras veinte minutos de espera, llegó su turno. Andrea no podía disimular su júbilo; los años le habían convertido en un hombre muy atractivo, y con clase, además de adquirir un cuerpo esbelto de deportista. Se había dejado crecer sus lacios y finos cabellos hasta la mitad del cuello. Pero era fácil reconocer esa sonrisa, esa preciosa dentadura y esos ojos pequeños color miel.

—Ignasi, ¿qué haces aquí? —preguntó ella, que no relacionaba la decoración de interiores con él. ¿No estudió medicina?, pensaba.

Mi mejor amigo es el dueño de una empresa textil de Barcelona y ha expuesto en esta feria. Yo tenía una conferencia en esta misma ciudad, hemos venido juntos —contestó.

—Bueno, ¿y qué es de ti? Han pasado casi diez años. ¿Ya eres cirujano?

—No, pero en ello estoy; en menos de tres años quiero abrir mi propia clínica.

—Veo que tus sueños siguen diseñándose a lo grande.

—Sigues igual, O’Keeffe. Teníamos la misma edad, ¿verdad?

—Sí. Te queda bien la melena lisa...

—A las chicas les resulta interesante. ¿Sigues practicando español?

—No, desafortunadamente. Vivo en Londres y mis clientes son muy británicos, no tengo con quien practicarlo.

—¿Hasta cuando estás aquí? —le preguntó Ignasi.

—Me quedan tres días; se me están haciendo eternos. Las ferias son agotadoras, tengo la espalda hecha polvo y me duele la mandíbula de tanto sonreír.

—Pobrecita —dijo Ignasi mientras le acariciaba los cabellos, desconcertándola—. Yo regreso mañana a Barcelona; podemos vernos esta noche, cenar y contarnos que tal nos ha tratado la vida... ¿Cuál es tu hotel?

—No, mejor dime el tuyo... no quiero ser carne para buitres, mis compañeros... ya sabes... de todas formas, no te puedo asegurar que pueda, deja que te llame más tarde, puede que tenga otro compromiso laboral...

Ignasi le entregó una tarjeta del hotel donde se alojaba y la besó la frente.

—Entenderé tus compromisos, pero las causalidades no existen... piénsalo bien.

\*\*\*

Andrea permaneció el resto de la jornada en shock. ¿Era real lo que había sucedido?

Salió dos horas antes de lo habitual. Tras un relajante baño, tomó un taxi y asistió a la cena en su hotel. Hacía años que no sabía de él, y tenía tantas ganas de decirle todo lo que nunca le pudo confesar. Siempre había deseado que ese momento llegara... pasaron la mayor parte del tiempo hablando de sentimientos, de lo intenso que fue para ella... Ignasi estaba atónito, no sabía que Andrea era tan vulnerable; ella insistía, no le quería hacer sentir mal. Era una niña ilusionada, muy sensible y pasional. Tampoco sabía que sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico, y que no había vuelto a pisar suelo irlandés desde hacía mucho tiempo.

Tras el postre, Andrea estaba un poco piripi, pero sabía perfectamente lo que iba a permitir que sucediera y lo que no. Ignasi no la había rechazado en el pasado, simplemente sus vidas no convergieron. Ahora ella era feliz con Archie, no iba a otorgar el lujo de pasar una noche loca... en unos meses, quedaría en el anonimato. El dolor que una vez había tenido estaba curado; si seguía los impulsos de aquella adolescente que un día había sido, podía

comportarse como una chica loca, aventurera, y pensar que estaba lejos de Londres, lejos de Archie, que sería su secreto, pero no era justo, su orgullo no se lo permitía. Ignasi no podía tenerla en un chasquido de dedos... rechazarle podía dejarle más huella que meterse en su cama en un recóndito lugar. Parecía tentador, como sacado de una telenovela, nadie tenía por qué saberlo...

Su punto de vista no evitó que bailaran juntos, que fueran a una discoteca cerca de su hotel, que tomaran otra copa, que disfrutaran de tenerse de cerca. El hecho de estar un poco borracha la deleitó; disfrutaba del intenso deseo que sentía por él; la química era incontrolable. Bailó pegada a él, disfrutó oliendo su embriagador perfume, en la nuca y el lóbulo de la oreja.

Mientras bailaban *Hungry Eyes*, la canción de Dirty Dancing, Ignasi le puso las manos alrededor del cuello y besó sus labios.

—El corazón te late muy rápido —le dijo Ignasi

—¿Nos vamos de aquí? —dijo Andrea.

—Sí, vámonos.

Cuando salieron de la discoteca, la magia que los envolvía Cos os.

—Será mejor que cada uno tome un taxi para su hotel; ha sido genial verte en este bello confín del mundo y ese beso me ha encantado, pero...

Ignasi intentó silenciarla con otro breve beso, y ella escapó de sus brazos y se dirigió al primer taxi libre que vio en la calle.

Los cristales ahumados del taxi, le brindaron la oportunidad de mostrar la rabia que su rostro había estado ocultando.

## Un huésped en un lugar emblemático

Henry se retiró a la cocina mientras Molly acompañaba a Emma a mostrarle los rincones de la casa y preparar la habitación de invitados.

Cocinaba como un verdadero chef; hoy tocaba *rissoto* con carne de ciervo marinado. Quizás su estrategia para despistar la tensión era tener el estómago de las féminas contento. Emma estaba hambrienta. Había repetido tres veces la ración.

Mientras él cocinaba, Molly la había paseado por toda la casa, mostrándole fotografías colgadas de sus hijos y nietos. No podía evitar asomar constantemente una sonrisa serena contemplando a su nieta. Se parecía tanto a ella de pequeña, y a su hijo Archie.

Molly la acompañó a la habitación de huéspedes. Le prestó un viejo camisón y unas toallas y esperó que ésta terminara de darse un baño caliente; después se quedó un rato contemplándola mientras se metía entre las mantas tiritando. En ese instante, tras arrojarla y comprobar que los ventanales estaban bien cerrados, se sentó en la cama, permaneció un momento contemplándola y aprovechó para confesarle algo especial.

—Tienes su misma cenefa en las cejas, el pelo lacio y rubio. Y a pesar de que nunca os habéis conocido, tienes las mismas muecas que él. Cuando comías, te has relamido todos los dedos, repasando desde el pulgar al meñique. Ambos lo hacéis de una forma que aleja el gesto de la vulgaridad y lo grotesco.

Había sido un día muy completo e inolvidable para Emma. Ya acurrucada, pensaba que Molly era una señora encantadora, muy moderna para su edad, con mucho temperamento, pero a la vez muy cálida. Y Henry era como un oso grande de peluche al que daban muchas ganas de abrazar.

Cada vez entendía menos a su madre. ¿Por qué excusarse en querer protegerla? Seguramente se largó de Inglaterra por despecho y con el tiempo no había sabido perdonar, pasar página. Cada pensamiento sobre su nueva familia la hacía distanciarse mucho más de ella y entenderla menos. Estaba intrigadísima por conocer a Archie, su padre biológico, que en las fotos

parecía un hombre muy apuesto, Feto eioló; Qué cara pondría cuando la viera? Entre tantas preguntas e ilusiones se quedó dormida; estaba agotada y satisfecha de su aventura.

Emma se durmió mientras navegaba entre sus pensamientos.

## Regreso con invitación a largarse

Después del incidente en Singapur, Andrea no se arrepentía de esquivar las burlas del destino. Llegó a casa loca por encontrarse con Archie, besarle con pasión y decirle cuánto le había echado de menos. Sin embargo, no había nadie esperándola en casa. Vio una nota en la mesa de la cocina:

*Andrea,*

*Estoy metido en un grave problema, no hagas preguntas, haz la maleta y vete de aquí, no contactes conmigo, ya me encargaré yo de explicártelo algún día — si me queda coraje de hacerlo—. Si hago esto es porque te quiero con locura y no quiero involucrarte en mis problemas; te mereces algo mejor que yo; vete del Reino Unido, cumple tu sueño, quizás en tu Irlanda o quizás en España. No te quedes en Londres, hazme caso, no seas cabezota. Si confías en mi creerás en la importancia de estas palabras.*

*No hay terceras personas, sólo estás tú en mi vida.*

*No podré ir a buscarte, por favor, no me reproches nunca nada.*

*Te lo ruego: no les preguntes nada a mis padres ni a Henry; ellos no saben de mis problemas.*

*No quiero que mis asuntos afecten a la gente que quiero.*

*Llévate lo que quieras de la casa; lo mío es tuyo.*

*Te quiero y te querré siempre,*

*XXXX*

*PS: deja tu llave dentro del buzón.*

Andrea no creía lo que estaba leyendo. Esperó unas horas. Quizás él llegaría y le daría una explicación. Pasó incluso la noche allí, durmiendo con unos ojos despiertos, conscientes de cualquier insignificante ruido, pero él no apareció.

A la mañana siguiente, preparó sus cosas, llamó a su prima Norma para que le ayudara a trasladar sus pertenencias con el coche, y se alojó en su casa

unas semanas, donde una de ellas la pasó encerrada, paseándose de la cama al sofá, del sofá a la cama. Se despertaba y se acostaba con el mismo pijama sin ducharse, ni siquiera cambiarse la ropa interior. No tenía fuerzas para empezar de cero en Londres. Quería irse lejos, muy lejos... Con el desamor, se suele pasar del dolor a la rabia en poco tiempo; ella tuvo dolor y rabia al unísono.

Albergaba la esperanza de descubrir alguna pista suya durante las primeras dos semanas, de su abandono. No huyó como él; ella no tenía nada que ocultar ni motivo por el que huir. Se quedó en Londres, allí tenía su trabajo, su vida... y sin forzar nada, seis meses más tarde, le ofrecieron un trabajo de decoradora de interiores en Bruselas.

Se alegró de alejarse una temporada de Londres, pero no se olvidó de Archie. Sentía que las cosas no habían acabado; necesitaba una explicación; merecía una explicación. ¿Por qué motivo la había despachado de su vida de esa manera? Cuando alguien está enamorado, piensa que no hay justificación alguna para cierta actitud imperdonable como la de él. Pero, a la vez, la regla de la contradicción: ella estaba enamorada y le justificaba en toda regla.

No tuvo noticias de Archie durante dos años. Le mandaba una carta cada mes, también lo llamaba por teléfono, pero nunca contestó. Seis meses después, le dejó un mensaje en el contestador rogándole que si no quería que le molestara que al menos lo dijera. Recibió un mensaje en el contestador:

*Leí tus cartas y escuché tu mensaje, no me molestes más.*

Tras escuchar repetidas veces esa fría respuesta, trató de pasar página, pero no fue fácil. Pensaba en él todas las noches al acostarse; recordaba cada noche, cuando a oscuras, después de adoptar la postura correcta en la cama, tiraba una de sus almohadas por los aires. Era una costumbre infantil de la cual ella ni siquiera era consciente, hasta que una noche Archie dijo sonriendo:

—¿Vas a tirar tu almohada? Venga, tírala.

Su gesto fue sonreír y tirar la pequeña almohada por los aires. Esta costumbre se hizo un hábito diario. Después de que ella lanzara la almohada, Archie exclamaba:

—... orre S Rocuras, desOoooooh... —como si un niño hubiera hecho alguna travesura elocuente. Seguidamente, le daba un beso de buenas noches.

Cada noche Andrea recordaba ese ritual, y solía susurrar en voz baja:

—Archie, ¿en qué lío andas metido?



## Dos años después

Las nubes tenían una forma tan algodónada que envolvían su estado adormecido y le inspiraban a cerrar ese ojo entreabierto y seguir durmiendo, sintiendo que la arropaban sobre el aire. El cielo era tan azul que parecía pintado. No había nada más hermoso en Irlanda e Inglaterra que las bellas nubes blancas y acolchadas, con su azul intenso de fondo. Parecían sacadas de la habitación de una niña.

No era muy normal este escenario primaveral del cielo Londinense. Apostaba que una hora después del aterrizaje el cielo se ennegrecería y caería una de esas tormentas imprevisibles.

La locución de la azafata hizo que espabilara. No le daba tiempo a otra cabezadita. Apagó su walkman; escuchaba sus favoritas melodías a piano. Le resultaba embriagador el sonido de unas preciosas manos dominando el teclado. Se prepararon para salir del avión. Hizo como cualquier individuo más tras el despegue y se abalanzó a por sus objetos personales, mucho antes de que el avión se detuviera, burlando así las normas de tripulación.

Dos años después de alejarse de Londres, regresaba para despedir a un ser muy querido. Vivienne había muerto de alzheimer en una residencia. La anciana había decidido ingresar voluntariamente en el momento en que había notado su incapacidad. Sus últimas voluntades habían sido tener un austero entierro y comunicar su fallecimiento unas semanas más tarde. La anciana era tan vanidosa que no quería ser recordada como una senil.

Andrea supo de su fallecimiento tras ser requerida a escuchar las últimas voluntades. Al día siguiente de su llegada a Londres, visitó la notaría donde se leía el testamento de su querida Vivienne Bergmann.

Norma tenía su despacho en la azotea del apartamento. Llevaba dos pequeñas empresas, una ONG y una empresa de rótulos para supermercados, comercios en general. Estos rótulos eran de un papel ecológico, cambiaba bastante de oficio, o tenía varios... era una chica emprendedora con mucho potencial, que se aburría de hacer siempre lo mismo... fuera como fuere, su trabajo le facilitaba poder tomarse un día libre, y entre otras cosas, recoger a su prima y acompañarla a la notaría...

Tras un inquieto silencio, durante todo el trayecto en que cruzaban la autopista M11, Norma se atrevió a preguntar algo que estaba deseando desde que había recogido a su prima en el aeropuerto. Algo que ésta también estaba deseosa de responder.

—Andrea, sé que ha pasado mucho tiempo. No sé cómo te sientes al respecto, pero me mata la curiosidad por saberlo. ¿Vas a visitar a Archie?

—Sabía que me lo ibas a preguntar, pero pensé que primero le ibas a dar la vuelta entera a la autopista —dijo mientras no cesaba de reírse.

—Es tu marido, Andrea.

—Sí, en Las Vegas, un teatro para turistas colocados... no lo formalizamos al volver, creo que no estamos casados... en fin, qué más da.

—¿Crees que todavía vive en Harefield?

—Supongo, uno no se desprende de su hipoteca tan fácilmente, aunque quizás alquiló la casa. Ahora no puedo pensar cuando iré, mañana tendré más pistas sobre mi destino, pero sí, me gustaría verle.

—Yo le vi hace alrededor de dos navidades, en un pub cerca de Brentford. Salía de trabajar con mis compañeros y él estaba tomando cervezas en otra mesa. Sé que me vio, pero se hizo el despistado.

—Llámame tonta, pero no quiero verle como un canalla. Sé que hay un motivo para todo eso y sé que algún día lo sabré.

A la mañana siguiente, Andrea se llevó una gran sorpresa. La mayor parte de la herencia era para ella; fue una extraña y grata sorpresa. De repente poseía una casa cerca de Chelsea. Todavía no lo asimilaba; es más, ni siquiera se atrevía a entrar en ella. No lo podía creer: la vieja Vivienne sólo tenía un heredero legal, su sobrino Howard, al cual detestaba, ya que en vida la había sangrado económicamente y le hablaba siempre de forma déspota, así que decidió incluir a la dulce Andrea en su testamento. Además de la casa, dejaba un fondo de ahorros de aproximadamente 90.000 libras esterlinas.

Dos días después, Andrea, acompañada de Norma, visitó la casa en la que se había alojado como estudiante y que ahora le pertenecía. La joven irlandesa tenía el corazón encogido, plagado de melancolía y tiernos recuerdos. Había sido una lástima no poderse despedir de Vivienne. El hogar seguía bien cuidado, pero merecía alguna reforma, al menos para darle un toque personal y sentirla más propia. La verja de forja que rodeaba la casa necesitaba una capa de pintura. La puerta principal era vieja y estaba

desgastada; habría que cambiarla, al igual que los ventanales. Sería aconsejable aislarlos con doble vidrio; cambiaría los radiadores y amueblaría todas las habitaciones.

El frío del interior, el olor de cerrado y el intenso recuerdo de la difunta, invitaban a alejarse. No obstante, subieron a las habitaciones guiadas por la luz que traspasaba las empolvadas cortinas. La puerta de la tercera, y principal, costaba de abrir. Era como si hubiera estado cerrada durante muchos años. El dormitorio de Vivienne era de estilo colonial; tenía una bella cama con dosel de madera maciza, todo estaba tal y como Vivienne lo había dejado el día del traslado a la residencia de ancianos.

—Norma, sube conmigo, te enseñaré algo. —Andrea abrió la puerta y, abriendo las cortinas, contempló la bella azotea.

—¿Este era el taller de Vivienne? —preguntó Norma, asombrada al descubrir tan hermosa habitación.

—Sí, querida, aquí disfruté de muchas tardes creativas; era nuestro templo. No quiero reformar esta habitación y mucho menos desprenderme de esas máquinas de coser. Esta sala tiene todavía mucha vida, Norma.

—Prima, se me ha ocurrido que ahora tú podrías heredar su trabajo de diseñadora. No sería difícil empezar. Podríamos organizar una merienda invitando a todas las clientas de Vivienne, ya que no se organizó un funeral; sería lo lógico. Además, muchas de ellas te conocen. Se sentirán halagadas de que las recibas, de que la erudita de Vivienne haya dejado una heredera.

—No es mala idea; la verdad es que ya lo había pensado, pero primero hay que acondicionar esta casa...

Andrea paseaba por la diáfana sala, cerraba los ojos para traer a su mente viejos recuerdos. Todo podía ser como antes. Las damas de alta alcurnia podrían volver a aquella sala. Habría que darle una mano de pintura, cambiar las cortinas, localizar nuevos proveedores. Las máquinas seguían funcionando. Se avecinaba una nueva vida. Le gustaban los comienzos. Estaban llenos de esperanzas.

\*\*\*

Andrea dedicó dos semanas a vaciar algunos muebles de la casa y, con el dinero que le había entregado la difunta Vivienne, la rehabilitaría. Cambiaría puertas, ventanas, suelo de la cocina y moqueta... conforme deambulaba por la casa, se le iban ocurriendo brillantes ideas. Todo había sucedido en el mejor

momento; hacía un mes que la habían despedido del trabajo y no tenía prisa por encontrar otro. Le llevaría unos dos meses acondicionar esa casa y luego ya vería... para una decoradora de interiores, el mejor regalo es rehabilitar su hogar a su antojo y, habiendo vivido allí anteriormente, sabría distinguir cuál de los utensilios o mobiliarios tenían buena carga positiva y merecían una restauración.

La oportuna herencia de Vivienne la había transportado a un pasado que se posaba entre sus recuerdos día tras día, mientras vaciaba armarios, renovaba vajillas... sin darse cuenta, ya llevaba casi tres semanas y todavía no había visitado a Archie.

## Incógnita despejada

Una mañana de sábado, tomó el metro, dirección Central Line, y decidió visitar a Molly para averiguar un poco cuál era la situación sentimental de su hijo. Le daba miedo acercarse a su casa de Harefield y comprobar que vivía felizmente casado y con vástagos. Tampoco se atrevía a comunicarse con él por correo postal o teléfono. Su relación con Molly era buena; además, sabía que aunque no le iba a agrandar la visita, su “suegra” (según el estado de Nevada) era bastante diplomática y no le iba a cerrar la puerta en las narices.

Los familiares ladridos del ya viejo Douglas tras llamar al timbre la transportaron a viejos tiempos, en los que Archie y ella venían a comer los sábados. Arriesgaba a encontrárselo con su madre... crucemos los dedos, pensó la irlandesa.

—Douglas, ¿por qué eres tan escandaloso, cariño? —decía Molly desde el otro lado de la verja antes de abrir.

Su espontáneo rostro de sorpresa no pudo esconder una sonrisa de alegría al verla.

—¡Andrea! ¡Cariño! ¿Qué te trae por aquí? Dijo mientras intentaba abrazarla, pero el despierto y enérgico de Douglas no cesaba de saltar ante la invitada y ladrar de alegría, mientras que ella, agradecida, le devolvía el recibimiento acariciándole hasta que se llegó a calmar.

—Molly, como veo, Douglas se acuerda de mí. ¿Cómo estás? Me preguntaba si me podías invitar a tomar un té con esa rica tarta de naranja que sueles hacer —sugirió la joven mientras no cesaba de prestarle atención a la mascota.

Desde fuera llegaba el olor a bizcocho en el horno

—Has sabido venir en el preciso momento. Pasa, estoy sola. Henry se ha ido de caza con los amigos, acabo de sacar el bizcocho... Té de frutas, ¿verdad?

—Sí, por favor.

—Bueno, ¿y qué te trae a Londres? ¿Has venido de visita?

Andrea estaba muy contenta de volver a ver a Molly. Ella y Henry (también Walter, el padre de Archie) habían olido su orfandad y la habían

tratado como la hija que nunca habían tenido. Es más, Molly le había prestado en muchas ocasiones dinero, el cual nunca quiso que le devolviera. Desde el primer instante en que les conoció, había sido agradecida y complaciente. Ansiaba tanto tener una familia, después de perder la suya tan joven, que se regocijó en ellos. A veces se preguntaba si realmente a quien había echado de menos durante estos meses había sido la encantadora familia de Archie, y no a él.

Por eso mismo, insistió en la boda temática. Se sentía tan desamparada y sola en el mundo. No quería esperar a ahorrar dinero, estabilizarse económicamente y otras tradiciones estipuladas antes de un matrimonio. Archie le daba esa seguridad, paz, equilibrio, que tanto había anhelado, y su familia además era encantadora. Nunca se había sentido inoportuna en casa de Henry y Molly.

Pasaron toda la mañana poniéndose al día, bueno, Molly se puso al día de los sucesos de Andrea. Tras tres pedazos de bizcocho y dos tazas de té, todavía no habían hablado sobre Archie. Así que tras un silencio a su vuelta del baño (las dos tazas de té...) Era el turno de que Molly diera su charla para ponerla al día.

—Por aquí las cosas siguen igual que hace dos años. No ha habido novedad alguna.

Andrea sonreía aliviada y pensó: “A buen entendedor pocas palabras bastan”.

—Déjame que te prepare un par de trozos de bizcocho para ti y tu prima Norma.

Mientras Molly se alejaba hacia la cocina, contempló el salón principal. Todo parecía estar tal y como lo había visto la última vez, con el cuadro de cazadores en un prado encima del sofá, el candelabro de plata encima de la mesa, e incluso una planta de bambú chino sobre la ventana, todo era tan igual...

Qué tonta, pensó, ya que hasta ese instante no se había dado cuenta de un gran detalle, un detalle que le encogió el corazón. Sobre un mueble auxiliar, donde había varios porta-fotos de familia, había una imagen que captó su atención. Se trataba de una foto de tamaño mediano en la que aparecían Archie y ella de picnic sobre una manta escocesa. Ella acercaba su brazo al cuello de Archie; ambos tenían unas sonrisas de felicidad envidiables. No pudo evitar levantarse a mirar de cerca dicha foto. Recordaba exactamente el día y el lugar; había sido en Kew Gardens, a principios de primavera. Mientras se

hundía entre recuerdos, no se había dado cuenta de que Molly había entrado al salón con los trocitos de bizcocho envueltos en plata.

—Ya te lo dije, muchachita, aquí no ha habido novedad alguna.

—Sí, veo que todo está como lo dejé.

—Quizás ahora es el momento de un cambio, ¿no? dijo sonriendo mientras pellizcaba cariñosamente su barbilla.

No podía esperar ni un minuto más. Al fin y al cabo hoy tenía buen aspecto, así que de casa de Molly y Henry, en Epping, se fue directa al apartamento de Archie en Harefield.

## Desandando lo andado

Dejó el viejo Mini color negro de su prima aparcado en batería cerca del bloque de edificios. Tuvo la necesidad de permanecer un buen rato navegando entre millones de recuerdos de ese lugar. Las calles, los jardines, e incluso el olor de los árboles. Trató de recordar cada momento feliz e infeliz en el que cruzó ese umbral o salió por la verja. Su viejo hogar... no era tan bonito como su nueva y rehabilitada casa en Chelsea, pero fue su hogar, y sintió nostalgia por no haber formado una familia como ambos habían querido. Se recompuso; tenía que decidir qué hacer. No sabía si quedarse a espiar a los vecinos hasta que llegara la presa en cuestión, tener la osadía de bajar del coche, llamar a la puerta y... y estar preparada a que abriera una rubia con un camisón de seda y un cuerpo increíble. Dios mío, qué vergüenza si eso sucedía, pensaba. Pero claro, el hecho de que su marido no hubiera rehecho su vida no estaba reñido con sus necesidades sexuales.

Llamó a la puerta un par de veces. No había nadie; entonces recordó la monotonía de Archie un sábado por la tarde y corrió hasta la pista de tenis que había en el parque cerca de su residencia. De lejos, el sonido reiterado de raquetas golpeando las pelotas certificaba que había gente utilizando la cancha. Su corazón empezó acelerarse, mientras pensaba que se había vuelto loca, que lo más probable era que a quien buscaba no se encontrara jugando. Pero su intuición no fallaba. Le reconoció desde las rejas de malla. Archie estaba jugando al tenis con tres amigos. Decidió sentarse donde no la vieran, en un banco cercano al camino de la salida del partido.

Treinta cinco minutos después, cesó cualquier sonido característico del juego. Llenó su barriga de aire y lo expulsó; pronto pasarían por allí, tenía que estar preparada para la reacción de Archie. Quizás su cara fuera la misma de haber visto a un fantasma. Dos de los amigos parecían mucho más jóvenes que él; les debían separar más de diez años, y el tercer hombre parecía rondar los cuarenta y cinco. Archie seguía tan atractivo como siempre, guardaba la línea y conservaba todo el pelo. Andrea se alejó al ver que se despedía de los demás y se desviaba hacía su domicilio. Sin embargo él reconoció los característicos andares de Andrea, la cual quiso ser tragada por la tierra en el

instante en el que su voz exclamó.

—¡Andrea!

El grito susurró su cuello de tal forma que notó que su espalda se estremecía. A la vez sentía miedo.

—¡Andrea! —gritó cinco segundos después.

Esta vez se dio la vuelta.

—Reconocería esa forma de andar en cualquier lugar del mundo —dijo sonriendo. A Archie le encantaba su forma de caminar, decía que movía los brazos al compás de sus nalgas. Andrea echó a correr a sus brazos, no le importaba que estuviera sudado como un pollo.

Pero se arrepintió de inmediato de su osadía. Recordó el dolor que había sentido durante meses, por no tener respuesta alguna de su huida. Controló sus emociones, se detuvo y le miró de frente en silencio, esperando que él se pronunciara.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sor kpregasprendido mientras se acercaba a ella.

Andrea no sabía cómo empezar a explicarse, estaba abrumada. Si él no hubiera querido saber de ella, hubiera sido tan sencillo como no exclamar su nombre.

—He sido un poco imprevisible... vine... vine a visitarte —dijo medio ruborizada.

—Pues es un honor recibirte, aunque no lleve mis mejores galas y esté sudado. ¿Cuánto llevas aquí?

—Semanas. Estoy rehabilitando una casa...

—¿Cómo? Acompáñame a casa; deja que me dé una ducha y luego nos ponemos al día. Prometo darme prisa.

La casa seguía igual que el último día que la había abandonado. Sentía que había vuelto al hogar. Supuso que esa sensación la volvería a tener con el tiempo, en la casa de Chelsea; no obstante, tras un par de semanas en Londres, sentía que sólo ahora volvía a su casa.

Se le encogió el corazón al saber que las cosas ya no eran igual. Ellos ya no eran los mismos de antes.

—Dame quince minutos, para ducharme... siéntete como en tu casa, enciende la radio, la tele... como si te quieres descalzar...

Andrea escuchaba el sonido del agua del baño y no podía evitar tener fantasías eróticas. Sintió que seguía enamorada de él, a pesar de que todavía le ocultara algo, a pesar de que nunca mandara una carta o llamara para darle

una explicación. Estaba fantaseando con él y no podía controlar sus deseos.

Se asomó por la ventana de la cocina. Daba al jardín de otra vivienda. Hacía cinco años solía vivir una irlandesa llamada Claire con su hija. Ella solía curiosear por la ventana —ya que no tenían dinero para salir— y le televisaba a Archie si Claire tendía, si tomaba el sol con visera, si celebraban la fiesta de cumpleaños de la niña y el globo tenía el número 3 pintado...

Estaba absorta recordando esa escena de hace dos años. No se dio cuenta de que Archie había salido de la ducha con la toalla anudada a la cintura y había entrado en el dormitorio para cambiarse.

Vaya por Dios, pensaba, se había perdido la panorámica de él marcando culito, bíceps...No le recordaba tan fibroso.

—¿Todavía vive Claire en la casa de abajo? —pronunció, ocultando su rostro tras la ventana, escondiendo sus ojos hambrientos.

—Se mudaron a Irlanda hace tiempo; ahora viven dos hermanas ancianas con muy mala leche. Ponen el televisor al máximo, están sordas como tapias... —dijo Archie mientras salía de su habitación de forma desenfadada, mostrando su bello torso y sus extremidades inferiores cubiertas únicamente por un slip y se iba colocando una camiseta.

Andrea trataba de esforzarse por no aparentar su intenso deseo por él. Evitando el contacto visual, él la miró fijamente y le dijo con serenidad:

Times Noman">—Gracias por venir con tu mejor sonrisa y sin avasallarme a preguntas.

Ella permaneció callada y pensativa. Esa frase la invitaba a no hacer reproches ni pedir explicaciones, algo difícil. No era justo que jugara a la evasión de esta forma, pero su intenso amor por él la hizo reprimirse. Tendría paciencia; había aparecido por sorpresa, quizás él necesitaba tiempo. No hubo respuesta por su parte, así que él rompió de nuevo el silencio.

—¿Sabes lo que me ha venido a la mente? Me acabo de acordar de cuando solíamos merendar un donut glaseado con azúcar rosa, mientras veíamos nuestro programa favorito.

—Cierto, creo que es una de las cosas que más echaba de menos. Por tu culpa, acabé enganchándome a ese coñazo de serie, *Coronation Street*... esa telenovela parecía no tener fin.

Mientras Archie se daba un baño, Andrea había encendido la radio. Inesperadamente sonaba la canción de *The One and Lonely*, de Chesney Hawkes, una de sus canciones favoritas. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Frotó sus brazos con sus manos, sonrió sin darse cuenta, mientras observaba la

forma en la que él la miraba. No la había mirado así todavía, no había visto un ápice de deseo hacia ella hasta ese momento. Demasiados bellos eran los recuerdos que esa canción envolvía. Se levantó de la silla y se acercó a ella; la abrazó y besó su frente.

—Esa sonrisa tuya... no he conocido sonrisa más *eclipsante*. Con sus dos profundos hoyuelos... —dijo él.

Sus cabezas se deslizaron y sus labios se acercaron fundiéndose en un intenso beso. No fue un beso robado, fue algo recíproco, como si sus cuerpos estuvieran controlados por un fuerte campo magnético que los unía. No podían parar de besarse, sentían una pasión incontrolable. Él la tomó del brazo con fogosidad y la llevó a su cama.

Andrea respondió con la misma pasión. Deseaba estar enfadada como lo había estado durante dos años. Pero, en ese instante, con sus besos y caricias, no quería estropear ese maravilloso momento en el que solo prima el amor, como si nada hubiera sucedido. Pasaron la tarde juntos, reencontrándose con sus cuerpos... tras dormirse unos minutos, Andrea despertó con hambre:

—Lo había olvidado. Tenemos postre y es más rico que el donut glaseado rosa... —dijo mientras destapaba la envoltura del bizcocho de Molly.

—¡Reconocería ese pastel como reconocí tus andares hace unas horas. ¡Tú has estado en casa de los Mullen!

Mullen era el apellido de Henry. Archie siempre decía “la casa de los Mullen”, a pesar de que su madre conservaba su apellido de casada: Ashford.

—¡Afirmativo!

—Eres audaz. No sólo fuiste un sábado por la mañana, cuando sabes que mamá hornea su tarta, sino que fuiste para indagar sobre mí. Como si no te conociera...

—Sí, Archie, lo admito, pero he tratado de ponerme en contacto contigo durante mucho tiempo: cartas, tarjetas felicitándote el cumpleaños... y nunca recibí respuesta alguna, llegué a pensar de todo. La mejor forma que he encontrado para reaparecer en tu vida ha sido visitar a tu madre. Sabes que la quiero mucho, y a Henry. Les he echado mucho de menos. Durante estos dos años no he podido asimilar que ellos ya no eran mi familia.

—Entiendo. Bueno, ellos te adoran, Andrea. Y hay cosas que nunca cambiarán, aunque tú y yo no estemos juntos.

—Archie, gracias por recibirme con los brazos abiertos. Podías no haber gritado mi nombre. Me hubiera marchado y quizás no me hubiera arriesgado a volver. Me siento feliz de que los dos sintamos tanta química. Después de dos

años, es fantástico dejarnos llevar por la pasión, la ternura, la alegría... el tiempo ha menguado el dolor, pero sigo mereciendo una explicación.

—¿Qué quieres saber? —dijo él haciéndose el despistado.

—¿Me lo preguntas? Quiero saber la verdad... quiero saber qué ocultas, Archie. Sé que ocultas algo. No sé si tu madre también me oculta algo, pero te recuerdo que de la noche a la mañana me pediste que desapareciera de tu vida si quería tener una vida segura. Sólo dejaste una escueta nota. Me pediste que no te molestara. No puedo comportarme como si no hubiera pasado nada...

—Andrea, verte de nuevo ha sido un milagro, lo mejor que me ha podido suceder. Te he seguido queriendo; he dormido pensando en ti tantas noches.

—Pero quiero saberlo todo, Archie... Siempre intuí que fue algo en contra de tu voluntad. Y tu recibimiento lo corrobora... ¿Qué sucedió?

—Te lo contaré, pero dame una semana. Quiero disfrutar de ti de nuevo, recuperar el tiempo perdido. Dame una semana de tregua; pasa aquí todas las noches de esta semana y te prometo darte una explicación.

—¿Y por qué en una semana? ¿Por qué no ahora?

—Porque intuyo que cuando te dé la explicación querrás marcharte. Así que, si de verdad me quieres, regálame siete noches de amor.

\*\*\*

Andrea estaba enamorada, pero algo fallaba en el sexo. Sentía que era una de esas mujeres que casi ni se enteran de que las están poseyendo. Solo sentía una gran protuberancia rasgando su piel. Disfrutaba sintiéndole tan cerca. Sólo con ver el bello rostro de él, con besar sus carnosos labios, enredar los dedos en su pelo ya lanzaba gemidos naturales de placer pero nunca alcanzaba el clímax. Recordó que con algo fallaba en el sexo. Le tenía tan idealizado que había olvidado la torpeza de Archie. Él siempre quería hacer el amor de la misma postura. Era la única forma en la que controlaba sus orgasmos; además, no sabía hacer el amor con preservativo. La muchacha sobrellevaba bien la situación. No había estado antes con otro hombre, y desconocía si podía haber algo mejor. Sin embargo, aquello tampoco era un detalle grave. Para ella el sexo no lo era todo, e incluso el exceso de sexo le podía llegar a aburrir.

## Sorpresa cruel

Durante esa semana de encuentros, Andrea volvió a ser feliz. Trató de olvidar el lado oscuro de él. Seguía tan enamorada que todo le importaba poco. Sin saber el pecado, ya le había perdonado, y sin penitencias.

Pasó una semana idílica. Le enseñó su nuevo hogar. Las reformas habían finalizado y Archie estuvo dándole consejos de cómo empezar con su nuevo negocio de pamelas y sombreros.

Archie temía el día en el que debía contarle la verdad. Él decía que, cuando ella lo descubriera, elegiría alejarse de él. Y ella le decía que no, que le amaba.

Esa última noche, alrededor de las seis de la madrugada, un fuerte ruido los despertó. Alguien golpeaba la aldaba con mucha energía, como si quisiera tirar la puerta abajo. Ambos dormían intensamente, pero el sonido de la puerta era aporreado. Había timbre, pero habían utilizado el aldabón de bronce decorativo y el sonido era brusco y acelerado. Archie se levantó de la cama, encendió la lámpara de la mesilla y se asomó a la escalera.

—Es la policía —dijo mientras se ponía aceleradamente un albornoz para cubrir su desnudez.

Andrea se levantó tras él sin aún reaccionar a la situación, bajó con su pijama rosa y abrió la puerta mientras escuchaba:

—Policía, traemos una orden de registro y de arresto contra el señor Ashford.

Entraban uno por uno, su cabeza giraba levemente como la de un árbitro en el tenis.

—Uno, dos, tres... —se atrevió a decir, atónita, sujetando la puerta cuando el tercero cruzaba delante de ella—: ¿Cuántos quedan?

—Uno más —dijo el penúltimo.

Cuatro policías vestidos de *bobbies* —como comúnmente les llaman en Inglaterra— entraron en su minúscula casa.

—Traemos una orden de registro. Buscamos una camisa de futbolista de color rojo con una raya azul.

a fue

## Hilvanando su vida

Andrea había descubierto la oculta verdad de la forma más rotunda. Permaneció un mes más en Londres, mientras seguía digiriendo otro gran bache en su vida. Norma, Dylan y ella se habían mudado al nuevo hogar en Kensington. A pesar de la gran insistencia de los dos en relanzar el apasionado negocio de Vivienne, Andrea se sentía desmotivada, sin creatividad ni ilusión.

Tampoco deseaba permanecer por mucho tiempo en Londres. Volvería a empezar donde fuera... demasiados recuerdos, demasiado difícil de olvidar todo. Los tres utilizaron todos sus contactos para pedir trabajo fuera de Inglaterra. Dylan tenía un primo italiano y éste intentaba encontrarle un trabajo en Milán como asistente de un famoso diseñador.

—Dylan, gracias por tu ayuda, pero hablo un poco de español, no italiano. Déjalo, creo que sé quién me puede ayudar.

Contactó con la responsable de recursos humanos de Riverson, la empresa de Harefeld donde había trabajado anteriormente. Grace Hardy era hija de uno de los propietarios de Riverson. Tenían la misma edad y habían empezaron a trabajar el mismo mes; a ella la ascendieron justo un mes antes de que Andrea dejara el trabajo. Había estudiado en Barcelona. Era la única chica que conocía que hablaba español, casualidad que hizo que se hicieran amigas fuera del horario laboral, ya que asistían en tándem convocadas por un grupo de españoles en un bar cerca de Picadilly.

Grace era encantadora; no hizo falta darle muchas explicaciones. Sólo le comentó que necesitaba cumplir el sueño que siempre había anhelado: marcharse a España por un tiempo...

—No tengo mucho que ofrecerte, pero si lo sabes aprovechar puede ser una gran oportunidad. Verás: como sabes, en Barcelona se celebran este año los Juegos Olímpicos. España pretende aprovechar la situación para lavarse la cara; se trata de la nueva España democrática, de carácter internacional; el país pretende transmitir una imagen de dinamismo y modernidad; quiere romper viejos estereotipos, y a esto cabe añadir la celebración durante el mismo año del quinto centenario del [Descubrimiento de América](#). Con los Juegos Olímpicos, aumentará significativamente el turismo, por lo que se

planea construir nuevos hoteles y se reformarán algunos de los que ya existen. Tengo un viejo amigo arquitecto que está haciendo el agosto rehabilitando hoteles; me debe algún que otro favor. Le hablaré de ti; no tendrá ningún problema en contar contigo. Pero eso sí, debes costearte tu misma la Seguridad Social, se trataría de un trabajo como *freelance*.

—Eso es lo de menos.

—Deja que le llame, pues —dijo Grace {dgen de dinmientras abandonaba el despacho.

Al cabo de media hora, volvió con una buena noticia.

—He hablado con Miguel Altamira, me ha dicho que tan pronto como llegues a Barcelona, vayas a sus oficinas. Están en plena Gran Vía de les Corts Catalanes, aquí tienes sus señas. Debes estar tranquila; le he hablado muy bien de ti, y está ilusionado en que formes parte de la plantilla. Confía en Miguel; no es un jefe convencional, es un hombre con mucho carisma y mundano. Piensa en él como el mejor jefe que puedas tener. Ya me contarás...

—No sé cómo agradeceréte, Grace, te debo una...

—Yo sí sé cómo, Andrea. Miguel no es cliente nuestro, a mí solo me conoce por la universidad. Intenta que nuestras telas y tapices se pongan de moda; será fácil si tienes que redecorar... yo misma me encargaré de mandarte catálogos actualizados, muestrarios listados de precios... y escíbeme cartas, cuéntame qué tal te va; y si te va bien, búscame una habitación. ¡Iré a verte para las Olimpiadas!

—¡Eso está hecho, Grace! Te prometo que si puedo forrar toda Barcelona de telas y cortinas de Riverson lo haré.

Riverson era una firma conocida en Inglaterra, Alemania y varias colonias inglesas. Exportaba mucho a la India, Emiratos Árabes y otros muchos países del lejano Oriente. Los tapices y telas eran preciosas, nada convencionales, con estampados salvajes, alegres, coloridos, algo especial. La firma estaba convencida de que a los españoles les iban a encantar los diseños.

Andrea salió de las oficinas de Riverson y fue a tomar el autobús. Estaba emocionada, no se lo terminaba de creer. Qué fácil son a veces las cosas... incluso parecía que les había sido muy oportuna para Riverson...

Instantes antes de acercarse a la parada, comenzó a sentirse mal, tenía mareos, la visión borrosa y luces destellantes. Sus palpitations eran de más de ochenta latidos por minuto; aturdida, no entendía por qué se sentía así. Con pocas fuerzas, mientras se sentaba en el banco del autobús, reclamó ayuda a

unos señores apeados. Después de unos minutos, despertó tras oír las estridentes sirenas de una ambulancia que se había detenido frente a ella.

## Alguien más para el futuro

Norma entró estrepitosamente a Urgencias del hospital.

—Buenos días, soy familiar de la paciente O’Keeffe. ¿Puedo pasar a verla?

—Norma, estoy aquí, me han dado el alta. Hablaba desde lejos, sentada en una silla de ruedas que ya no necesitaba.

—Sácame de aquí —dijo.

—¿Subida de tensión? —preguntó su prima; era lo que le habían explicado por teléfono—. No entiendo cómo es posible que te haya subido la tensión; pensé que estabas curada de espanto con lo que pasó hace unas semanas. ¿No habrá sucedido algo todavía más grave, si cabe?

—Qué dices. Escúchame bien, Norma. Archie no debe saber nada de esto.

—¿De qué? Pero qué tonterías dices. ¿Desde cuándo me he hecho amiga de tu ex?

—El caso es que ha sido una visita oportuna, porque han sacado otra conclusión anómala aparte de mi subida de tensión.

—¿En serio?

—Tan en serio que te va a subir la tensión a ti cuando te enteres... pero lo mires por donde la mires, es serio, pero no es nocivo

—Por el amor de Dios, ¿quieres ir al grano, primita?

—Norma, podéis quedaros con mi casa de forma indefinida. No voy a aparecer por ahí en muchos años.

—¿Cómo te conozco! No hacen falta más pistas, tu cara te delata... ¡Estás embarazada!

Hubo un gran silencio de las dos. A ninguna le dieron ganas de sonreír, de asombrarse, de abrazarse, de felicitarse, en fin, las típicas cosas que suceden cuando te enteras de ciertas noticias como aquella.

Andrea asintió con la cabeza y luego dijo:

—Cuando me lo han dicho, he contestado: ¿y ahora cómo narices queréis que me baje la tensión? Archie no debe saber nada...

—¿Cómo vas a privarle de esta noticia?

—¡No! ¡Ni se te ocurra nombrarlo, Norma! ¿He de comprar tu silencio? Porque de ser así no sé a quién odiaría más en este mundo, Norma. ¡Sabes las consecuencias que tendría vivir aquí!

Por suerte, el nuevo plan hilvanado la favorecía más que nunca. La opción de quedarse en Londres la hubiera reprimido mucho más. Estaba contenta de saber que Barcelona era su siguiente destino. No podía arriesgarse a pasear su barriga por el centro de Londres, de compras, viendo quién sabe, electrodomésticos, o cenando en el Carluccio's y encontrarse ahí con Barry, Hillary, alguno de los íntimos amigos de Henry y Molly, como Big Melissa — la llamaban así porque era extremadamente gorda, es más, cada vez que compraba un pasaje de avión reservaba dos plazas para ella sola, pero a la vez Big Melissa era radio noticias—. Su cabeza no paraba de pensar y pensar.

Afortunadamente no se había hecho grandes ilusiones con la idea de seguir con el diseño de pamelas en el taller de Vivienne.

Tenía que ir tan pronto como se recuperase a la agencia de viajes a por un billete de ida a la ciudad olímpica de 1992. También debía pasar por Bray. Pondría en venta la casa de sus padres; necesitaba el dinero para mantener al bebé que esperaba. No le iban a dar demasiado, pero nada la ataba a Irlanda. También llevaría flores a sus padres y tíos, y visitaría al sacerdote de la ciudad, el que la bautizó y le dio su primera comunión. Esperaba que estuviera en la misma parroquia. En Bray el tiempo no existía, todo permanecía perenne. En esos momentos, necesitaba abrazar su religión católica. Tenía miedo a lo que estaba por llegar.

a fue

## Con nuevas compañías

Andrea llegó a Barcelona un domingo por la mañana. Durante tres días, se alojó en un hostel, mientras buscaba un piso para compartir. Una vez instalada, buscaría a Miguel Altamira.

Tuvo la suerte de visitar una casa justo en la misma calle donde se ubicaban las oficinas de éste. Era una casa señorial reformada, con seis habitaciones ocupadas por estudiantes y extranjeros que estaban en Barcelona de paso. Los dormitorios eran una especie de habitación de hotel, cuadrada, amplia, con balcones luminosos que daban a la Gran Vía. Todos dotados con una llave para seguridad del huésped, televisión, escritorio, un amplio armario y una cama doble. El dueño era un tanto extraño, un hombre de unos cincuenta y ocho años que vivía de rentas. Sus normas eran inflexibles; no tenían permitido alojar invitados, y si por azar llegaba y se encontraba con algún visitante que hubiera pasado la noche en alguna habitación, exigía el pago proporcional a las noches que esa persona había pernoctado. No quería formalizar el alquiler de la habitación con un contrato. Quería cobrar en negro; todo era un tanto extraño, pero de todas las habitaciones y pisos que había visitado éste era especialmente bonito y cuidado. Tenía lavadora y secadora, habitación para planchar, una bonita cocina, un amplio salón con sofás y un cenador próximo a unos ovalados ventanales con vistas, así que no dudó en pagar la fianza y el primer mes. Le urgía abandonar el hostel donde se alojaba. Era caro y sucio.

Poco a poco fueron apareciendo habitantes de la casa, cuyo punto de encuentro era el gran salón ovalado. Tenía curiosidad por saber qué opinaban sobre el señor Alfredo, el casero, si a ellos también les había pedido una copia del documento nacional de identidad (en su caso pasaporte) para comprobar sus cartas astrales en base a sus nacimientos y con ello tener fe de cómo eran y cómo se iban a comportar... ¡qué disparate!

Se reunieron en el salón y hablaron de las rarezas de Alfredo, que parecía ser que no se llamaba Alfredo, ya que a otros de los huéspedes se había presentado como Maximiliano. El más veterano manifestó que normalmente los habitantes de la casa no solían permanecer demasiado

tiempo, ya que acababan enfadándose con Alfredo-Maximiliano. Y es que no sólo no toleraban sus normas sino que el casero infringía la intimidad. Se paseaba día sí y día también como uno más, y de vez en cuando entraba en las habitaciones —sobre todo para recoger el dinero de la renta mensual.

Todo esto a Andrea le daba un poco de miedo. De momento nadie conocía su estado, pero era algo que en breve se sabría...

En menos de quince minutos aparecieron el resto de compañeros. Faltaba el que ocupaba la habitación más grande, al final del pasillo, un ruso bajito y poco favorecido que no se quiso unir al círculo de bienvenida. Simplemente saludó y se puso a cocinar, pues tenía una invitada. No hablaba español, y mucho menos inglés; se comunicaba en italiano, lengua que ninguno de ellos hablaba...

Eran seis chavales en una bonita casa. Casi todos cumplían un perfil similar en edad y todos se habían fiado de Alfredo, a pesar de que daba mala espina. Habían encontrado un piso con estilo y acogedor.

El compañero ruso los tenía bastante molestos: era gigoló e intercambiaba drogas por prostitución. Muchas noches habían escuchado jadeos de mujeres, golpes de látigo y comentarios sobre la cocaína.

—No puede ser gigoló, chicas, con lo feo que es... —dijo Andrea.

—Andrea, no es necesario ser guapo para dedicarse a la prostitución —dijo una de las compañeras.

—El otro día dejó la puerta abierta... no pude contenerme y entré. Sobre la mesa había una especie de probeta piramidal que contenía un líquido azul. Ese líquido se deja en una piedra de pizarra y, si la cocaína no sufre alteración, significa que es buena...

—Entonces no hay ninguna duda. Lleva a nuestro piso todo tipo de vicios —dijo Andrea, asustada.

Estaba preocupada. No salía los fines de semana; se sentía extremadamente cansada y, a las diez de la noche, ya estaba dormida. En cambio, sus compañeros nunca estaban en casa. Eran jóvenes; salían a disfrutar de una ciudad tan vanguardista como Barcelona.

Asustada, encerrada en su habitación, era testigo de que, tras dos habitaciones contiguas, el ruso había improvisado un burdel.

Una noche vino una mulata con acento sudamericano. Sin embargo, a la mañana siguiente, se oían voces de una mujer extranjera —ni siquiera se preocupaba en cambiar las sábanas al cambiar de mujer—. Otras noches había

escuchado voces de varios hombres; discutían en la cocina en un extraño idioma. Un sábado a las siete de la mañana, se levantó al baño y encontró la puerta de forja del ascensor abierta (era un ascensor antiguo). Estaba convencida de que había sido él y sus amistades.

No podía abandonar el piso, todavía no tenía el dinero suficiente para irse. Además, no quería vivir sola; había creado un vínculo demasiado especial con los demás compañeros, así que habló con Alfredo, le comentó que el ruso andaba metido en algún tejemaneje... le relató lo que parecía suceder en dicha habitación...y lo que sus ojos habían visto.

La respuesta fue:

—El pobre tiene muchos planetas en libra y es en>

Nadie soportaba el olor corporal de Alfredo. Sabían cuándo estaba en casa o cuándo había estado. Tenía un olor pesado, una mezcla de olor a sudor y a puro habano.

Una mañana de domingo, mientras Andrea tendía la ropa en la galería, se le cayó un vestido que fue a parar al tendedero de la casa de abajo. Era el único vestido ancho que tenía, ahora que su barriga empezaba a crecer de forma imparable. Ni corta ni perezosa, bajó a la tercera planta a pedir educadamente su vestido. Una señora de unos sesenta años abrió la puerta.

De inmediato, tras escuchar el acento de Andrea, se dirigió a ella hablando en un inglés con acento americano, y le preguntó de dónde era.

La invitó a pasar y tomar un té tratándola como si se conocieran de toda la vida. Se llamaba Barbara, su padre era de Boston y su madre catalana. Siempre había vivido en Barcelona; era hija de un diplomático afincado en España. Llevaba viuda cinco años, y su única hija vivía en Miami. Se podía notar su contento por haber conocido a Andrea, pues no la dejó marchar de casa fácilmente. Esa misma mañana la invitó a tomar el *brunch* y le sugirió que fuera a visitarla siempre que quisiera. Así que, brevemente, establecieron una sólida amistad —como hizo en su momento con Vivienne.

Andrea tenía buena mano con las ancianas, y dicha cualidad le era recompensada. Todos los domingos de ese mes bajó a visitarla.

Barbara estaba preocupada; esa muchacha estaba desamparada. Ser madre soltera en España no estaba muy bien visto... sugirió, mejor dicho, instó que se trasladara a vivir con ella.

Tenía tres habitaciones vacías, dijo. Y si alguien preguntaba, diría que era una sobrina suya.

Andrea no tendría que prestar atención a las tareas del hogar; había una

asistenta que venía todas las mañanas. Por supuesto, estipuló un precio; le pagaría todos los meses treinta y cinco mil pesetas, prácticamente lo mismo que le pagaba a Alfredo. Sería algo temporal; tan pronto como vendiera la casa de Bray, se trasladaría a vivir sola, aunque Barbara se negaba a tal idea. Decía que no podía permitirse el riesgo de estar sola con un bebé... y tenía razón.

La mudanza fue sencilla. Sólo hubo que bajar todas sus cosas por el ascensor; sus compañeros, ahora vecinos, se encargaron de ello. Fue un alivio librarse de Alfredo-Maximiliano, aunque eventualmente continuaría oliendo su presencia cada vez que tomara el ascensor.

\*\*\*

Inevitablemente, Barcelona le recordaba a Ignasi. Hacía dos años que la casualidad los había juntado en Singapur. No esperaba que hubieran más casualidades de ese tipo... encontrarle no era fácil; buscó en las guías de teléfono el apellido Barceló; era bastante común. De todas formas, no era el mejor momento para verlo; pensaría que era una oportunista y se asustaría. Su situación no era para tirar cohetes; además, quizás Ignasi tenía novia formal.

Sin embargo, su determinación de no buscarle no impidió que constantemente pensara en él. Estaba en su ciudad, oía hablar catalán a la gente y se imaginaba a Ignasi hablando ese idioma. Tomaba el tren, veía a unos adolescentes planear su fin de semana y se imaginaba a Ignasi cinco años atrás haciendo lo mismo, en ese mismo vagón. Pasaba por un bonito restaurante, miraba fijamente las caras de los comensales e imaginaba que Ignasi estaba cenando allí con los amigos.

Tenía poco tiempo para pensar, meditar; no vivía, sobrevivía. El trabajo la tenía bastante absorbida; su situación la limitaba y no disfrutaba demasiado de la gestación, no notaba las patadas del bebé y tampoco visitaba al médico. Era como si no hubiera asimilado qué pasaba en su interior. Tampoco tenía tiempo de pensar en Archie; le había borrado con facilidad de su mente. Es más, ni siquiera le venía a la mente que el hijo que esperaba era suyo. A veces sentía que su corazón se había secado; no había lágrimas ni nostalgia...

Sólo se sentía viva y vibraba cuando paseaba por la ciudad. Seguía sintiendo que Barcelona era como si tuviera un único dueño y habitante: Ignasi. Pero este habitante se escondía entre las multitudes; había caras que a lo lejos parecían él, lo que hacía que su corazón volviera a ser el de esa

adolescente enamorada de la forma más pura e incondicional. Pero cuando sus andares se acercaban a aquellos hombres y comprobaba que eran simples espejismos, volvía a apagarse su alma.

Era un sentimiento adictivo a la vez que destructivo. Echaba de menos a ese habitante escondido que un día amó. Hubiera sido todo tan fácil junto a él... Perfilaba su presencia en una parada de metro, en una biblioteca, le daba tanta pena estar en su ciudad y no tenerle... era el principal motivo por el que no disfrutaba de la ciudad como una joven turista. Cuanto más bellos eran los enclaves de la ciudad que visitaba, más vacía la hacían sentir.

\*\*\*

Altamira estaba orgulloso de trabajar con Andrea —que cada día hablaba mejor el español— y fascinado por los diseños de Riverson.

Desde el primer instante hubo un gran entendimiento entre ambos, a pesar del miedo que Andrea había sentido el día de la entrevista laboral.

Esa mañana, estaba nerviosa por si su español no iba a ser suficientemente bueno para trabajar con él. Además, mientras esperaba en la sala de recepción, habeece de meía escuchado al señor Altamira dirigirse en catalán a sus asistentas. No entendía una sola palabra de lo que decía, pero se notaba en él un genio bastante fuerte, incluso agresivo.

Ese día Andrea vestía un pichi de tirantes y un suéter color mostaza de cuello alto. Se había colocado con gracia, sobre la solapa de su abrigo, su único amuleto, el broche de nácar de su madre.

Una asistenta la condujo a la sala de reuniones, donde en unos minutos entró Miguel. Era un hombre alto y corpulento, de unos cuarenta años, con voz quebrada, cabellos ondulados y piel bronceada por el sol o los rayos uva de algún centro autobronceador. Vestía ropa casual de marca y con muy buen gusto.

A Andrea le resultaba incomodo ver cómo todos hablaban en catalán. Sin embargo, al dirigirse a ella, hacían uso de un perfecto español. Una de las asistentas participó también en la entrevista. Entre ellos, hablaban catalán y con cierto dinamismo, cambiaban de idioma al dirigirse a la joven extranjera. Andrea detestaba no saber qué se habían dicho entre ellos.

A pesar de sentirse intimidada por la colaboración de una de sus asistentes, Andrea manifestó en un español más fluido del que creía tener:

—Hay algo importante que deben saber. Días después de que Grace me

recomendara para este puesto, supe que estaba esperando un hijo. Eso no cambió mis planes y desearía que no fuera un impedimento para ustedes.

—Muchacha, mi mujer es directora de arte de una famosa revista de tirada nacional, tengo dos hijos y muchas veces salgo antes del trabajo para ir a reuniones escolares, llevarles a natación o a clases de música.

Esa fue la respuesta de Altamira. Al igual que Vivienne, Andrea intuyó que se había equivocado de época, cualidad *sine qua non* para fomentar nuevas ideas y diseños.

Eran un gran equipo. Perdían la noción del tiempo, pero debían exprimir cada segundo, pues la ciudad estaba en pleno proceso de transformación, con proyectos de ampliación y mejora desde el aeropuerto hasta cada extremo de la ciudad. Altamira le dio total libertad a la hora de diseñar interiores y decorarlos.

Las oficinas estaban a tres paradas de autobús de su domicilio, así que casi siempre iba andando al trabajo.

## El guardaespaldas

El tiempo pasó muy rápido. Andrea siguió trabajando hasta el octavo mes de embarazo. Hasta ese instante, a pesar de su visible barriga, mantenía una figura muy estilizada que la permitía mantenerse muy activa profesionalmente, pero sus movimientos empezaban a ser limitados. No podía ya subir a una escalera para tomar medidas de una cortina, ni agacharse para medir el suelo de una moqueta. Era consciente de que había llegado el momento de retirarse temporalmente. Altamira llevaba varios días insistiendo en >

—O’Keeffe, eres una mujer brillante; tienes buen gusto, eres una trabajadora incansable y un coraje inspirador. No sé si vas a darme calabazas; de ser así estaría también contento; significaría que hay mucha más gente como yo que te aprecia y trata de protegerte, pero aun así deseo sin remilgos decirte que me encantaría ser el padrino de tu hija. Con ello, mi familia y yo quisiéramos adquirir un compromiso de ayuda con las dos en el momento que sea necesario.

—Miguel, me siento tremendamente halagada. Será todo un honor para mí hablarle a mi hija sobre su tío Miguel. No sé cómo agradecerte tanto cariño — dijo Andrea entre lagrimones.

—No me des las gracias, mujer. Las dos os merecéis lo mejor.

Un sábado, coincidiendo que Norma se había trasladado a Barcelona, donde pensaba pasar unos meses, sugirió a Andrea ir al cine de la calle Verdi, el único sitio donde proyectaban películas en versión original. La película elegida fue *El guardaespaldas*.

A Andrea no le parecía una buena idea ir al cine. Hacía una semana que había dejado de trabajar para Altamira y sólo quería descansar. No obstante tampoco quería recluir a su prima en casa y del sofá a la butaca del cine; sólo había un taxi de distancia.

Sin embargo, no cayó en la cuenta, hasta llegar al cine, que el espacio entre las filas de butacas era demasiado estrecho para su prominente barriga. Afortunadamente, había encontrado una butaca en la esquina del pasillo, por si necesitaba levantarse a hacer pis.

Norma soltó una carcajada cuando vio su cuerpo forjado en la butaca, con el brazo flotando en el aire sujetando su bolsa de palomitas y sin saber dónde reposarla.

Andrea miró a su prima con furia; tenía ganas de llorar de impotencia. Estaba muy sensible, le dolían los riñones; no podía atarse los zapatos y mucho menos dejar las palomitas en el suelo e inclinarse cada vez que se le antojara llevarse un puñado a la boca. No sabía si era la postura, pero no se sentía cómoda; tenía ganas de levantarse a estirar las piernas, pero la gente de su alrededor se molestaría al ver su sombra en forma de huevo Kinder reflejada en la pantalla, así que intentó disfrutar de la película... justo en el ecuador de la proyección notó sus piernas y trasero empapados. Durante el primer segundo, pensó que se había meado, ya que en otra ocasión con simplemente estornudar se le había escapado un poco de pis, pero de inmediato supo que acababa de romper aguas.

—Norma, ya está aquí, vámonos —susurró en su oído.

—Oh, Dios mío, ¿y ahora qué hacemos?

—Vámonos de aquí, tomemos un taxi qumosew Roman">e nos lleve al hospital —dijo Andrea en voz baja.

El cine estaba lleno, pero nadie se percató de que alguien estaba de parto. Intentaron no llamar la atención demasiado; como estaba a oscuras no se percibía el cerco de la butaca. Deseó que en la siguiente sesión nadie se sentara allí; no se atrevía a decirle al guardia de seguridad lo que había pasado. Temía ser sancionada por manchar una butaca de líquido amniótico.

Andrea trataba de concentrarse en las respiraciones y cronometrar los minutos existentes entre una contracción y otra. Esta imperante labor la impedía concentrarse en decir una frase correcta en castellano. Norma trataba de ayudarla con el lenguaje corporal, algo que a Andrea la irritaba sobremanera. Nadie en el hospital hablaba inglés.

—Andrea, tenías que haberte trasladado a Londres para tener al bebé —decía Norma.

—Pero qué estupideces dices. Entonces no tenía que haberme ido nunca... ¿Acaso olvidas que no estoy aquí por turismo?

—No te enfades, cariño, sólo que aquí te puedes sentir muy desamparada.

—No estoy desamparada, prima. Toma cincuenta pesetas, ve a la cabina del pasillo y llama a Barbara y dile que venga lo más rápido posible —dijo Andrea con voz sofocante y rostro desencajado.

Barbara apareció una hora después de la llamada de emergencia de

Norma. Tan pronto como llegó, Andrea empezó a calmarse y sentirse segura de todo. Andrea ya había dilatado.

—¿Te han puesto la epidural? —preguntó Barbara.

—No, solo he dilatado cuatro centímetros; dicen que tengo que esperar a dilatar casi los siete centímetros. Las enfermeras me han explicado que antes no puede ponerse porque, de lo contrario, la dilatación sería aún más lenta. De todas formas, verte me relaja mucho más, Barbara. Por favor, trata de persuadir a las enfermeras para que me manden un anestesiólogo cuanto antes.

—De acuerdo, a ver qué puedo hacer...

Minutos después, y sin saber si era gracias a alguna táctica utilizada por Barbara o simplemente porque era el momento, una enfermera anestesióloga le aplicó a la paciente la epidural y la trasladaron a otra planta.

Seis horas después de que, en la sala 3 de los cines de la calle Verdi, Kevin Costner le hubiera salvado la vida a Whitney Houston, nacía la preciosa Emma. Pesó tres kilos y no tenía cabello, pero sus pestañas eran muy claras.

El nombre estaba decidido desde hacía meses, bonito y pronunciable tanto en España como en cualquier lugar del planeta. La idea de llamarla Charlotte fue abortada...

Su nacimiento hizo que, por primera vez en meses, Andrea volviera a acordarse de su padre, el cual durante este tiempo nunca se atrevió siquiera a nombrarle. Emma se parecía mucho a él. Era una niña hermosa, pero a la vez verla le causaba dolor e impotencia por la forma en que habían sucedido las cosas. Archie no merecchnto ía saber nada de esta niña.

Durante sus primeros meses en Barcelona había tenido noticias de él por mediación de Henry.

Archie había tenido miedo de vivir en Londres, ya que la policía le había advertido de hacer un control exhaustivo. Alquiló su apartamento y se mudó a vivir a Essex con Henry y Molly. Sitió una habitación; el antiguo estudio de la casa, donde ya había un armario empotrado en el que Henry solía dejar su equipo de caza y pesca y guardaba los abrigos, chubasqueros... también había un sofá cama... de repente el estudio-vestidor pasó a ser el templo de Archie con su televisión y equipos de electrónica de última moda. Un capricho que significó una merma en la rutina de Henry y que decía muy poco de su valentía, de no querer enfrentarse a la realidad, puesto que tenía su apartamento completamente amueblado muy cerca de su trabajo. Además detestaba vivir en Essex, pero precisaba cobijarse con su madre y el novio de ésta. Además no colaboraba con los gastos de la casa y mucho menos con las tareas. Era muy

irrespetuoso con su madre, algo que a Henry le irritaba, ya que no podía mediar entre ellos.

Mientras la invadían sus pensamientos mirando el rostro de su recién nacida, ni siquiera se había percatado de que un mensajero traía un enorme ramo de rosas rojas.

—Andrea, han traído este hermoso ramo de flores. ¡No sabía que tenías un pretendiente! Trae una nota —dijo Norma.

—Podría descifrar quién es—dijo Andrea con rostro de orgullo.

La nota decía:

*Enhorabuena, irlandesa, por ese milagro de la vida. Bienvenida, pequeña ahijada catalana.*

*Miguel Altamira.*

\*\*\*

*Barcelona, 30 de marzo de 1992*

*Mi querido y aliado Henry,*

*Hoy semannt>*

*Sí, ríete, me he vuelto como esas madres bobas para las que cualquier cosa que hagan sus bebés les parecen una hazaña. Me he unido a ese club que antes critiqué.*

*Ya se le puede denotar el color de los ojos. Como intuía, son azules, como los de su padre, como su cejas, su sonrisa, la frente... me esfuerzo por encontrarle algún rasgo semejante a mí o a mis antepasados, quizás dentro de unos meses... de momento es idéntica a su padre. Bromas del destino, ¿no?*

*Te mando una foto de Emma, que sacó mi prima Norma. Tan pronto como llegue a tus manos y la contemples, te pido que te deshagas de ella.*

*Sé que puedo confiar en ti y por eso te quiero como un verdadero padre.*

*Un cálido abrazo,*

*Andrea O'Keeffe.*

Norma encontró sobre la mesa la carta dirigida a Henry.

—Andrea, eres muy osada. ¿Cómo te atreves a darle información al enemigo?

—¿Enemigo? Qué te ha hecho pensar que Henry sea mi enemigo. Henry me salvó el culo, Norma. Fue quien me animó a desaparecer. Es totalmente ilógico que ahora tratase de meterme en la boca del lobo.

—En partes tienes razón, pero ¿no has pensado lo mucho que le perjudica ser tu cómplice? ¿No has pensado que el pobre tendrá que vivir toda su vida con ese secreto? No debe ser agradable para él que vayan pasando los años viviendo con Molly ocultándole semejante secreto. Si en los próximos años Henry tiene un sueño liviano, será por tu culpa.

—Puede que tengas razón. Intentaré con el tiempo escribirle menos, muy a mi pesar será lo mejor para todos.

\*\*\*

Norma dejó Barcelona y Andrea empezó a sentirse melancólica. Debía volver a trabajar cuanto antes. Vivía de los ahorros que le dejó Vivienne, dinero que quería guardar para cualquier nueva emergencia. Sin embargo, no se sentía fuerte; quizás era la depresión posparto. Estaba cansada; durante todo este tiempo no se había podido permitir el lujo de llorar, enfadarse... o simplemente había vivido con tensión y miedo. Había sido fría y analítica en todo momento. Las hormonas alteraron su estado anímico; no tenía ilusión por vivir; llevaba el mismo horario que un bebé, dormía cuando Emma dormía, y sólo comía cuando Barbara se enfadaba y la obligaba a comer. Lloraba todas las noches en silencio, echaba de menos un abrazo, una caricia. Barbara para esas cosas era distante. Emma era el motor que la empujaba a vivir. Su sonrisa, su olor a bebé, la forma en que agarraba su dedo en su puñito, la fuerza que tenía mientras la amamantaba y le tiraba del cabello... sólo la tenía a ella; no había nadie más.

Su abatimiento se incrementó cuando Grace Hardy se puso en contacto con ella; había llamado expresamente a la casa de Barbara y manifestado su intención de venir a visitarla a principios de la semana siguiente. El propósito de la visita era únicamente laboral. Andrea estaba preocupada, temía represalias; durante estos tres meses, no había prestado atención alguna a las ventas de Riverson. Temió que Grace quisiera echarle en cara el favor que le había hecho. No veía nada positivo en esta visita.

## El valor de la belleza

Grace bajo del taxi la mañana de un lunes del mes mayo. Llevaba una falda lápiz color gris, una blusa roja de mangas muy anchas, altos y afilados zapatos negros de charol que le estilizaban la figura y los labios color carmín intenso a juego. La observaba desde la ventana del salón. Andrea se sentía fea y gorda, llevaba lo primero que había encontrado en el armario y suerte que Barbara le había echado un rapapolvo y la había obligado a asearse el cabello y maquillarse un poco. Sin embargo, carecía de voluntad por cambiarse de ropa; estaba a gusto con el chándal dos tallas más grandes que la suya... aunque pareciera una rapera del Bronx.

Al recibir a Grace en la puerta, se sintió poca cosa, y entendió que tenía que haber hecho más caso a la amonestación de Barbara.

Sin embargo, Grace fue francamente tierna; se acercó a la cunita para contemplar a Emma.

—Andrea, estás estupenda después de dar a luz...

Mentira típica inglesa, pensó la irlandesa.

—Bueno, tengo un metabolismo muy bueno. Siempre he tenido un físico delgado, en el embarazo sólo engordé de barriga. ¿Qué te trae por aquí? Me tienes en ascuas —le dijo a Grace mientras la invitaba a sentarse en el sofá del salón.

—Señorita O’Keeffe, he venido en nombre de Riverson y en el mío también, para felicitarte por el incremento de ventas de tapices, telas y cortinas. Sabía desde el día que te recomendé a Miguel que no nos ibas a fallar. Hemos tenido un alto porcentaje de ventas en Barcelona y queremos más; la firma ha decidido abrir tiendas en España, quieren empezar por una tienda en el centro de Barcelona, y si todo funciona abriremos otra en Madrid. Queríamos esperar a planteártelo unos meses después de tu maternidad, pero queremos que cuanto antes te pongas a buscar local y te encargues tú de todo lo necesario, aquí tienes nuestro presupuesto y el plan de negocios —dijo Grace mientras dejaba sobre la mesa unos papeles encuadernados.

Andrea se quedó estupefacta revisando el proyecto; no digería la noticia.

—Te tendrás que encargar de la publicidad, promoción, inauguración.

Conoces las revistas españolas de decoración, así que será fácil acercarte a ellas. Estratégicamente nos beneficia de sobra que se celebren las olimpiadas. Esta ciudad se ha dado mucha prisa por ser la ciudad más vanguardista de España; vamos a tomarnos muy en serio la campaña de marketing publicitario. Esto te ocupará básicamente tu rutina laboral diaria; en fin, como puedes comprobar, Riverson no piensa escatimar en el proyecto.

Seguía sin decir palabra.

—Bueno, no sé si barajas otro camino profesional, o deseabas volver a Inglaterra. De ser así... tampoco sé si Altamira te ha ofrecido algo mejor...

Andrea no podía esconder su júbilo.

—No, no tengo pensado volver. Vuestra propuesta viene en el mejor momento.

—Aquí tienes un borrador de propuesta de contrato. Si estás de acuerdo con todo, solo necesito copia de algunos de tus documentos, y cuanto antes te mandaremos por correo certificado el contrato en firme, que tendrás que devolvernos firmado.

Andrea empezó a reír de forma nerviosa.

—Grace, es una oferta tan interesante que me cuesta digerirla. Llevo unos meses duros, adaptándome a mi bebé, pero esta noticia llega en el mejor momento. En breve me estaba planteando volver a la vida laboral. Los inicios del proyecto se pueden compaginar perfectamente con mis tareas de madre. Esta misma semana haré un estudio sobre cuál es el mejor lugar para ubicar la tienda. Seguiré vuestro plan de negocios y os iré manteniendo informados de los avances.

—Como puedes ver, tu nómina será en libras y pagarás impuestos al Reino Unido. Tendrás también un seguro médico europeo con cobertura también para tu hija.

Eso era fantástico, Andrea llevaba tiempo pagándose su propia seguridad social. Altamira le había ofrecido trabajar como *freelance*, y le pagaba por trabajos realizados. Duranliz+0" facete los primeros meses, habían muchas obras y reestructuraciones, pero con el tiempo los trabajos de redecoración eran menores y últimamente no llegaba a fin de mes. Siempre terminaba sacando dinero de la cuenta de ahorros y ahora tenía que contar con pañales, pediatras y guarderías —no en vano tenía ese pesimismo instalado en el cuerpo—. Pero esta noticia era brillante, y cambiaría de actitud. Tenía que levantarse de este bache, pensaba; se prometió a sí misma que la próxima vez que se encontrara con Grace, vestiría más elegante que ella si cabe.

—Andrea, perdona mi atrevimiento, pero ahora eres imagen de Riverson. Vas a ser la representación de nuestra firma en España. No es necesario que te explique quiénes somos, ya que has trabajado para nosotros y sabes que nuestras telas están colgadas como cortinas en el palacio de Buckingham, y esperamos que pronto uno de nuestros clientes sean los monarcas españoles. Sólo espero que el hecho de convertirte en madre no signifique un abandono de tu apariencia.

Aunque predijo unos minutos antes las palabras de Grace, le llegaron como una lanza en el pecho. Estaba demasiado sensible como para escuchar ese comentario. ¿Qué sabía ella de ser madre soltera? ¿Qué sabía ella de pasar una mala noche porque la niña no cesa de llorar y no sabe con qué calmarla, de sentirse sola en una ciudad donde puedes contar a la gente que conoces en una sola mano? Pero no pudo mostrar su ofensa; en el fondo, su parte vanidosa le daba las gracias porque la verdadera Andrea deseaba volver a verse bella.

—No te preocupes, Grace, estoy deseando volver a calzarme unos bonitos tacones y ser la Andrea de siempre, emprendedora y llena de voluntad y coraje.

—Lo sé, te conozco bien; admiro tu valor. No creo que yo hubiera sido capaz de hacer lo que has hecho. Hace unas semanas hable con Altamira. Según él, tu español ha mejorado mucho; dice que apenas tienes acento.

—Sí, la gente me confunde por italiana, argentina o portuguesa... de todo menos irlandesa. Tengo acento, pero muy suave; además, con mis rasgos paso por española. La verdad es que me he adaptado a la ciudad con facilidad... Grace, tengo que prepararte los papeles para el contrato. Deja que los busque; si no te importa, podríamos ir a una papelería que hay justo en esta esquina, donde te haré fotocopias. Cuanta más información te lleves mejor.

\*\*\*

Barbara y Andrea estuvieron toda la tarde hablando sobre la visita de Grace y su nuevo destino. La anciana opinaba que Andrea debía empezar a cuidarse más, y sin lugar a dudas quería ser la niñera de Emma, se sentía suficientemente en forma como para cuidarla. Andrea no pensaba escatimar ni una peseta; remuneraría a Barbara por sus cuidados, además de por el alquiler de la habitación y la comida. Era un lujo que su hija se cr sufont filepos->

## Riverson '92

Mientras transitaba por el Paseo de Gracia, con libreta y bolígrafo en el bolso del carrito de Emma, observaba que no había locales disponibles. Era evidente que la mayoría de tiendas estaban asentadas desde hacía décadas. Continuó su paseo por Diagonal, sólo un breve tramo. Cada día abordaba una manzana diferente, pero sin alejarse demasiado del centro comercial de moda, ubicado entre Diagonal y Francesc Macià, el popular Galerías Preciados. Luego llegaba a casa, contactaba con el propietario y concertaba visitas.

Desafortunadamente los locales disponibles eran o demasiado grandes o demasiado diminutos, o estaban en una situación pésima para su restauración. Pensó que Riverson era oportuno para ella, pero anteriormente a él otras compañías habían apostado por la ciudad olímpica. Apenas quedaban tres meses para el gran acontecimiento que marcaría la historia de Barcelona. Sentía que había pecado de ingenua al decir que sí al proyecto. Otras empresas habían sido más rápidas. Empezaba a desesperarse, paseando por sitios que ya había rastreado. El calor comenzaba a ser sofocante, demasiado para ir con la niña de arriba abajo. Paró en una horchatería en Ronda Universitaria; sentada, tomando su horchata en aquella terraza, contemplaba a los viandantes que pasaban frente a ella, pero sobre todo le gustaba mirar los balcones y fachadas de la ciudad. Sin duda la arquitectura le daba un toque especial a Barcelona y más ahora con la intensa limpieza a que había sido sometida. Sorprendentemente, tenía enfrente una planta baja con un cartel que decía “local disponible”. Parecía un local grande; la fachada estaba en perfecto estado. Ni que decir que la calle estaba perfectamente ubicada, cerca de las Ramblas y de plaza Cataluña, a dos pasos de El Corte Inglés y de Galerías Preciados. Éstas eran las condiciones que su compañía estipulaba. Esa misma tarde volvía a visitar el local, esta vez con el dueño. Fue el único local que la convenció, el único que en que pudo visualizar el proyecto de Riverson. Como el plan de negocios decía, hizo fotografías del lugar especificando metros cuadrados, precio por mes, planos, proyecto de rehabilitación y diseño, y las mandó a la central de Riverson en Harefield. Perdió la noción del tiempo; pasó dos noches en vela hasta tener preparados

los planos de rehabilitación. La puerta de la entrada y el escaparate serían de estilo victoriano. Desde lejos, la gente debía divisar que se habían equivocado de país al colocar esa tienda allí. A la vez, sentirían atracción por curiosidad. Dos semanas más tarde, recibía una llamada de Grace, el director financiero aceptaba su propuesta.

Junto con Miguel Altamira, Andrea gestionó las obras de rehabilitación y en menos de cuatro meses la tienda Riverson estaba a punto, aproximadamente para principios de septiembre. Era imposible tenerlo todo preparado para la inauguración de las olimpiadas, algo de lo que advirtió de antemano a Riverson.

Mientras tanto se dedicó a disfrutar de la envolvente Barcelona'92. Estaba viviendo un momento histórico; deseaba disfrutarlo como una Barcelonesa más, para no perder detalles que contar a su hija cuando creciera.

\*\*\*

Todo el mundo en la calle hablaba de lo mismo. Desde que el 17 de octubre de 1986 se había anunciado que Barcelona había sido la elegida como ciudad organizadora de los Juegos de la XXV Olimpiada de verano. Se había trabajado a contrarreloj para transformar la fisonomía de la Ciudad Condal. Al otro lado del mundo, la gente empezaba a ubicar en el planeta tierra la Península Ibérica, y sobre todo en cualquier confín del mundo querían saber qué tenía Barcelona de interesante.

Ningún continente había sabido hasta ese día quién era Mariscal, el diseñador de la mascota Cobi, un perro de raza pastor catalán que representaba las olimpiadas de 1992, Gaudí y Miró ,entre otros, dejaban de ser unos desconocidos a ojos del mundo.

El comité organizador de los JJ.OO de Barcelona se tomó muy en serio esta labor y trabajaban de forma organizada, y de hecho todo salió perfecto. Barcelona demostró a todo el mundo estar más que preparada para organizar un evento tan espectacular, en que tanto deportistas como artistas, organizadores y voluntarios se dejaron la piel en ello.

Los ciudadanos se ofrecieron voluntarios a trabajar de sol a sol para que todo saliera perfecto. Con intención de poder sufragar unos Juegos Olímpicos distinguidos y llenos de arte español, los artistas como el tenor José Carreras, más Montserrat Caballé y Plácido Domingo, y otros iconos de la música, optaron por no cobrar una peseta por su actuación.

Andrea no asistió a la ceremonia de inauguración. Lo vio todo desde el televisor en casa de Barbara; fue algo espectacular, se sintió orgullosa de España, que empezaba a sentir ya como su patria. Tenía la sensación de que esto era el comienzo de una prosperidad que nunca antes había vivido este país y tampoco Irlanda. Emma crecería en una ciudad vanguardista, tendría acceso a cualquier ilusión que se le antojara.

Meses después de las olimpiadas, ejerció de maestra de ceremonias en la fiesta de apertura de Riverson. No faltó vino blanco del Ampurdán, cava catalán y sabores españoles, pinchos de tortilla de patata, jamón ibérico y queso manchego, croquetas de bacalao... Invitó a periodistas de revistas de decoración españolas e inglesas y a sus fotógrafos; por supuesto asistieron a la inauguración los directores comerciales de Riverson, junto con Grace Hardy.

Las primeras semanas se llenaron de señoras curiosas que no conocían Riverson y quedaban encantadas con los colores y diseños. También les visitaban ingleses residentes en Barcelona, orgullosos de poder encontrar diseños de los cuales anteriormente ya se habían familiarizado. Tardó seis meses en afianzar una rutina. Con dos dependientas que tuvieron que viajar a Londres para hacer un curso de formación costeado por Riverson, organizó los turnos, y cuando se aproximaba Navidad contrató a dos dependientas más.

De nuevo otra Navidad en España, la primera Navidad de Emma que, ya tenía casi diez meses. Dylan y Norma las visitarían para Nochevieja. Estaba loca por verles, no veía a Norma desde el nacimiento de Emma. Tenía que comprar regalos, este año sería generosa con la poca gente que tenía a su alrededor. A Barbara le compró un lavavajillas; a Dylan un reloj deportivo y a Norma un precioso bolso de Loewe, y su perfume favorito.

## Un conocido en Riverson

Andrea, sorprendentemente, también tuvo su regalo, aunque no esperaba nada. Estaba tan agradecida con la vida que no necesitaba más que seguir así, pero su regalo estaba escrito en las estrellas.

Una mañana de la primera semana de Navidad, un señor alto muy atractivo, ataviado con un traje chaqueta azul marino, una corbata amarilla tornasolada y un abrigo negro largo hasta los tobillos entró en la tienda. Andrea estaba en la trastienda haciendo inventario y organizando pedidos. Paloma, su empleada, entró y le dijo con voz leve:

—Andrea, hay un señor que pregunta por ti.

—¿Ha dicho su nombre?

—No, pero más te vale que dejes ese montón de papeles y alegres tu vista. Es un señor atractivo y muy elegante.

—De acuerdo, saldré; pero haz el favor de relevarme un momento con la contabilidad. Quiero quitarme todo este montón de facturas antes de cerrar.

Andrea no supo qué decir cuando se encontró de frente con el señor elegante. Recordaba esa sensación de felicidad completa, y a la vez le faltaba el aire y quería llorar de alegría. No podía esconder su dicha. Él, al igual que ella, no paraba de sonreír; su sonrisa la hizo ascender al cielo y viajar entre los sueños que había creado en su adolescencia. Sintió que el tiempo era una farsa, que volvía a tener dieciséis años.

El único habitante que vivía en Barcelona, pero se escondía entre la multitud, se había presentado ante ella. Estaba hecha un flan, no controlaba sus palabras. Ignasi estaba tan atractivo como hacía años, cuando lo había visto en Singapur.

—Hola, Ignasi —dijo Andrea mientras su cuerpo se descomponía de dicha.

—Hola, Andrea. Estaba paseando, viendo tiendas para comprar regalos de Navidad, cuando me he cruzado con esta tienda tan británica en pleno centro. Me he acordado que tú trabajabas en esta empresa y de inmediato me ha venido a la memoria el *stand* de Singapur, lleno de telas con colores alegres, y he entrado para curiosear. Le he preguntado a la dependienta si por

casualidad conocía a alguien de la central de Londres y me ha dicho que eras su jefa. ¿Desde cuándo estás en Barcelona?

—Llevo aquí un año y medio.

—Pero yo no había visto esta tienda antes...

—No, esta tienda lleva abierta desde septiembre.

—¿Pero cómo has llegado hasta aquí?

—Lo dejé con mi novio y por muchos motivos decidí venir a España. Es una historia muy larga...

—Podríamos cenar juntos esta noche y me lo cuentas —dijo Ignasi con tono seductor.

—Cenar no... verás, hay alguien que me espera...

—Entiendo, hay alguien...

—Sí, pero no es lo que piensas... —dijo Andrea nerviosa de perder su gran oportunidad.

—Y ¿qué es lo que me pienso? —contestó Ignasi acompañando a su sonrisa picarona

—Podemos comer, si quieres... tengo trabajo pendiente en la trastienda, pero si me das una hora trataré de tenerlo todo medianamente organizado. No sé si tienes algún compromiso... pero...

—No, no, no —dijo Ignasi, nervioso—, me he tomado la mañana libre para hacer las compras navideñas, y mira qué cargado voy ya —añadió con su cautivadora y mágica sonrisa, alzando sus brazos y mostrando las bolsas—. En una hora estoy de vuelta —dijo finalmente, mientras con espontaneidad besaba la mejilla de Andrea y se alejaba de la tienda con rapidez

Andrea quedó extasiada, sintiendo el sello de su beso. Su estómago estaba empachado de mariposas; se largó al cuarto de baño y, como una adolescente, empezó a saltar de alegría.

Andrea, la empleada eficiente, exigente en el trabajo, adicta a que todos los papeles estuvieran en orden, deseaba hacer pellas. ¡Qué más da!, pensaba, ya lo haré mañana, o quizás esta noche, ya que no pegaré ni ojo... se arregló el cabello y retocó su maquillaje y esperó sentada en el despacho sacándole punta a los lapiceros, y luego rompiéndolos para descargar la tensión, hasta que Ignasi volviera. Cuando rompió todos los lápices, se quedó mirando al infinito. Volvió a soñar sobre aquello que la mantenía en vida en su adolescencia: Ignasi subido a un caballo blanco cabalgando por un prado irlandés; ella venía de la iglesia con su vestido de domingo, recogiendo flores silvestres; él la agarraba con gentileza y fuerza y la subía a su caballo, juntos

viajaban galopando...

—Andrea —la llamó suavemente su asistente Paloma, despertándola de su sueño.

—¿Qué pasa, Paloma?

—Está aquí el guaperas que vino antes.

—¡Guaperas! —exclamó sorprendida y un poco desafiante de que su empleada se permitiera llamarlo así—. Gracias, Paloma —contestó con firmeza Andrea, manteniendo su actitud profesional y disimulando su pueril estado.

## A flor de piel

Los años habían convertido a Ignasi en un hombre muy interesante. Se había cortado su media melena lacia y dejado un poco de barba bien recortada. Seguía practicando mucho deporte y, sobre todo, mantenía un estilo de seductor nato. Su seguridad abrumaba; a veces parecía un poco autoritario, pero no brusco. Lo armonizaba con su aplomo y equilibrio; se notaba su capacidad de liderazgo y simultáneamente inspiraba tranquilidad, a pesar de sus exageradas gesticulaciones. Era un hombre apasionado por vivir. Seguía teniendo un exquisito gusto en vestir de forma desenfada.

Comieron en un restaurante Italiano. Ignasi no paraba de hablar; ella decía a todo que sí, y sonreía, pero realmente su interior era un volcán en plena erupción. Quería decirle que se callara, que la abrazara, que era maravilloso encontrarle de nuevo, pero tenía que mantener la compostura. Había perdido el apetito, sus nervios le habían hecho un nudo en el estomago. Mientras le escuchaba, removi6 un poco su plato de espaguetis negros con gulas y se comió todas las gambas.

Seguía soltero. Había tenido alguna novia pero le duraban máximo ocho meses. La mayoría de chicas que conocía no llevaban bien que Ignasi fuera tan independiente, amante del deporte de riesgo; una de ellas le llamaba “kamikaze deportivo”. Tampoco estaban contentas con su profesión; Ignasi, de forma precoz, se había convertido en el Miguel Ángel de la estética. Sus pacientes eran mujeres bellas persiguiendo la perfección: adolescentes aspirantes a modelos, bellas actrices, cantantes, mujeres con leves o crónicos complejos avergonzadas de mostrarlos.

El doctor Barceló utilizaba la amabilidad, la seguridad y la dulzura para hacer sentir a sus pacientes cómodas y confiar en sus manos. Todo ello, para muchas mujeres, era un obstáculo para afianzar una relación.

No había tenido descendientes. A los veinte años, un quiste en los testículos le había atormentado. Se lo extirparon, pero la quimioterapia le había dejado una secuela: era estéril.

La sinceridad de Ignasi hizo que Andrea se abriera a él sin reservas. Estuvo hablando sin parar durante una hora. Le habló del día en que la policía

entró al apartamento de Archie con una orden de registro, la decisión de tener el bebé, su huida, su embarazo, la experiencia de vivir en el piso de Alfredo con seis habitantes, uno de ellos gigoló y traficante, la acogida de Barbara, el proyecto de Riverson, y como orgullosa madre, no pudo evitar enseñarle el mini álbum de fotos de Emma que siempre llevaba en el bolso.

—Qué niña más simpática. Dios mío, Andrea, has sido muy valiente luchando tu sola.

—Gracias. Bueno, no es para tanto. Pero, sí, ¡Emma es monísima! —dijo Andrea sacando su lado más tierno.

—¿Por qué no me buscaste, Andrea? Yo podía haberte ayudado...

—No, Ignasi, no hubiera tenido sentido; tenía que seguir adelante sola. No tenía sentido buscarte, pero he de confesar que has estado en mis pensamientos durante todo este ciclo en Barcelona. Hn Biar en e fantaseado en muchas ocasiones en la posibilidad remota de encontrarte y, cuando has aparecido hoy en mi tienda, te juro que necesitaba pellizcarme fuerte para creerme lo que estaba pasando.

—Sí, para mí también ha sido una tierna sorpresa. Parece que el destino nos tenía preparados un par de encuentros imprevisibles. Así que brindemos por que este último sea el único y más longevo —dijo Ignasi mientras acercaba su copa a la de ella.

Tras un corto sorbo de vino, Ignasi continuó insistiendo:

—Sigo sin entender por qué no me buscaste. De alguna forma, yo era un amigo en una ciudad nueva. ¡Te podía haber ayudado!

—Ignasi, para mí tú no eres un amigo, quizás con el tiempo... realmente no fuimos amigos, vivimos una historia de amor adolescente; además, la última vez que nos vimos en Singapur, te rechacé, pensé que me odiabas...

—Todo lo contrario, Andrea, me gustaste mucho más, tus ojos me deseaban pero fuiste fiel a tu compromiso con ese chico... eso dijo mucho de ti...

Mientras Ignasi hablaba, había acercado su mano a la de ella, la cual reaccionó apretándola con dulzura. Tras dos copas de vino —Andrea no había probado el alcohol desde su embarazo— empezó a ser más cariñosa y sincera y confesó:

—No puedo parar de pensar en esta mañana, cuando te he visto. Creía que me daba un infarto, durante la hora que tardaste en venir. ¡Estaba hecha un flan!

—Celebro oírlo —dijo mientras alzaba su copa de nuevo—, porque

estoy deseando darte un fuerte abrazo, Andrea. Sólo entonces me creeré este momento.

A la salida del restaurante, enroscó su brazo sobre su cintura, y ella noto un leve cosquilleo agradable. Siguieron andando hasta apearse en la plaza de Cataluña, donde en silencio se abrazaron con fuerza y Andrea no pudo evitar romper a llorar.

—Lo siento, Ignasi, son demasiados meses sola, sintiéndome vacía, con el corazón seco, sobreviviendo. No he tenido tiempo para sentir otras emociones que no sean las materno-filiales, y tengo miedo a sentir de nuevo amor, pero a la vez no puedo controlar mis emociones.

—No te preocupes, ha pasado mucho tiempo, no somos aquellos niños. Ahora incluso me gustas mucho más, eres una superviviente. Mereces lo mejor y yo quiero dártelo —dijo susurrándole al oído y viajando hasta sus labios, besándola con pasión de forma infinita.

Al día siguiente recibió en la tienda unas preciosas flores rojas con una tarjeta que decía:

*Dicen que el primer amor nunca se olvida, yo no paro de pensar en ti.*

*Ignasi*

Y como si supiera a qué hora exacta iban a llegar las flores, diez minutos después llamó por teléfono a la tienda:

—Hola, trébol celta. ¿Te han llegado mis flores?

—Sí, son preciosas y la nota dice lo mismo que mis pensamientos.

—He mirado el pronóstico del tiempo para este fin de semana. El domingo no tendremos un día primaveral, pero hará buen tiempo; he estado pensando si te gustaría dar un paseo por Cataluña con mi moto. Haríamos una ruta combinada de mar y montaña; quiero enseñarte los sitios más bonitos de mi tierra.

—Ignasi, ¿estás loco? Es navidad; hace un frío de narices para ir en moto. Además, Emma está empezando a querer andar y no para de moverse sin rumbo fijo... no me sentiría bien dejándosela a Barbara toda la mañana.

—Pero tú has visto muy poco de Cataluña, ¿verdad?

—Sí, muy poco. Tengo varias excursiones pendientes.

—Entonces haremos un *tour* con el coche los tres, ¿te parece mejor idea?

Me muero de ganas por conocer a Emma.

—Ignasi, tienes un descapotable. Los trastos de mi hija no caben en tu coche.

—Eso no es inconveniente, cambiaré mi descapotable por el Audi de mi madre, ¿mejor así?

—Sí, pero no me olvido del *tour* con moto; eso lo dejamos para la próxima primavera.

No pensó que a su pequeña le fuera a perjudicar conocer a un viejo amigo. Era muy bebé todavía para entender... además tenía la certeza absoluta de que Ignasi era el hombre de su vida y que si con él las cosas no funcionaban, difícilmente encontraría a otra persona.

## Sobre las estrellas dibujé mi destino

Se acababa el año 1993. Era su primera noche vieja con Emma. Lo festejó con invitados de honor —Dylan, Norma e Ignasi— en casa. Barbara se había trasladado a Miami con su hija y su yerno. Por cierto, no sabía nada del encuentro de Andrea con Ignasi, ¡la sorpresa que se llevaría a su vuelta!

Emma quedó dormidita en los brazos de tío Dylan después de tomarse su papilla y antes de las uvas. Los tres pasaron una velada relajada, jugando al scrabble pero con palabras en inglés. Jugaban con parejas, los chicos contra las chicas.

Pero, llegada la noche, las parejas se volvieron a unir. Ignasi pasó la noche con Andrea, la cual apasionadamente, tan pronto como entraron en su alcoba, desvistió su torso descubriendo entre la penumbra por primera vez su forma y color de piel. Había tenido que esperar una década para descubrir que debajo de su pezón derecho se escondía un bonito lunar. Su piel era más clara de lo que imaginaba, pero lo que a sus ojos intuía y especialmente deseaba contemplar era su torso fibroso de atleta con sus marcados abdominales, las perfectas y armónicas curvaturas de sus hombros, aspirar su olor corporal por esa espalda perfecta, lugar donde el olor a piel no queda disfrazado por los perfumes.

Ignasi reaccionó de forma recíproca y desnudó el delgado cuerpo de la joven, la cual empezó a sentirse incómoda.

—Ignasi, yo... quiero que sepas que hace mucho que no... casi dos años...

—No importa —contestó Ignasi mientras la reclinaba en la cama y repasaba con la lengua su cuerpo.

Fue como la primera vez de un adolescente en cuerpos de adultos. Demasiados años imaginándose desnudos...

Pasaron una noche larga y placentera, en la que Andrea recibió mucho más amor del que solicitó, confesiones en forma de susurro en el oído que erizaban su espalda, caricias estremecedoras, besos y éxtasis.

No podía conciliar el sueño, y de repente tuvo una revelación. Empezó a registrar entre sus cajones hasta encontrar un cigarrillo y un mechero. Se

colocó el abrigo encima del camión y salió al balcón; quería ver cuántas estrellas iluminaban el cielo barcelonés mientras fumaba.

El ruido al abrir el balcón y la fría corriente despertaron a Ignasi, sorprendido ante el impulso de ella. La siguió.

—Andrea, ¿qué haces ahí fuera? Vas a coger frío. Por cierto, ¿desde cuándo fumas?

Andrea estaba sentada en el suelo de la terraza viendo las estrellas. Había olvidado esa bonita costumbre.

—Pensarás que estoy loca, Ignasi, pero cuando fui adolescente estuve locamente enamorada de ti. Te idolatraba, aunque no supiera de ti en años seguía deseándote todas las noches. Mientras salía a fumar un cigarrillo a la ventana, le pedía a las estrellas y a la luna que si en el presente no podíamos estar juntos que conspirarían para unirnos cuando fuéramos viejos. Ya sabes, con dieciséis años, alguien de nuestra actual edad te parece un viejo. El tiempo pasó y olvidé mi deseo hasta hace unos minutos. No podía dormir y de repente recordé mis anhelos de juventud, la pureza e inocencia con la que le pedía a las estrellas que un día nos reencontráramos. Había olvidado mi deseo, porque me han ido sucediendo acontecimientos difíciles... y había olvidado el poder de la inocencia. Sin embargo, el universo no ha olvidado el compromiso que tenía conmigo. Por eso quiero estar aquí contemplando las estrellas, dándole las gracias porque mi deseo se ha cumplido.

—Gracias, estrGr viendellas, por iluminar nuestro destino —dijo Ignasi, que se había sentado junto a ella y le había robado por unos minutos su cigarrillo.

\*\*\*

Al amanecer Andrea ya no era la misma mujer; andaba contoneando su deseado cuerpo con una sonrisa serena, mientras sostenía a su hija en brazos. Norma estaba en la cocina preparando café.

—Buenos díassssss, princesitassss, sí, sí, esa carita tan dulce, primita... ¡por fin, cariño mío! —dijo la díscola de Norma mientras las abrazaba con emoción.

—Norma, no hagas que me muera de vergüenza delante de mi hija...

—Venga, tonta, no seas estrecha, ya somos mayorcitas, no te cortes...

—De acuerdo, lo confieso: he pasado una noche inolvidable; pensaba que jamás en mi vida volvería a hacer el amor, que mi cuerpo ya no era bello,

estaba marchita. ¡Y ahora me siento más viva que nunca!

—¿Dónde tienes a tu Romeo catalán? ¿Duerme?

—Ha bajado a la panadería de la esquina para comprar bollería fresca.

—Oh... Andrea... por fin, ¡por fin la vida te da lo que mereces, pequeña!

—Sí, además está cautivado por Emma... es increíble, Andrea, anoche, cuando os veía juntos, sentía una felicidad inmensa. Yo he sido testigo de tu deseo en la adolescencia, de cómo le has idolatrado durante tantos años, de las secuelas que dejó en ti, de lo convencida que estabas de que él era el hombre de tu vida, y ahora, casi diez años después, cuando pensábamos que le perderíamos el rastro, el destino os vuelve a unir... intuyo que estaréis siempre juntos. Hay cosas que no tienen porqués, simplemente son así.

—Norma, no digas eso, que me duele el pecho, estoy tan enamorada, soy tan feliz ahora mismo, mi corazón va a reventar de dicha...

—¿El pecho? ¿Sólo te duele el pecho? Hay otras partes que también quedan doloridas cuando no se practican ciertos ejercicios...

—Norma, ¿por qué eres tan incorregible? —dijo Andrea riendo.

\*\*\*

A Nefonsu vuelta de Miami, Barbara también notó en ella un estado de felicidad excepcional; le vio unos ojos llenos de luz y una sonrisa nueva.

—Andrea, hija, ¿qué te ha pasado durante mi ausencia? ¿Has ganado la lotería?

—Mejor, Barbara, mejor. Me he encontrado con mi primer amor de la adolescencia, y estoy viviendo un cuento de hadas.

—¿Te has encontrado con tu catalán, aquél al que veías por todas partes? Ay, hija mía, no sabes la curiosidad que tengo por conocer a ese catalán. ¿Sabes algo más de su familia? Barcelona es muy pequeña, aunque no lo creas...

—Me ha hablado de su madre, Barbara. Al parecer es una señora de la alta sociedad catalana. Se llama Elisenda Puig. ¿Te suena su nombre?

—¡Claro que me suena! Doña Elisenda Puig es la esposa de Melchor Barceló, empresario bien reputado en Cataluña, conocido naviero, accionista de una compañía italiana de coches y no sé que más. Son gente muy adinerada; lo poco que sé es por las revistas de corazón que compraba hace años. Recuerdo su sonada boda. Elisenda es hija de un diplomático; es una mujer muy elegante, un poco seria... pero no sé más.

—Imaginaba que provenía de buena familia, pero no pensaba que su padre fuera un empresario millonario. Sabes, es un hombre muy vocacional, eso me gusta mucho de él.

## Despertando el erotismo

Se habían visto ya en varias ocasiones cuando el 1 de marzo celebraron el primer cumpleaños de Emma (ya que durante cinco años no habría otro 29 de febrero). Ignasi le había comprado un par de regalos; hacían buenas migas.

Él, sin reparos, le hablaba en catalán, e incluso en el coche le ponía cintas de canciones catalanas populares. Sin darse cuenta, Andrea se sorprendía a sí misma tarareando un sencillo estribillo que decía algo como: *la lluna, la pruna...*

Una tarde, mientras observaban cómo Emma jugaba en el parque, Ignasi se atrevió a comentar cierta obviedad:

—Se parece a él, ¿verdad? —dijo mientras la observaba con simpatía.

—¿Cómo lo sabes? —respondió ella sonriendo

—Pelo rubio, ojos azules... tú eres morena con ojos color miel, porque por mucho que me esfuerce en ver algo tuyo en ella, no lo veo... así que suponía que se parecía a él.

—Sí, así es, se parece a él demasiado, cada vez que crece se parece mucho más a su padre.

La relación entre Ignasi y Andrea se iba asentando lentamente. La monotonía de Ignasi era dura; aspiraba a abrir pronto su propia clínica. Era un estudiante muy precoz; se exigía mucho, necesitaba dormir bien para estar fresco por la mañana; sus semanas eran muy disciplinadas. Simultáneamente, Andrea trabajaba mucho; la tienda en Barcelona sólo llevaba ocho meses cuando le pidieron gestionar la apertura de otro Riverson en Madrid. Así que casi todos los meses tomaba el puente aéreo.

Disfrutaban de poca intimidad. Ella no podía ir a su casa a cenar, porque era el único preciado ratito que pasaba con Emma. Imposible resistirse a darle su papilla, ducharla, meterla en su cuna hasta que se durmiera mientras le acariciaba el pelo como a ella le gustaba... él, asimismo, no se atrevía a pasar demasiado tiempo en el prestado hogar de Andrea. No era de buen gusto.

Como consecuencia, cuando estaban juntos había chispas a su alrededor. Sólo una mirada, una sonrisa cómplice bastaba para sentir que la química seguía despierta y envolvía cierta pasión contenida.

Descubrió al verdadero Ignasi una noche de verano. Barbara se quedó cuidando de Emma y salieron a cenar a la Barceloneta. Era su primera noche romántica de verano en la ciudad, así que había que estrenar vestido, zapatos e ir a la peluquería. El vestido era de punto, color rojo, marcaba sus delgadas curvas; el escote se anudaba al cuello y dejaba su bonita espalda descubierta. A juego llevaba unos zapatos de charol rojo con un alto pero cómodo tacón. A pesar de que su mayor encanto siempre había sido su preciosa y poblada melena, nunca llevaba el pelo suelto en verano. El intenso calor le sugería ser práctica y jugar con recogidos y coletas. Además, Ignasi conduciría su BMW negro sin la capota y le encantaba la velocidad. Si se dejaba el pelo suelto, llegaría al restaurante hecha una leona.

Era la primera vez que subía en su coche con la capota levantada y sintió vergüenza de ir exhibiéndose por el centro de la ciudad condal.

—¿No te da vergüenza? La gente nos mira

—Qué va, mola un mazo —contestó el.

Cenaron en un restaurante francés muy romántico. Estaba tan pletórica que ni siquiera recordó cómo se llamaba el lugar. El vino era espumoso y estaba fresquito, así que entró fácil.

Andrea estaba distendida; se mantuvo toda la noche bromeando y tonteando con Ignasi, que la miraba con ojos de deseo.

A la vuelta, mientras conducía hasta su casa, aprovechando que un semáforo estaba en rojo, Ignasi puso la mano sobre su entrepierna y empezó a acariciarla, y a continuación acercó ambos brazos e intentó quitarle las bragas, pero a su pesar, en ese instante, el semáforo se puso en verde. No obstante ella quiso ser servil y terminó de quitárselas intrigada por saber cuál sería el siguiente paso. Tan pronto como las tuvo en la mano, él se las arrebató y las arrojó por el techo descapotado. Sus bragas quedaron en mitad del asfalto de Diagonal y su reacción fue soltar una carcajada y gritarle enfadada:

—¡Estás loco!

—No, Andrea, disfruto cada segundo de mi vida como si fuera el último. ¿Has hecho el amor en algún sitio donde sabes que te pueden ver?

—¿Cómo? ¿Tú sí?

Ignasi ignoró la pregunta y formuló otra.

—¿Te has probado alguna vez?

Ella, tajante, respondió que no, que nunca en su vida se le habían ocurrido semejantes ideas. Pero, a la vez, se estaba despertando su apetito sexual.

La pasión que habían contenido durante meses, llevaba varios minutos en plena ebullición. Sin dejar de besarse y tocar sus cuerpos de forma ansiosa, llegaron a su casa, un precioso chalet con toques muy masculinos ubicado en Sarriá. Ignasi la condujo al cuarto de baño, se desnudó y la instigó a hacerle una felación frente al espejo. Él miraba el espejo y le decía sin apartar la mirada:

—Andrea, ¿qué haces?

Ella no tenía valor de contestar.

—Dime qué me estás haciendo —repetía él. Entonces ella respondió balbuciente:

—Una mamada —y prosiguió.

—¡Pero no me lo digas a mí, díselo al espejo!

A Andrea le parecía rastrero, pero no tuvo coraje de huir. Ignasi percibió que para ella todo era un poco violento. Fue condescendiente y la llevó a su cama, donde no cesó de entregarse.

Andrea se sentía como un aprendiz, en el arte del sexo. Necesitaba unas cuantas lecciones y era un placer aprender mientras se amaban. Pero de momento se sentía incómoda. Ignasi tenía demasiado nivel para ella. Sus maneras casi resultaban violentas.

—He notado que no te has sentido bien en el baño, frente al espejo.

—Es verdad. Me he sentido rara, no me lo esperaba. No conocía ese lado tuyo, mandón y fetichista.

—Andrea, en el sexo, como en la vida en general, me gusta rozar los límites. Me gusta hacerte sentir extraña, incomoda, pero a la vez te entrego cariño y confianza para que, al cabo de unos días, en frío, recuerdes esa escena mientras esperas en la parada del autobús y desees repetirla.

El tiempo le hizo entenderlo e incluso engancharse mucho más a él. Le vino a la mente la película de *Nueve semanas y media*. Ignasi le recordaba a Micky Rourke y ella se sentía igual que Elisabeth, el personaje que interpretaba la sexy e inocente Kim Basinger.

Poco a poco empezó a perder el rubor y le regalaba strip-tease, e incluso se atrevía a sugerirle que la llevara al espejo del cuarto de baño.

La hizo sentir deseable, viva, consiguió adoptar una seguridad en sí misma que nunca antes había tenido. Fue entonces cuando no solo descubrió que Archie, su anterior y único amante hasta entonces, era un auténtico torpe si no que su punto G era accesible a los hombres y sobre todo, conoció la sensación de dejarse llevar por un orgasmo.

## Elisenda y Melchor

Ignasi estaba profundamente enamorado de Andrea y cautivado por Emma. Quería que los fines de semana las dos se trasladaran su casa en Sarriá, pero ella se negaba. Cada vez que había que trasladarse a cualquier sitio, se necesitaba un camión entero. No era práctico, y además no era algo estable mantener a una niña en dos domicilios.

Los padres de Ignasi estaban encantados de ver el rostro de felicidad de su hijo y querían saber quién era la culpable de tanta dicha.

Andrea no se pudo negar a ello. Le pidió a Barbara que cuidara de la pequeña y aceptó la invitación a comer un domingo en la lujosa casa que los Barceló tenían en Pedralbes.

La madre de Ignasi era una mujer extremadamente delgada; usaba una talla 36, vestía ropa muy juvenil. Su complexión era muy pequeña; tenía una cintura de avispa y una larga y voluminosa melena rubia, que la hacían parecer mucho más joven. Hacía ejercicios de convencimiento al público para que creyesen que tenía sesenta años.

Ella pensó que su hijo o algún colega de profesión la habían operado. No le quedaba duda alguna, aunque lo debían haber hecho de un modo tan perfecto que no podía determinar qué parte del cuerpo habían retocado. En ese instante la inundó una oleada de inseguridad, pensando si quizás al doctor Barceló le gustaría operar alguna parte de su cuerpo.

El padre de Ignasi Melchor era un señor muy campechano, robusto, atractivo, con un poco de barriga, ojos grandes verdes, una barba canosa que escondía una sonrisa seductora, un fuerte acento catalán cuando hablaba castellano y un precioso acento inglés; un acento algo extraño... Elisenda también hablaba inglés pero mucho mejor el francés. Había estudiado de pequeña en Génova. A pesar de tener una casa enorme, carecían de sirvientes. La madre se había encargado de cocinar todo, le encantaba andar entre guisos y sobre todo comer, algo que de nuevo sorprendía a Andrea, que no entendía el porqué de su extrema delgadez.

—Cuando terminemos de comer, te tengo que enseñar una cosa —dijo Ignasi.

Sin embargo, tras la copiosa comida, Elisenda se adelantó ofreciéndose a enseñarle el lugar donde ella se evadía y sentía feliz. Su pequeño jardín botánico. Se asemejaba a un jardín del imperio Nipón, con su flora selecta, un precioso lago cubierto de lirios de agua. Era una amante de las orquídeas y de las aves; tenía un criadero de periquitos.

Se sorprendió; la gente sólo la conocía de las revistas del corazón; valoraban su exterior y pensaban que era una mujer fría y superficial. Acababa de descubrir a la Elisenda natural y hogareña, rebotante de naturalidad.

—No puedo creer que hayas hecho tú misma este rincón de biosfera.

—Sí, es apasidionante para mí. Cuando estoy aquí, pierdo la noción del tiempo.

Hay días que desde la ventana de la cocina veo y oigo las ranas que se posan sobre los lirios de agua.

—Elisenda, me ha cautivado conocerte, eres una mujer cálida, sencilla, con una personalidad arrolladora, y ni que decir de Melchor. De verdad, no es por dar cumplidos. No sé cómo no caí en la cuenta. ¡Ignasi es una mezcla de vosotros dos! —pensó en voz alta la joven.

—Gracias, Andrea; Ignasi me ha hablado mucho de ti. Vuestra historia me pareció increíble. Estáis destinados, no hay duda.

—Sí, eso parece.

—Ahora ya conoces el secreto de sentirme plena interiormente. ¿Y tú? ¿Hay algo que te evada y te haga sentir plena?

—Afortunadamente, ¡sí! Soy de esas pocas afortunadas con alguna pasión escondida. Hay algo a lo que... tuve la ocasión de materializar en un momento inoportuno, y al final abandoné por amor a mi hija.

—Dime, ¿de qué se trata?

—Cuando vivía y estudié en Kensington, tuve el lujo de convivir con una ilustre señora, Vivienne Bergman. Confeccionaba sombreros y pamelas para señoras ricas, actrices de cine. Cuando la conocí, se acababa de jubilar, pero seguía trabajando desde la azotea de su casa. Me enseñó todo lo que sabía hacer y yo, con mi destreza, empecé a ayudarla en los encargos. Conocí a importantes damas de la clase alta inglesa a las que tomaba medida de sus cabezas y acababan colocándose cualquier cosa que yo diseñara, siempre bajo supervisión de la señora Bergmann. Desde entonces, cada vez que alguna amiga o conocida se casa, le regalo un tocado. En Inglaterra, muchas amigas me lo encargaban si tenían un ágape importante.

—Interesante historia, Andrea... sin ver tus modelos, me declaro fan tuya

—dijo mientras tomaba mi brazo para pasear.

—¿Por qué no me regalas un tocado? No me voy a casar, como tus viejas amigas, pero Melchor y yo solemos asistir a importantes ágapes donde nos codeamos con gente muy importante.

—Por supuesto, ahora mismo, mi cabeza ha empezado a visualizar que tipo de tocado te sentaría mejor; prácticamente ya casi lo he diseñado en mi mente.

—¿En serio? Niña, creo que no sólo tienes cautivada a mi hijo.

—Gracias, Elisenda. Por cierto, Ignasi me dijo que tenía algo que enseñarme

después de cenar —dijo Elisenda mientras entraba por el salón desde el majestuoso patio, esperando que él no anduviera muy lejos de allí.

—Sí, mamá. ¿Te importa que me lleve a Andrea un momento? —dijo Ignasi mientras salía de la cocina quitándose el mandil y seguidamente tomándola a Andrea de la mano.

Subieron a la primera planta. Quería enseñarle su vieja y abandonada habitación. Seguía siendo una habitación de adolescente, con pósters, escritorio, panel de corcho con fotografías, la bufanda del Barça colgada en el cabezal... abrió una caja de galletas danesas y sacó de ahí un taco de cartas envueltas en una goma de plástico.

Eran las cartas que Andrea le escribía, con su letra de adolescente, con corazones dibujados, con el sello de Irlanda, el remite con su letra pueril... todo lo transportó a un momento mágico de su vida.

Mientras él leía alguna carta de forma aleatoria, Andrea se iba sonrojando de vergüenza al leer pueriles y puras palabras.

—Qué bonito, y qué triste a la vez. Yo no mantengo las cartas que me escribiste; con la pérdida de mis padres, me enfadé con todo mi pasado y las quemé —dijo.

—No pasa nada, aquí en estas cartas están tus sentimientos y tengo que decir que eran más puros que los míos. Yo era un simple muchacho que en lo último en que pensaba era en tener una novia. Quería viajar, estudiar, salir con mis amigos de concierto... si no te correspondí como tu deseabas era porque un chico adolescente suele sentir las cosas con menos intensidad. Las niñas son más románticas y entregadas.

## Bray

—Riverson, buenos días —respondió Andrea

—Con la señorita O’Keeffe, por favor —dijo una voz con acento irlandés.

—Al habla, ¿qué desea?

—Llamamos de la inmobiliaria Townsend. Tiene un comprador interesado en su casa.

Había olvidado que la casa de Bray seguía en venta y debía trasladarse a Irlanda. Ignasi la animó a que viajaran los tres hasta Bray; de esa forma Emma no estaría desatendida. Andrea no había vuelto desde que era un adolescente y quería regocijarse de viejos recuerdos infantiles.

Con el dinero de la venta, compraría un apartamento en el Ensanche. Tenía anhelo de adquirir por fin su propia casa. Siempre viviendo en casas ajenas, sería un alivio para ella sentir que tenía sus propios cimientos.

Era duro volver a Irlanda, demasiados tristes recuerdos que le decían por qué un día se había alejado de ahí. Andrea visitó el cementerio y se sentó junto al pequeño panteón de los O’Keeffe un rato. Necesitaba llorar por cosas que nunca antes había llorado. Recordó la situación más adversa vivida con sus padres.

Los padres de Andrea y Norma solían compartir familiares cenas y festejar eventos con otra pareja más adulta, Joseph y Josephine, con hijas de aproximadamente unos diez años mayores que ellas. Las niñas de los O’Keeffe les querían como unos parientes más. Solían llamarles tío Joseph y tía Josephine. Joseph tenía un sexto sentido con ly tu se habos niños; sabía inventar juegos atrayentes, además de contar bonitas leyendas.

Cuando Andrea cumplió doce años, empezó a usar más la lógica adulta y entender que ciertas cosas que hacía tío Joseph no eran correctas.

Tío Joseph se bajaba la bragueta y le enseñaba sus genitales. Era mucho más exagerado en verano, cuando llevaba holgados pantalones cortos, sin botones. Cuando nadie lo veía, excepto Andrea, le mostraba sus genitales como si fuera un nuevo juguete.

La joven empezó a sentir cierto rechazo por tío Joseph. Tan pronto como

él hacía el ademán de apretujarla, manosearla o mostrarle sus genitales, se alejaba de él. Sin embargo, a medida que iba haciéndose mujer, Joseph tenía más interés en jugar con ella. Siempre estaba al acecho de acorralarla para apretarle los pequeños senos empezándose a desarrollar y restregar sus pantalones por su trasero.

Joseph y Josephine criaban animales. A las niñas les gustaba mucho ir a la granja para ver a los caballos y a los potros recién nacidos. La cuadra era el mejor lugar para que Joseph acorralase a Andrea. Que de momento, conseguía desenlazar los brazos de tío Joseph de su cintura y buscar auxilio en alguna cara conocida.

Los padres de Andrea no llegaban a percatarse de esta situación. E incluso un día, como de costumbre, cuando le encargaron a la niña a que fuera a la granja de tía Josephine a recoger un pollo fresco y leche recién ordeñada, la abofetearon, cuando se negó y replicó que tío Joseph era un cerdo.

Con el paso del tiempo, a medida que Andrea iba haciéndose mujer y seguía esquivando a Joseph, parecía llegarle el turno a su prima Norma, la cual acababa de tener la menstruación y, a su vez, desarrollaba un precioso cuerpo de mujer del cual no acababa de sentirse demasiado agradecida, ya que en su interior seguía siendo una niña.

Una mañana de verano, Andrea espió desde su ventana a tío Joseph jugando con Norma en el jardín de su casa. Estaba retozando en el suelo y riéndose; él le hacía cosquillas en los pechos y manoseaba su vulva susurrándole que por fin tenía vello ahí abajo.

Andrea sintió ira. No se atrevió a bajar, pero en ese instante tuvo claro que este abuso debía terminar ya. Sentía pánico; el cuerpo de su prima era cada vez más hermoso y curvo, a diferencia de ella, que era un saco de huesos y Joseph la miraba con ojos vampíricos. Esa noche era la víspera de San Patricio. Mientras sus tíos y padres cenaban un pavo de la granja de Josephine, Andrea dijo en voz alta:

—Norma, ¿dinos qué te ha hecho esta mañana tío Joseph en el jardín?

Norma, sin tapujos ni temores, con la inocencia de una niña, manifestó:

—Tío Joseph me ha apretado los pechos y tocado ahí abajo. Ha comprobado que ya tenía pelitos en la vulva. Luego me ha pedido que me sentara sobre su mano para que él me hiciera cosquillas ahí abajo.

Todos permanecieron avergonzados, decepcionados por no haber creído en la palabra de Andrea, boquiabiertos al comprobar el coraje de la pcorjardrima adulta protegiendo a la más joven.

Fue entonces cuando Andrea confesó los abusos a los que había sido sometida desde los nueve hasta los doce años. Nadie denunció el caso. Tampoco quisieron tomarse la justicia por su mano, a pesar de que los padres de ambas sentían ira y ganas de matar al viejo Joseph. El pueblo era muy pequeño y vivían mucho de las apariencias. La mayoría de los escándalos se guardaban en secreto, como si nada hubiese sucedido. No obstante, rompieron los lazos de amistad con dicho matrimonio, al cual evitaron a toda costa y afortunadamente nunca volvieron a ver.

Andrea nunca había llorado por dicho trauma. Sus padres, turbados por la vergüenza, no le dieron demasiada importancia. En ese momento, sentada, contemplando el cementerio, lloró y perdonó a esa dulce e inocente niña, y la felicitó por su destreza en defender a su prima.

\*\*\*

Ignasi se había quedado con Emma tomando una Guinness en un pub cercano. Cuando regresó la notó triste y melancólica, y le regaló unas preciosas y patrióticas palabras que Andrea nunca olvidaría:

—¿Sabes lo que más me ha enamorado de ti?

—¿Mi coraje de superviviente, como dijiste una vez?

—Algo relacionado con ello. Me fascinó que vinieras a mi ciudad, sin buscarme, que te enraizaras y te esforzaras en entender el significado de algunas palabras catalanas, como *tindre els sants pebrots*, (los santos cojones). Que francamente me encanta escuchártelo decir con tu acento de guiri. Es un honor para mí que te hayas adaptado a Barcelona a pesar de la barrera del idioma y que sin haberme encontrado ya tenías pensado quedarte para siempre porque para ti no existía mejor sitio para educar a tu hija. Eso me llena de orgullo mi trébol celta —dijo Ignasi mientras acariciaba sus cabellos.

—*Tindre els sants pebrots* —repitió solamente para ver su tierna cara cada vez que la oía hablar en catalán

—También me gusta una que dice mucho tu padre. *Remenant les cireres...* algunas expresiones son entrañables, pero cielo, te saltas un detalle... —dijo Andrea.

—¿Cuál?

—Antes de reencontrarnos ya era fan de Sergio Dalma —dijo riéndose.

—Es cierto y no me pongo celoso. Me cae bien Sergio Dalma. Pergr en

cataero no te pongas triste. Tu hogar ahora está en Barcelona.

—Venga, vamos a brindar por ello. Tómate una Guinness conmigo.

—Eso; una Guinness me sentará ahora de fábula.

\*\*\*

La siguiente visita fue el colegio donde Ignasi residía en sus adolescentes veranos. La puerta de Brook House estaba como siempre, abierta, a pesar de ser sábado o domingo, todo seguía igual que antes: el campo de fútbol, los verdes prados, el majestuoso edificio de estilo colonial... tras adentrarse en el campus, se sentaron sobre la hierba.

Ignasi parecía nervioso, como si quisiera decirle algo que no le iba a agradar a Andrea... observaban cómo la pequeña recogía flores del prado.

Él rompió el silencio, mirándola a los ojos con un tono serio que imponía.

—Andrea, sabes que te quiero. No sé si eres consciente de que quiero a Emma como si fuera mi hija. Está empezando a decir las primeras palabras y no quiero que me llame Nasi, suena fatal, Nasi. Quiero tu autorización para enseñarle a que me llame papá, y tu permiso para adoptarla y darle mi apellido. Espero que no te moleste que Emma tenga como primer apellido Barceló. Además, quiero que te cases conmigo— dijo Ignasi de un único tirón, sin apenas respirar, como si tuviera miedo de que las palabras quedaran enterradas. Al mismo tiempo, sacó de su pantalón un anillo con un precioso diamante blanco—. ¿Aceptas las dos propuestas? —añadió mientras deslizaba el precioso anillo en el dedo meñique de Andrea.

—Sí, claro que sí, sí, sí, ¿cuántas veces debo decir que sí? —dijo Andrea con voz agitada—. Pero, ¿qué dirán tus padres?

—Están encantados. Lo hablé con ellos antes de venir; solo les falta tu autorización para que Emma les llame abuelos.

—¡Pues claro que sí! ¡Dios mío, pellízcame fuerte porque no me creo lo que está pasando! —dijo Andrea llena de emoción.

—He esperado a pedírtelo en Bray para poder gestionar los documentos pertinentes.

Las palabras “documentos pertinentes” le amargaron la declaración. Se acordó de su boda en Las Vegas; no sabía si confesarle que cabía la remota posibilidad de que estuviera casada. Se sentía avergonzada; no podía soportar su cara de asombro cuando el funcionario del ayuntamiento dijera que ya

existía una licencia de matrimonio. Entonces, ¿tendría que pedirle el divorcio a Archie?... ¡antes prefería vivir en pecado! Ignasi pudo notar que de repente el rostro de Andrea había cambiado; estaba triste, pero tampoco se podía cuestionar su tristeza. Hacía solo una hora que había estado en el cementerio.

Ignasi reaccionó con tranquilidad, expresando una opinión racional, cuando Andrea le contó su inquietud.

—Bueno, si no lo regulaste en Europa, no creo que la boda se haya formalizado sola. No he estado en Las Vegas, pero no creo que los que montan el negocio de casamientos tengan tanto poder... en fin, no te pongas paranoica, en menos de unas horas sabremos lo que hay, y si realmente estás casada, ya nos encargaremos de solucionarlo; buscaremos buenos abogados. No te preocupes por Emma, estará al margen de todo.

Tras solicitar en el ayuntamiento los papeles, Andrea corroboró con gran alivio que no estaba casada. Por primera vez en su vida sintió deseo de llamar a Archie y decirle descaradamente: “¡Que sepas que nunca fuiste mi marido!”.

## Diana March

La reacción de Barbara cuando Andrea le dio la noticia fue de felicidad completa. Dejó entrever que, si se sentía sola y aburrida, optaría por mudarse a Miami.

La boda no parecía que iba a ser sencilla, a pesar de los deseos de Andrea de que fuera algo austero. Entendió que Melchor y Elisenda tenían lazos importantes en la sociedad, los cuales se tomarían dicho enlace íntimo como un *desaire*. Además, Ignasi era hijo único. Elisenda llevaba media vida imaginándose como la madrina de su hijo, con pamelas —por supuesto, diseñadas por Andrea O’Keeffe.

Su futura suegra había organizado una merienda con sus amigas, y le solicitó a Andrea que dejara algunos tocados de exposición para hacerle publicidad entre la sociedad catalana.

Diseñó cinco pamelas inspirándose en su única fiel cliente. Utilizó utensilios de cocina como platos de madera e incluso pantallas de lámparas para darle un toque de originalidad. Cuando se las mostró, quedó prendada; le gustaban todas y, además, le sentaban como un guante, incluso las que eran más atrevidas. Sabía darles ese toque distintivo que una pamelas merece. De inmediato, ya tenía la suya decidida, la más extravagante y elegante de todas, de tamaño mediano color rosa malva con unas plumas entrelazadas con tela de rejilla. Las demás eran tocados de inspiración Jackie Kennedy, ideales para cualquier ceremonia, pero no para la madrina del novio y mucho menos cuando hablamos de Doña Elisenda. Escondió la suya como un bien preciado e improvisó una pequeña exposición de tocados en el salón.

Por la noche, Elisenda telefoneó a Andrea, excitada.

—¡Cariño, tengo un súper encargo para ti! Todo el elenco de señoras presentes deseaban un tocado tuyo, pero no cualquiera, algo diseñado exclusivamente para ellas a juego con las telas de sus trajes. Debes encontrar tiempo para citarte con ellas, improvisarles un boceto; algunas quieren un tocado, otras una pamelas. Sé que tu trabajo en Riverson te mantiene ocupada, pero no puedes despreciar esta gran oportunidad. Es el camino para cumplir tu frustrado sueño.

Andrea disfrutaba diseñando pamelas. Era su hobby; perdía la noción del tiempo. Pensaba que sería imposible dedicarse a algo tan divertido para ella.

Pero esto sólo era el comienzo. Ese mismo año, Elisenda y Melchor estaban invitados a otro importante enlace: la boda de la infanta Elena, primogénita del Rey Juan Carlos y Doña Sofía, reyes de España. La boda sería en Sevilla y no sólo Elisenda le encargó su pamelas, sino que numerosas señoras de la nobleza amigas o conocidas de ella. No se supo cómo se había corrido la voz de que la futura nuera de Elisenda era una inglesa que diseñaba pamelas. Lo de ser inglesa... a los irlandeses no les gusta, pero en su caso era un aditivo más para atraer clientas.

Tras la buena campaña publicitaria de Elisenda, tenía que ser proactiva.

Pensó en su recién comprado apartamento de tres habitaciones en pleno *Eixample*. Ni siquiera había tenido tiempo para acondicionarlo a su gusto; de momento madre e hija se habían mudado a la casa de Ignasi. Se acordó de una casita de muñecas que Altamira le había regalado a su pequeña y tuvo una gran idea; crear un bello despacho y taller en el apartamento; había que recibir con estilo a las clientas. Conocía muy bien cómo aplicar una buena decoración, aunque no le agradara para crear su propio hogar. Debía de rehabilitar el apartamento con un estilo clásico palaciego, acogedor, digno de la nobleza.

En menos de una semana había transformado el apartamento en un taller-oficina con mucha clase. La entrada tenía una enorme alfombra persa. Con un *chaise longue* de estilo Luis XVI, colocaron una majestuosa mesa de despacho donde recibir a las clientas, dos hermosos sofás de estilo barroco, un empapelado de flores —que acentuaba el toque británico que se pretendía—. La habitación contigua, de mayor tamaño, con anchos ventanales exteriores, sería el taller de trabajo. Había un colgador horizontal, a lo largo de una pared, donde colocar sombreros de muestrario y una estrecha mesa en la pared, opuesta donde residían las hormas y herramientas. En el techo colgaron una gigantesca lámpara de araña. Las cortinas fueron lo primero y único que había colocado tras la compra de la vivienda, por supuesto telas Riverson con colores y estampados espectaculares y amplias margaritas color naranja lila y rojo. Como colofón, Elisenda le regaló un enorme jarrón de porcelana china pintado a mano, que compró en una tienda de antigüedades y que nunca supo dónde colocar.

Ignasi se encargó de gestionar la compra de una maquina troqueladora de segunda mano, que vendría exclusivamente de Alemania, mientras Andrea

compraba los adornos a una mercería de Londres especializada. Conocía un par de ellas en Barcelona, pero los detalles más rimbombantes llegaban desde Inglaterra, a veces desde Francia. A la vez, contactó con Swarovski para el suministro de bisutería.

Diseñar sombreros fue su gran sueño, y como audaz y gran soñadora que era, siempre viajando al futuro y visualizando las consecuencias, supo que podía tener mucha aceptación en Europa, pero que sus clientas de oro se concentraban en el Reino Unido. Tenía que inventarse un pseudónimo para protegerse de los de siempre... Sería difícil decirles a las amigas conocidas de Elisenda que ahora pasaba a llamarse Diana March, pero las tarjetas de visita llevarían su nombre de guerra, al igual que la etiqueta del sombrero, y las cajas en forma de bombonera donde pasearían su compra por las calles barcelonesas y conservarían el sombrero en sus solemnes armarios.

Elisenda se encargó de organizar sus visitas, previa llamada telefónica, para que ella no tuviera que abandonar la tienda Riverson. Como era de esperar, la ayudó con la inversión. Fomentar el marketing, crear catálogos, anunciarse en revistas de moda de tirada internacional... se le daban de perlas las relaciones públicas e internacionales (no en vano era hija de un diplomático y estaba casada con Barceló).

Fueron un total de catorce pamelas y tocados diseñados a juego con el vestido de cada dama. Muchas de ellas venían a visitarla con sus modistos, los cuales quedaban boquiabiertos de su originalidad y afirmaban volver pronto con otras clientas. La boda fue televisada resultó muy divertido para ella; ver la panorámica de los invitados sentados en la iglesia y reconocer qué cabezas habían pasado por su taller. Tras la boda de la infanta, empezó a recibir numerosos pedidos; la mayoría eran señoras inglesas afincadas en Marbella, Torremolinos, Fuengirola... éstas debieron viajar al Reino Unido porque, al cabo de tres meses, empezó a recibir pedidos de Inglaterra, entre ellos de la realeza inglesa.

Dejó la tienda Riverson tres meses después de la improvisación y fundó la empresa de sombreros Diana March.

Tras el funeral de Gianni Versace, y posteriormente el de Lady Di, varias asistentes llevaron sus diseños, que ya se vendían como complementos en tiendas de firmas de alta costura —originarias de su colección especial para funerales de etiqueta—. Una famosa periodista londinense contactó con ella para hacerle un reportaje. Fue todo una exaltación recibir en su casa el ejemplar inglés de la revista *Woman* donde se podían ver a famosas y gente de

la nobleza con sus pamelas. Hablaban de Diana March como la gran victoriosa en las carreras de Ascot; con semejante símil sonaba como si fuera una verdadera amazona.

Empezó a recibir invitaciones a ferias y eventos variopintos relacionados con la moda. Viajaba por todo el mundo: Londres, Nueva York, París, Milán... lo más interesante y a la vez misterioso eran citas extrañas concertadas en lugares secretos. Normalmente llegaba al taller algún fornido varón muy serio y con poca pinta de querer comprar un sombrero. Le pedía muy educadamente que se citara a ciertas horas en algún hotel lujoso de la ciudad, donde un importante cliente la esperaba. Finalmente, en la puerta de la suite, o subiendo al ascensor de la planta más alta, se le revelaba a Andrea el personaje de la realeza o celebridad que la esperaba para que, con papel y carboncillo, esbozara el mejor boceto para cualquier acontecimiento histórico y le tomara medidas.

No sólo tenía encargos para mujeres. Los hombres de la realeza de Oriente Medio eran unos clientes excepcionales, que demandaban exóticos turbantes. Sobre todo exigían un envoltorio recargado, con papeles dorados. Andrea sentía que participaba escribiendo la historia, no sólo en fotografías. Adoraba el lado tradicional, en el que quizás en algún cuadro de un palacio un ilustre pintor de cualquier lugar del mundo delinearía sobre una regia cabeza uno de sus tocados.

## A la Irlandesa

Todo este ciclón de acontecimientos forzó a que la pareja pospusiera el enlace, el exceso de trabajo.

Por otro lado, Ignasi denotaba cierta desmotivación por parte de su novia en organizar el evento. ¿Qué había sido de esa Andrea romántica? No daba una sola pista de cómo le gustaría celebrarlo, así que un día se decidió a preguntarle.

—Ha pasado tiempo desde que nos prometimos. Dime la verdad. ¿Has cambiado de opinión?

—Es complicado, Ignasi. Cuando me pongo a pensar, me afluye mi lado irlandés. Allí no bailan el vals. Bailan una giga irlandesa; y posteriormente todos se unen para bailar danzas folclóricas. Suenan flautas, arpas, gaitas, canciones populares, todos beben cerveza Guinness, mientras se escuchan violines, armónicas, flautas y gaitas.

Andrea debía un homenaje a sus raíces. Pero a la vez pedía un imposible, aunque sería un tanto morboso para muchos invitados españoles. Pero se trataba de su día y se divertiría viéndolos saltar a pies puntillas y entrelazar sus pies para alcanzar velocidades de impresión. Ella quería damas de honor, algo que en España era inexistente y ridículo.

—La tradición irlandesa requiere que la novia salga de la iglesia con una herradura de caballo para la buena suerte. Los velos de las novias son de encaje irlandés, y llevan un nudo céltico nudo. También quiero manojos de trébol en floreros... ¿eso será posible?

Y continuó explicándole.

—Bueno, no es tan complicado, si eso es lo que te hace feliz. Organizaremos algo mixto. No te garantizo damas de honor, pero no será tan difícil satisfacerte.

La boda tuvo lugar en Barcelona, en la Iglesia de San Juan de Horta, en la calle Campoamor, la misma calle donde Elisenda había nacido y vivido, y la misma iglesia en la que ella había sido bautizada. Era una calle llena de esplendor, con árboles a los lados, casas con historia, torreones de pico afilado con vidrieras. La iglesia —a pesar de ser elegida por su suegra— era

de las más bonitas que había visto, vallada y protegida por un patio lleno de pinos. La puerta principal era de arco de medio punto y albergaba pinturas en el tímpano del arco, representando a Cristo. La primera planta frontal estaba llena de vidrieras y, en el lado izquierdo de la fachada, se vislumbraba un coqueto campanario.

Fue una ceremonia muy del lugar, orada en español. En el momento del sí quiero no pudo pronunciar su *Yes I do*, equivalente al *sí quiero*. Sin embargo, tuvo su herradura de la suerte y su vestido de inspiración celta.

El banquete tuvo también algunas connotaciones celtas, excepto el menú, que era una miscelánea entre coánislumbrabamida francesa y española. Como solicitó, cada mesa tenía una fuente de tréboles frescos.

Elisenda contrató a un grupo de músicos celtas de Barcelona que se estaban empezando a dar a conocer. Se llamaban *Seamróg*, que significa trébol en irlandés. Era un grupo variopinto, todos con educación gaélica de diferentes áreas: una chica de la Bretaña francesa, un asturiano y un catalán de padres irlandeses. Tocaban música acústica, de sonidos de violín, mandolina y gaita.

Todos los invitados se sintieron impulsados a salir a la pista y bailar. No vacilaron en improvisar movimientos y saltos. Muchos de ellos, señores de la alta sociedad, acabaron en el suelo riéndose de sí mismos.



PARTE  
3

## Andrea buscando a su hija

Emma acababa de salir del baño gritando y había dado un portazo con todas sus fuerzas. Andrea cubrió su rostro con las manos y rompió a llorar, estaba aterrorizada pero no quería suplicar clemencia a su hija, quería parecer dura, comportarse como la típica madre de adolescentes intransigentes. Aunque era injusto, su hija no era así; entendía que estaba en su derecho de preguntar, pero no encontraba la manera de despistarla; había demasiadas incógnitas ocultas en ese baúl. Asustada y con gran impotencia, tras quedarse sin lágrimas, permaneció un tiempo andando de un lado a otro, pensando, mirando el reloj, recordando su pasado. No se podía descubrir la verdad; su hija no debía conocer a su padre biológico. Lo peor de todo era que ya no tenía a su marido para protegerla. Se sentía sin fuerzas para enfrentar la situación, así que decidió que la mejor solución esa noche sería tomar un sedante y caer dormida. Pensó que al amanecer seguro que encontraría alguna solución; sin embargo, despertó en sudores, sobresaltada. Por primera vez en muchos años, había soñado con él; era la misma pesadilla de hacía diecinueve años. Venía a buscarla y se llevaba a Emma con él.

Era un temor infundado, puesto que Archie nunca la buscó, nunca supo de la existencia de Emma. Con el tiempo, Andrea logró borrarlo todo de su memoria e incluso dejó de relacionar los rasgos y gestos de su hija con su padre biológico.

Ahora el mundo se le desmoronaba en sus pies, deseó que estuviera muerto o en paradero desconocido. Hacía tiempo que no se comunicaba con Henry, ni siquiera en Navidades y cumpleaños, y concretamente desde que se había jubilado y dejado de utilizar el correo corporativo de su empresa. Sabía que vivía en su granja de Brighton, con su pareja; ya no era seguro mandarle correspondencia.

Había amanecido esa misma mañana con rostro decrepito y ojeroso. Estaba mal acostumbrando su cuerpo a la ingesta de somníferos para dormir y le costaba reaccionar por las mañanas. Se puso una buena dosis de maquillaje y salió a su oficina del Ensanche a trabajar. Tres cafés más tarde y tras comprobar la falta de concentración en sus tareas, había recapacitado; debía

contarle la verdad a Emma; de lo contrario, , e upara pla perdería o quizás ella la averiguaría por sus propios medios, y eso sería peor.

Durante la mañana la había llamado varias veces al móvil, pero lo tenía desconectado. Supuso que estaría en la universidad; no obstante, le dejó varios mensajes en el buzón de voz calmándola, prometiéndole un viaje a Londres, donde le contaría la verdad sobre su pasado. Ni siquiera pasaría por el gimnasio; contaba las horas que quedaban para llegar a casa, abrazarla y pedirle perdón. Sus vidas no podían tambalearse más, merecían estar unidas.

Tan pronto como llegó a casa, empezó a llamarla.

—Emma, ya estoy aquí. Puedes bajar —dijo unas cinco veces.

Pero la única persona en aparecer fue el gato Ramsés.

—Ramsés, ¿dónde está Emma?

Subió a su habitación. La cama estaba hecha, no había rastro de su hija. Súbitamente, recuperó su olfato de madre y empezó a intuir lo peor. Permaneció sentada sobre su cama, buscando con la mirada el baúl, las cartas o las fotos en Las Vegas. No sabía qué esperar, qué hacer de la situación. Tras unos minutos de angustia que le parecieron horas, sonó el teléfono. Era un número con prefijo de Inglaterra que no tenía guardado en su agenda. Con voz temblorosa, temiendo lo peor, contestó un débil “hola” en inglés.

—Andrea, soy Henry.

De repente exhaló un suspiro de alivio; temía que fuera Archie.

—Henry, estoy muy asustada, dime que Emma está a salvo.

—Tranquilízate; Emma esta aquí con nosotros, ha aparecido esta tarde en nuestra granja de Saltdean. Yo estaba en los establos. Cuando llegué, Molly estaba atacada, había roto cualquier cosa que se le cruzaba por delante. Emma estaba avergonzada. Andrea, ¿qué ha pasado?

Andrea rompió a llorar sin desconsuelo, mientras trataba de contar lo sucedido la noche anterior, pero Henry no entendía nada.

—Por favor, ¿quieres calmarte? No entiendo nada de lo que me estás contando.

Sin embargo, consiguió las fuerzas para implorarle un único deseo.

—Por favor, no permitas que le cuenten la verdad. Quiero ser yo la que le cuente todo. Vigílala, no la pierdas de vista, despísta todo lo que puedas; voy a tomar el siguiente avión hasta Brighton. ¿Podrás venir a recogerme al aeropuerto?

—Por supuesto que sí, Andrea. Sigues siendo mi hija de acogida; haré todo lo posible para protegeros, pero no te voy a mentir. Molly está furiosa y a

la vez está muy contenta de saber que tiene una nieta. La está acaparando, no creo que le cuente nada; sería enturbiarlo todo, así que cálmate. De nada sirve que ahora preocuparse.

—Mi hija me odia, hija enturHenry. No hay nada más doloroso para una madre —dijo Andrea sollozando.

—Cálmate, también me odiaron mis hijos cuando me divorcié de su madre y me fui a vivir con Molly. Son cosas pasajeras; eres fuerte y sobre todo tienes una explicación que dar. Molly ha montado en cólera; tardará en perdonármelo, pero pasaremos este bache y si no, pues, a estas alturas de la vida, me importa poco, tengo la conciencia muy limpia.

—Por favor, vigila a Emma; ayúdame a que no me odie, eres mi único aliado.

—No te preocupes. Emma parece tener una personalidad muy sólida. Si está aquí es por su carácter rebelde y su calidad de aventurera, pero no intuyo que venga en busca de un padre.

## Emma conoce a su padre biológico

Durante el trayecto hasta Londres, Emma disfrutaba del carácter divertido de su abuela. Le había confesado tener sesenta y ocho años, algo poco predecible. Aparentaba unos sesenta. Era una mujer muy elocuente que le gustaba escuchar música country. Seis canciones después, no sabía cómo decirle que estaba harta de escuchar ese estilo de música repetitivo de ritmos constantes que al cabo de una hora se convertían en música estridente. Lo peor era que a Molly le encantaba cantarlas y su voz era como la de un gato gimiendo tras lavarlo a la fuerza en agua fría.

Espontáneamente, casi sin llegar a asimilar la noticia, Archie había organizado un encuentro para los tres: un almuerzo en su restaurante favorito, en Hatchend, donde solían celebrar todo tipo de eventos familiares.

Servían solomillo a la parrilla como plato de la casa, y además tenían gran variedad de comida de diferentes partes del mundo.

Llegaron hasta el restaurante a las doce y media. Esperaban encontrarse a Archie en el interior.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Molly mientras bajaban del coche.

—Sí, bastante. Emma sentía que estaba haciendo algo mal, algo que ni su madre ni su difunto padre aplaudirían.

El lugar dejó a Emma atónita; era un amplio restaurante dividido en tres plantas, la de la entrada con un bar de copas, la inferior que albergaba una sala de coctelería y la superior con dos ambientes y alturas, donde se situaban los comedores principales. Cada planta estaba decorada de eclécticos estilos.

Tan pronto como Emma entró en el restaurante, reconoció a Archie. Él estaba pendiente de la gente que entraba, y cuando vio a su madre y a Emma sonrió mostrando sus simpáticos hoyuelos —idénticos a los suyos— y lanzó un guiño que reflejaba gran emoción.

Las miradas que se intercambiaron omitieron cualquier saludo inicial. Molly besó a su hijo y ambos permanecieron contemplándola.

—Así que tú eres Emma, mi hija secreta —dijo Archie con frescura.

—Sí —contestó Emma.

Ambos se miraron en silencio durante segundos, hasta que Archie acercó los labios a sus mejillas y la besó.

Archie vestía unos vaqueros azules, del mismo tono que su americana, la cual destacaba por un rebite rojo en las solapas y el cuello, y una divertida pajarita de estampado escocés. Daba imagen de un señor con clase. Cualquiera que le viese hubiera dicho que era un elegante conde, con esas nobles maneras. Esa mirada azul, sublime, regia, a la vez que dulce y nostálgica. Esa transparencia en los modales que fueron los detonantes para enamorar a Andrea.

—Te pareces a mi madre cuando era joven, pero tú eres más alta, ¡incluso eres más alta que yo!

—Sí, tengo las piernas y estatura de mi madre. Estaba imaginándote junto a ella; intuyo que cuando se ponía tacones te sacaría unos pocos centímetros —dijo Emma con orgullo.

Archie no esperaba semejante comentario. La niña no tenía pelos en la lengua.

—Hijo, le hemos dado poder —dijo Molly suavizando el comentario— Ha visto el grueso cojín que utilizo en el asiento del coche para llegar a los pedales...

—Entiendo —dijo Archie sonriendo a su madre.

—Emma, ¿quieres tomar algo? —dijo Molly en el instante que el camarero se aproximaba.

—Sí, por favor, tomaré lo mismo que él.

Archie tenía sobre la barra una copa de gin-tonic aderezado con un par de rodajas de pepino.

—Bien, Emma, hace unas horas que sé de tu existencia y aunque necesitaré unas semanas para digerirlo estaba pletórico por conocerte. Para empezar, he de manifestar que me siento orgulloso de nuestro gran parecido.

—Sí, es asombroso, yo lo descubrí hace unas horas, le pillé a mamá un baúl secreto donde entre otras cosas escondía fotos de vuestra boda —dijo mientras le quitaba y se llevaba a la boca una rodaja de pepino sin pedir permiso. Cuando lo masticó, se dio cuenta de su impulsividad incontrolada y se disculpó.

—Perdón, no lo he podido evitar, tengo hambre y soy adicta a los pepinos.

Archie quedó sorprendido. Era lo primero que sabía de los gustos de su hija. Como a él, le encantaba el pepino, y al mismo instante vio en ese impulso

enérgico de robar un ingrediente de su copa sin esperar a que le sirvieran el suyo a la mujer que más había amado.

Tras terminar el vermut, un camarero se acercó hacia ellos y les dirigió a la planta de arriba, donde tenían reservada una mesa. La barandilla era de forja; se extendía hasta un mirador con vistas a la primera planta, y alrededor había acogedores butacas y sofás con mullidos cojines de variados estampados y mesillas de estilo colonialista un, lugar acertadísimo para tomar un té con galletas. Algunas butacas eran de cuero con lunares blancos, otros sofás eran estampados de diferentes tonos de rojo. Las lámparas tenían forma de alambres con forma de cancán, recubiertas por telas de estampados escoceses (como la pajarita de Archie).

Archie debía de ser un cliente apreciado en el lugar. La mesa que había reservado era la más bonita y mejor situada.

Se trataba de una mesa de forja para seis comensales, con seis listones en cada lateral, que se unían en lo alto creando un dosel, donde en la cima asomaba una lámpara de cristal con cromados dorados. Al final de la sala, se divisaba un invernadero acristalado, de árboles y plantas tropicales. En los lados, unas muchachas tomaban un cóctel en unas mecedoras de madera colores verde intenso, arropadas con anchos mullidos cojines estampados con flores.

Si la planta baja estaba decorada con empapelados de diferentes estilos de cenefas, el área donde se encontraba su mesa tenía las paredes de ladrillo, de las que colgaban unos cuadros de forja con formas variadas, en los que se enroscaban enredaderas escondiendo diminutos halógenos. En el techo, las lámparas eran de nuevo moldes de cancán, pero éstos mucho más anchos, y cubiertos por tiras de esparto con formas atirabuzonadas.

Emma tiró de una de las cintas de esparto y la lámpara dio vueltas como si se tratara de la falda de una bailarina de cualquier tribu danzando. En ese instante entendió por qué era el restaurante favorito de la familia, y también deseó que en un futuro fuese el suyo.

No pudo reprimir su espontaneidad y comentó en voz alta:

—¡Mi madre es una gurú de la decoración, y le encantaría este lugar!

Madre e hijo se quedaron mirando, al escuchar a la joven, con cara de pocos amigos. Anteriormente ambos habían manifestado lo mismo. Conocían a Andrea; era una gran diseñadora de interiores. Inevitablemente, cada vez que visitaban un lugar elocuente, pensaban en ella sin atreverse siquiera a nombrarla.

Emma sintió que había metido la pata. Quizás el nombre de su madre estaba prohibido, mientras que ella ya la había nombrado un par de veces, además únicamente para elogiarla —y eso que estaba enfadada con ella—. No olvidaba su misión allí; tenía que rescatar las respuestas a las preguntas que sus progenitores le privaron, así que sin medir demasiado sus palabras soltó una frase estratégica.

—Se os veía muy guapos en la foto de vuestra boda. Hacíais muy buena pareja.

Archie miraba al infinito mientras se tapaba los labios con la palma de su mano, pensando qué responder. Tras unos segundos contestó.

—Fue la mujer de mi vida, la quise mucho, pero no estaba a su altura. No podía seguir demostrándole lo que nunca fui, por eso la dejé marchar.

—Dime: ¿qué es lo que más recuerdas de ella? Algo que todavía mantengas en la retina...

—Sin dudarlo, sus andares. La primera vez que la vi ve había la contemplaba andar desde lejos, sus andares hablaban. Movía los brazos, los glúteos parecían los andares de una niña traviesa que acaba de cargarse un jarrón del palacio de Buckingham.

Emma soltó una risotada y dijo:

—Sé de lo que hablas, todavía sigue andando así. —Y continuó interrogándole —: Quisiera saber qué has hecho estos años, si has podido rehacer tu vida.

Se dio cuenta de que parecía una entrevista para alguna revista de cotilleo semanal. No en vano Emma estaba estudiando periodismo y deseaba dedicarse al periodismo de investigación.

Archie pensó en sus palabras por un minuto y respondió:

—Es difícil hablar en una sentada de mis últimos veinte años. Pagué mis deudas, no tuve hijos, que yo sepa... —dijo soltándole una mirada cómplice—. Hace unos años pasé una gran depresión, tras la muerte de mi padre, Walter. Estuve meditando el tipo de vida solitaria que tenía y analizando su forma de ser. Era un hombre egoísta, materialista, consumista, habituado a gastar más de lo que poseía, hermético con sus inquietudes y problemas, y me di cuenta de algo que todos decían y yo odiaba escuchar: yo era como él. Ninguno de los dos había conseguido hacer feliz a una mujer a pesar de haber tenido mujeres maravillosas. Pero soy un viejo duro de roer, hija, es muy difícil cambiar a mi edad, pero al menos, por primera vez, puedo ver mis errores y admitirlos, algo de lo que nunca fui capaz durante mi vida entera. Mi

alerta fue la muerte de mi padre, Walter. En vida nos llevábamos a matar, y yo solía despotricar sobre él, sin darme cuenta de que mis maneras eran las mismas.

Emma no había sentido una punzada en su corazón cuando escuchó que Archie la llamaba hija, más bien le pareció incomodo. Ella, en su mente y corazón, tenía un sitio para un padre llamado Ignasi Barceló, al cual deseaba conservarlo por siempre. Pero a la vez intentó entender la ternura de Archie.

—Verás... —tragó saliva y le llamó por su nombre—, Archie, no sé qué es lo adecuado en estas situaciones. Lo que tengo claro es que no quiero que hagas las labores de padre, porque afortunadamente ya tuve uno del que me siento muy orgullosa. Tampoco quiero llamarte papá o tío Archie, sólo quiero intentar que seamos “amigos” o quizás “conocidos”, aunque suena raro de pronunciar. Pero a pesar de que llevamos la misma sangre y nuestro parecido es evidente, no por ello podemos obligarnos o forzarnos y tratar de que seamos una familia. Me llamo Emma Barceló, y me quiero seguir llamando así. Mi padre siempre será el fallecido Ignasi Barceló, cirujano estético catalán. Sé que para querer a alguien hay que conocerle, así que si nos damos esa oportunidad quizás nos conozcamos. De ti, heredé el físico, pero de Ignasi aprendí mucho: mi interés por las actividades acuáticas, el coleccionar minerales, la aventura, la naturaleza y el riesgo... ¡sabes que escaló el Himalaya! Pero por suerte para mi madre no soy tan temeraria como él.

—Sabes, estoy contento de saber que alguien ocupó mi puesto mejor que yo lo hubiese hecho. Veo que para tener dieciocho años eres una chica muy lista, Emma. Déjame decirte mi opinión, sinceramente: he descubierto de tu existencia hace unas horas, y me parecería muy rocambolesco ahora darte mis apellidos; no son necesarios, con el parecido me basta.

—Eres un señor muy guapo y seductor —dijo Emma—. Me recuerdas a algún actor, no sé decirte quién, pero tienes porte. Eres como Beckham, pero con unos años más... ¡Además, no tienes casi arrugas!

—Emma ha heredado mi piel —dijo Molly, que había permanecido en silencio durante todo el tiempo.

Tras la agradable velada, la joven quedó prendada por las maneras de Archie y éste encantado de conocer a una niña tan vivaracha y astuta. Una vez finalizada la cena, llegó el momento de despedirse. Archie tomó la mano de Emma y la besó.

—Tu madre ha hecho un gran trabajo —dijo orgulloso, tocando el mentón de su niña.

Durante el camino de vuelta hacia Saltdean, Emma empezó a pensar en su madre; cada vez tenía más motivos para estar enfadada con ella. Seguía sin entender por qué no le había contado nada de su padre biológico; definitivamente, era una histérica con muchos prejuicios, ¿de qué quería protegerla? Archie era un señor muy conciliador, todo un caballero dotado de maneras inglesas. Había llegado el momento de enfrentarse a ella; recordó que llevaba muchas horas con el móvil apagado y se decidió a encenderlo.

Como suponía, le había dejado varios mensajes en el buzón de voz. Sorprendentemente, Andrea le pedía disculpas y prometía contarle toda la verdad sobre su pasado, pero para ella era ya demasiado tarde. Sentía que poco más había que descubrir.

Entraron al hogar de Saltdean, ambas soltando carcajadas y haciendo bromas; parecía que iban borrachas. Ramsés se abalanzó cariñosamente sobre los pies de Emma, previniéndole de lo que estaba por suceder, y ambas frenaron sus risas.

## Andrea llega a Inglaterra

Andrea no había tenido fácil tomar un vuelo. Como Diana March, tenía que dejar algunos cabos atados antes de partir a Saltdean. Además, había decidido quedarse en Londres por una temporada indefinida. Tenía sus planes, aprovechando la marea de sucesos.

Mientras esperaba el avión en el aeropuerto de El Prat, evocó entre otros recuerdos la primera vez que entendió la calidad humana de Henry.

Era el primer mes de convivencia entre Andrea y Archie. Fue un poco difícil adaptarse a la convivencia. Un día, tras una tensa discusión, Andrea, de forma estrepitosa, hizo la maleta. Ni siquiera era consciente de las cosas que se llevaba; estaba demasiado enfadada para tomarse su tiempo. Salió enfurecida y se dirigió a un albergue regentado por hindúes, cercano al barrio. Archie —niño de mamá— llamó pidiendo consejo a su madre, la cual habló con Henry contándole la rabieta.

Henry la llamó para tratar de calmarla y Andrea fue bastante grosera con él. No le agradaba la idea de que se airearan sus enfados y que ella quedase como la loca que se iba de casa con un zapato de cada ampliar par. Aun así, él se ofreció a buscarla y llevarla a dormir a su casa. Andrea no llegó a entrar al hostel; se quedó esperando a Henry sentada en una repisa, pero Henry nunca llegó a arrancar el coche, puesto que paralelamente Archie le prometió calmarla apareciendo con cara de pacificador. Sin embargo su reacción al ver a Archie fue gritarle en mitad de la calle residencial de un viernes noche, a la una de la madrugada:

—Eres un niño, contándole nuestros enfados a tu madre y a su novio. ¿Acaso ellos te cuentan sus intimidades?

Henry fue como un verdadero padre para ella. Solía llamarla IFD, *Irish Foster Daughter* (hija irlandesa adoptiva), y él solía llamarse EFF, *English Foster Father* (padre inglés adoptivo). Era el único que sabía de su paradero; sabía lo importante que era para su felicidad y el bienestar de Emma; por ello, siempre que en el ambiente familiar la nombraban, se encargaba de jugar al despiste.

Una noche de Navidad los primos de Archie la recordaron mientras

jugaban al trivial; alguien comentó:

—No he conocido alguien con tantos conocimientos del Trivial Pursuit como nuestra vieja amiga Andrea. ¡Recuerdo que confesó aprendérselas de memoria! Era una tía muy competitiva, ¿verdad? ¿Alguien sabe algo de ella?

Era el turno de Archie para responder y solo supo decir con frivolidad:

—Sí, era muy competitiva. Odiaba perder, no sé nada de ella, no tengo dirección donde mandarle una carta ni tampoco un teléfono donde llamar. Sé que su prima vive por Kensington, pero tampoco me molesté en buscarla, para ser sincero. Lo último que sé de ella es que se fue a Kenia; mandó una postal meses más tarde poco explícita y le perdí el rastro.

Andrea nunca estuvo en Sudáfrica; fue un favor de su prima y Dylan. Se marcharon de vacaciones a Kenia, Tanzania e Isla Mauricio y una de las tareas encomendadas para jugar al despiste fue mandar una postal. Lo de poco explícita era por miedo a reconocer que esa no era su letra, así que la postal solo decía: *Greets from Kenya* (saludos desde Kenia).

La misión de Henry en la vida de Andrea también sirvió para que ella se desenamorara y desenmascara aún más al verdadero Archie.

Como Henry decía, “las mujeres podemos fingir un orgasmo, pero los hombres pueden fingir una vida entera en pareja”.

Henry apoyó su plan, incluso sin saber que estaba embarazada, puesto que Andrea tardó unos meses en confesar. Tenía miedo (era un arma de doble filo que su pareja fuera la abuela de su hija). Sin embargo, tras varios meses de comunicación (mandando cartas a la dirección de su hermana), se ganó su confianza. Le conocía desde hacía varios años, siempre había sido una persona dispuesta a escuchar; sabía calmar y decir la palabra pertinente en los momentos más tensos.

\*\*\*

Mientras bajaba del avión, volvía a revivir sus recuerdos. Sus imágenes llegaban a su mente como breves tráileres de una película.

En el hall de llegadas del aeropuerto, se encontraba su querido padre de acogida; seguía siendo un hombre muy alto y esbelto, con unos ojos verdes llenos de paz, pero con menos pelo, y más arrugas. Henry tendría ya unos sesenta años, mientras que Molly era ocho años mayor que él.

Con reciprocidad, fueron aproximándose hasta fundirse en un fuerte abrazo y observaron sus caras, para reconocerse entre tanta nueva arruga. De

repente Andrea rompió a llorar:

—Henry, estoy desolada, no sé cómo remediar esto. No sé si voy a tener coraje para decirle a mi hija...

—Escucha, Andrea, tengo novedades. Esta mañana Molly y Emma han ido hasta Londres para reunirse con Archie.

El rostro de Andrea quedó más afligido si cabía.

—Dios mío, Henry, este asunto se me ha ido de las manos.

—Andrea, cálmate —dijo Henry mientras le sacudía los hombros—. Tu hija y Molly están encantadas de haberse conocido; no temas, seguro que no tienen el valor de decirle nada; confía en mí, ¿estás demasiado asustada y no piensas con lógica!

—¿Crees que son tan valientes? ¡No les recuerdas!

Henry seguía manteniendo una camioneta similar a la anterior. Un clásico todoterreno pick-up, ideal para un granjero al que le encantaba ayudar en mudanzas, campings, chapuzas y, como no, para su temporada de cacería... Por eso seguía sin cambiar de coche, a pesar de los aires de grandeza de Molly, acostumbrada a conducir un BMW antes de divorciarse.

—Venga, te prepararé un té caliente y hablaremos de nuestras cosas; tienes que estar fresca y fuerte. Las chicas volverán por la tarde a la hora de cenar. ¿Quieres ayudarme con mis guisos? ¿Quizás puedes ponerles un toque español?

## Emma se encuentra con su madre

Andrea y Henry escucharon el sonido de la puerta. Molly y Emma se estaban desternillando de risa; había olvidado esa risa escandalosa de Molly, que con la edad se había convertido en carcajada maliciosa. La distraída euforia les hacía arrastrar los pies y prolongar la llegada a la cocina, donde ambas ri llorolly,sas se silenciaron súbitamente.

Andrea les miraba escondiendo su miedo, de pie, con las manos en jarra, exhibiendo que había cogido prestado un delantal de Molly.

Emma tenía un cúmulo de emociones por su madre. Seguía enfadada y a la vez sentía miedo por las represalias, por lo que no se mostró demasiado alegre al verla.

—Andrea, cuántos años han pasado, qué ilusión tenerte aquí.

La recibió de forma fraternal.

—Molly, estás estupenda, gracias por recibirme en tu casa tan cálidamente. Hola, Emma —dijo Andrea con tono firme, intentando acercarse a ella.

Emma dio un paso hacia atrás denotando cierta desconfianza con su madre.

—Hola, mamá. ¡Has traído a Ramsés!

No supo decir otra cosa.

—Andrea, tú y yo nos deberíamos reunir a solas mientras Emma ayuda a Henry con la cena —dijo Molly

—Sí, vamos —dijo Andrea con ímpetu.

Molly cerró la puerta del salón biblioteca. Ambas se miraron en silencio durante un minuto, que se hizo una eternidad. Andrea contemplaba a Molly; tras el paso de los años, seguía tan bella como siempre; siempre tuvo un cutis envidiable. Continuaba teniendo el físico en forma de barril. Se había arreglado la dentadura; ahora tenía una sonrisa espectacular.

—¿Le habéis contado algo? —preguntó Andrea, impaciente.

—No, Andrea, ya conoces a Archie. La ha disuadido con cosas suyas de apuestas, etc.

—Molly, sé que no he sido sincera contigo, pero tampoco lo fuisteis

vosotros cuando me ocultasteis la verdad sobre Archie. ¿Recuerdas la vez que vine a visitarte, dos años después de romper con Archie?

—Sí, recuerdo que viniste a verme a casa, tomamos un pastel...

—¿Recuerdas que me dijiste que todo seguía igual, que nada había cambiado? Tú me diste el aliento que me faltaba para buscarle de nuevo...

—No lo recordaba Andrea, es cierto.

—Fui a buscarle y días después descubrí la verdad de forma forzosa, y unas semanas más tarde, ¡me enteraba de que esperaba un hijo de él! Si hubiera sabido la verdad, ¡nunca le hubiera buscado! Con el tiempo, entendí que tú me querías, pero el amor por tu hijo estaba por encima de todo. El egoísmo de desearle que estuviera con la mejor mujer que tú conocías... pero ¡no pensaste en las consecuencias Molly!

—Cierto, nunca pensé que...

—Pues el mismo egoísmo sentí yo cuando supe que esperaba un hijo.

—Lo sé, Andrea, tienes razón.

Molly se alejó de Andrea, y observó la lluvia por la ventana.

—Emma apareció presentándose como la hija de Andrea O’Keeffe, y después me dijo que había encontrado las cartas de Henry. Monté en cólera, sentí mucho dolor, me sentí traicionada por mi pareja. Me he perdido unos años maravillosos. ¿Sabías que yo deseaba tener una nieta? En esta familia solo nacen chicos... Las dos hemos ocultado cosas, por salvar a nuestros hijos, Andrea, y lo hemos hecho a cualquier precio.

—Emma es mayor de edad; tiene apellido y nacionalidad española. Ya no está en peligro de ser juzgada por nadie. Las cosas han salido mejor imposibles y, con tu permiso y sin él, he decidido contarle toda la verdad —dijo Andrea mientras tomaba sus manos y la miraba a los ojos. Y añadió—: Mañana por la mañana, Henry y yo hemos planeado una excursión con los perros por los acantilados. Espero que el día nos acompañe; mientras paseamos, le iré contando toda mi adolescencia, cómo conocí a Archie, qué sucedió para huir de vosotros; no sé qué reacción tomará a partir de entonces, pero quiero que estés preparada para todo. Te pido comprensión, no puedo hablarle mal de ti, es imposible, te aprecio tanto como a Henry —dijo Andrea conteniendo sus emociones.

—Lo sé, y estoy segura de que tampoco le hablarás mal de mi hijo. Sabrás usar la verdad con respeto.

Ambas fueron a abrazarse, cuando oyeron gritar a Henry:

—Chicas, ¡la cena está lista!

## Cena familiar

Emma permanecía con mirada altiva y cuerpo rígido frente a su madre. Andrea no soportaba ese desaire y, antes de sentarse en la mesa, la tomó del brazo con fuerza y la arrinconó para decirle:

—Sabía que no te contarían nada, que no tendrían el coraje para hacerlo. Mañana lo sabrás todo; no quiero dejar suelto un solo cabo; mereces saber toda la verdad. Cuando lo entendí, te me habías adelantado.

El corazón de Emma se encogió; se sintió culpable por su rebeldía y rompió a llorar.

Ambas se fundieron en un caluroso abrazo reconciliador.

—Mamá, gracias por venir —dijo Emma.

Era un momento de tregua. Inescrutablemente, había que firmar la paz, disfrutar de la cena, crear un buen ambiente con un buen vino y mejor cena.

\*\*\*

—Andrea, nos tenemos que poner al día —dijo Molly—. ¿Qué has hecho durante estos años?... cuéntame, ¿qué haces en Barcelona? ¿Sigues trabajando de diseñadora de interiores?— preguntó Molly nada más tomar asiento.

—Hace quince años fundé mi propia empresa; diseño pamelas, tocados, turbantes para zares, birretes, sombreros de copa, monteras para toreros... me he labrado una buena reputación. Mi suegra se ha codeado desde siempre con gente de la alta sociedad. Me hizo gran publicidad entre bodas de la realeza, y en menos de un año empecé a recibir encargos y a tener clientes por toda Europa, y el sureste asiático. Gané una sólida reputación y a día de hoy sigo teniendo encargos de casas reales.

—¡Es fabuloso, Andrea! ¿Cómo es posible que llegando tus diseños hasta aquí, nunca hayamos escuchado o visto tú nombre en las noticias del corazón o en la prensa?

—Deseaba vivir en el anonimato. Me creé un pseudónimo, un nombre que sonara bien tanto en España como en toda Europa, principalmente en el Reino

Unido, donde tengo mis clientes de oro. Me hago llamar Diana March.

Molly casi se atraganta con el vino:

—¡Por el amor de Dios, Andrea! ¡Eres Diana March!

—Sí, esa soy yo.

—¡Pero si Diana March es a Inglaterra como Valentino a Italia!

La irlandesa sonreía un poco avergonzada; no se le daban muy bien los elogios.

—Bueno, al menos, ahora que pienso... creo que nadie le pone cara a Diana March —meditaba Molly en voz alta.

Henry no decía nada; hacía de anfitrión, servía más vino, se levantaba a traer los segundos platos... Molly estaba asombrada; su rostro gélido lo decía todo. Como buena inglesa, no expresó su verdadero sentimiento, pero en el fondo sentía que Andrea se había reído de ellos durante estos años, y a la vez estaba muy orgullosa de tener a Diana March de comensal.

## Primeras confidencias

Andrea conocía muy bien la casa de Saltdean. Como suponía, habían alojado a su hija en la habitación rustica con vistas al mar, justo al final del pasillo. Ya había dormido anteriormente en esa cama, recordó que era una habitación muy fría. Henry no quería encender las chimeneas en todas las habitaciones y Archie no soportaba verla tiritar, así que boicoteó las normas y se aventuró a encender la lumbre.

Compartiría habitación con Emma, la cual esperaba que su madre pudiera avanzarle algún secreto sobre su pasado.

Andrea desembalaba una de sus tres maletas, mientras buscaba el pijama y las pantuflas de su hija.

—¡Mamá, tres maletas! ¿Por qué te has traído a Ramsés?

—Una maleta es mía; la otra es tu ropa, tu portátil y apuntes de la universidad. No me he olvidado, tienes que prepararte para los exámenes. He hablado con tía Norma, pasado mañana nos trasladaremos a Londres por unos días. Tengo un proyecto profesional en mente a desarrollar aquí; es lo bueno de que sepas la verdad, ya no me obstaculiza nada, podré hacer realidad uno de mis sueños.

A Emma no le desagradaba la idea; más bien empezaba a fascinarle, pero no quería demostrarlo. Sus estudios tambalearían tanto en Londres como en Barcelona; se anteponian demasiadas emociones personales por descubrir.

Mientras su madre seguía desembalando, le preguntó sin remilgos:

—Bueno, pequeña, ¿qué te ha parecido Archie?

—Pues para ser un cincuentón está estupendo. Sus gestos son muy británicos, es de los que se toman el té con el meñique flotando. Me parece un señor seductor, adulador, guapo, con estilo, ¡con esa pajarita de estampado escocés! ¡Y esa americana! ¡Dónde se comprará la ropa! —exclamó Emma con tono burlón.

—Pequeña, recuerda esto que te voy a decir: no te dejes llevar por la etiqueta de las personas, por su indumentaria; no te enamores nunca de gente como Archie. Son superficiales, con varias capas de pura fachada. Aprende a conocer el interior de las personas; no te dejes deleitar por la estética, como

yo hice con él.

—Mamá, ¿de qué me querías proteger?

—Es más serio de lo que te imaginas, Emma. Si Archie hubiera sabido de tu existencia y yo no hubiera huido a Barcelona, nunca nos hubiéramos permitido ser una familia normal. Tu integridad correría mucho peligro, la gente te etiquetaría, tu reputación y la mía quedarían por los suelos e incluso podía haber perdido tu custodia. Es un tema muy serio, Emma, tanto que ellos mismos se avergüenzan. Por eso en el almuerzo te despistaron y no te lo contaron.

Emma quedó muy pensativa y su madre prosiguió:

—Pequeña, fuimos muy afortunadas con Ignasi. Él nos adoraba; era leal, tierno, generoso... lo tenía todo. Ahora descansa, mañana lo entenderás todo. Y besó a su pequeña en la frente.

—No, mamá, no me dejes así, ¡al menos cuéntame lo bueno! Porque seguro que ¡hubo algo bueno, de lo contrario no estaría yo aquí!

Emma consiguió arrancar a su madre una tierna sonrisa.

—Claro que hubieron cosas buenas, Emma. ¿Qué te puedo adelantar? Nos conocimos en la universidad, como comprobaste tú en las fotos. Nos casamos en Las Vegas, vivimos juntos unos años...

—¿Fui una hija deseada o fue un accidente?

—Pero ¿cómo preguntas esas chorradas? ¡Para mí fuiste un accidente deseadísimos! ¿Te vale esta respuesta?

\*\*\*

A la mañana siguiente, ambas despertaron con el ruido de la lluvia. La misma que en Inglaterra constantemente suele cancelar millones de planes de fin de semana.

—Emma, no podemos salir a pasear con este tiempo. ¿Qué te parece si después de desayunar nos quedamos en la habitación hablando?

—¡Con tal de que me lo cuentes de una vez, haría por no bajar siquiera a desayunar!

Bajaron a la cocina y se encontraron con Henry preparando el desayuno.

—¡Buenos días, chicas! He preparado un yogur casero de frutas con muesli, espero que os guste. Molly ha salido, va a clases de costura; está aprendiendo a hacer colchas, mientras yo suelo ir a cazar o paso las mañanas en la granja. Así ella no se aburre en casa. Tampoco vendrá a comer; pensó

que sería buena idea dejarnos a los tres solos.

—Henry, me gustaría que te quedaras... si no es demasiado pedir.

—Por supuesto, Andrea, hoy tenía pensado pasar el día con vosotras. La lluvia no va a impedir que me quede con mis españolas favoritas.

—¡Venga! ¿Queréis empezar a contarme? ¿O todavía no he esperado lo suficiente? —replicó Emma, con intransigencia adolescente.

Andrea observaba a Henry tácitamente, esperando que él rompiera el hielo. Henry respondió con un gesto de exasperación, eludiendo no tener un buen inicio de argumento, a lo que ella ayudó:

—Anoche me pidió que le contara la parte buena de la historia. Le estuve contando nuestro noviazgo y cómo nos reencontramos la última vez...

Así que Henry, conocedor del punto cronológico, pudo proseguir.

\*\*\*

Emma había hecho sus conjeturas. En ningún momento pudo llegar a intuir el peso de la trama. Conforme le iban contando, escenificaba las situaciones. Antes de que Archie conociera a Andrea, entrenaba a las alumnas de la escuela de Santa Helena. Una madre lo denunció por abusos sexuales. La menor no tenía lesiones físicas pero manifestaba que su entrenador se le había insinuado en las duchas. La policía se presentó una mañana en las oficinas donde Archie trabajaba y le avergonzó anunciando en voz alta que tenían un orden de detención. Tenían pruebas de que esta muchacha había estado en su apartamento. No había signos de violencia, pero era la palabra de una menor contra un adulto. A consecuencia de estos sucesos, Archie pagó seis semanas de cárcel, y posteriormente se sometió a una rehabilitación psicológica y un año de libertad condicional.

Mientras escuchaba, Emma sentía que no podía acusarle de víctima ni de verdugo; sólo digería los argumentos, contados de forma analítica.

\*\*\*

Dos años después, la policía volvió a arrestarle. Esta vez se presentaron en casa una tarde de sábado. Se trataba de otra muchacha de siete años. Los padres habían denunciado al joven por acoso sexual. Había unas fotografías de Archie tumbado encima de la muchacha. Eran fotos tomadas en un campamento

de verano, y evidenciaban el abuso.

Archie se defendió. Dijo que se tomaba en serio su trabajo de monitor, que se le daba genial cuidar y motivar a los muchachos, que estos le querían y esas fotos eran simples muestras de cariño. La niña echaba de menos a sus padres y no quería dormir sola. Uno de los monitores era amigo de los padres de la menor y fue el que dio la luz de alarma. No obstante, la niña dijo que Archie pasó de ser atento a excesivamente cariñoso con ella. El informe forense certificaba que no había indicios de agresión sexual, pero al ser reincidente no pudo burlar seis meses más de prisión.

Afortunadamente para él, en ese segundo arresto, Andrea se encontraba de viaje de negocios. Antes que le colocaran las esposas y dejara el hogar, Archie redactó un mensaje a su pareja, aconsejándole que se alejara de él. No sabía cuánto tiempo permanecería esta vez en la cárcel. La quería, y no quería que se mezclara en estos asuntos y llegara a ser víctima de sus errores.

\*\*\*

Emma pasó el resto del día silenciosa. Cuando Molly llegó, no preguntó nada sobre las confesiones reveladas; quiso correr un tupido velo, como siempre hizo. Trataba de comportarse como si la historia negativa que envolvía a su hijo fuese algo paralelo a ella.

Pasaron el resto del día en familia, jugando al scrabble, tomando té con galletas caseras, y antes de anochecer, tras el cese de la lluvia, pasearon por los prados y acantilados de alrededor. Emma disfrutaba viendo cómo Henry entrenaba a Lulú para la temporada de caza. Henry lanzaba un palo al río y Lulu se arrojaba al agua sin pensarlo; recogía el palo y se lo entregaba a su amo.

## Policía

Archie tuvo que vestirse, mientras un policía le vigilaba en la habitación. Fue el mismo que minutos antes había entrado en el baño cuando el arrestado había pedido permiso en su propia casa para entrar a orinar. No les dieron más pistas de por qué se llevaban las camisas y qué evidencia había con respecto a él, hasta el momento en el que el acusado se empezó a vestir.

—Verá, el 30 de septiembre, en el puente de hierro que hay en Pinner Road, había alguien con los rasgos semejantes al Sr Ashford haciendo exhibicionismo, justo a la hora en que los niños salían del colegio. Llevaba una camisa de futbolista roja con una raya azul en diagonal.

Recogieron las camisas y se lo llevaron esposado.

—La declaración está prevista a las 9.00. Hemos querido venir temprano para no tener curiosos en el bloque, sentimos las molestias. Usted puede acercarse por la comisaría de Uxbridge alrededor de las 11.00 para averiguar el desencadenante de dicho arresto —le dijo uno de los policías.

Andrea se tumbó aturdida en el sofá, tenía miedo; no sabía qué iba a suceder. No sabía a quién llamar, pensó en Molly. A esas horas estaría a punto de salir de casa dirección al centro de Londres, donde trabajaba.

—Hola, Andrea, ¿qué tal?

—No muy bien, Molly. Tengo malas noticias; esta mañana la policía ha irrumpido en casa y se ha llevado arrestado a tu hijo —dijo Andrea sin remilgos.

Molly respondió con un intenso gemido de angustia, al que siguió un quieto silencio. En menos de veinte minutos se presentó en la casa. Andrea la recibió con furia, la tomó por los hombros y le gritó

—Molly, ¿qué me habéis ocultado? Quiero que me lo cuentes tú, porque de no ser así lo voy a averiguar yendo a la comisaría de Uxbridge —dijo Andrea sacando del interior del frutero la tarjeta que le había entregado el policía detective del caso.

Molly le arrebató la tarjeta y sin dudarlo ni un segundo marcó el teléfono de la comisaría. Tras contactar con varios funcionarios, uno de ellos la puso en contacto con su hijo, el cual le juró que esta vez no había hecho nada, que

no había estado entrometido en ningún asunto relacionado con el exhibicionismo. Molly le hizo una mueca a Andrea para darle a entender que Archie estaba al margen de cualquier asunto en que la policía le había relacionado. Mientras Molly hablaba por teléfono, Walter, el padre de Archie, llamó a la puerta.

Walter y Molly se comportaban como si su hijo fuera inocente.

En ningún momento se planteaban su culpabilidad. Andrea estaba hecha un bálsamo de dudas; nadie es acusado o perseguido porque la policía tiene el capricho. Quería escapar, no quería atarse a ese problema; sonaba un tanto egoísta, pero no se sentía responsable de los hechos.

Durante las dos horas de espera, ambos le contaron a duras penas todo lo que durante estos años le habían ocultado. Era mediodía cuando la comisaría de Uxbridge volvió a ponerse en contacto con ellos. Archie había sido declarado en libertad sin fianza alguna. Habían comprobado su coartada justo ese mismo día; había estado en rehabilitación en la comisaría de Watford. Tenían que ir a recogerle. Archie les esperaba en la puerta principal, sin esposas, avergonzado, con carita de cordero degollado. Andrea lo observaba desde el coche de Walter, mientras éste buscaba aparcamiento. Cuando le tuvo en frente, deseó sacar sus puños y atacarle, decirle cuánto le había decepcionado, pero se tuvo que contener. Tras los continuos abrazos, Archie les informó que el detective que llevaba el caso, David Milton, quería hablar con ellos. Walter estaba realmente molesto; se dirigió al detective de forma firme y tajante.

—Espero que tengan una sólida y lógica respuesta en relación a todo este suceso. Creo que en la calle hay peces más gordos que freír. Le reto a que lo que me vaya a decir sea convincente.

—El pasado 30 de septiembre una persona con los rasgos similares a Archie Ashford estaba haciendo exhibicionismo en el puente de acero de Pinner Road, justo a las 16.30, cuando los menores salen del colegio. Archie se encuentra en libertad condicional y debe adaptarse a dicha vigilancia o control. Yo soy el encargado de dicha investigación; mi nombre es David Steve Milton, y una de mis colegas es la señora Tracy Grey, con la que hemos tenido un pequeño rifirrafe. Según ella, hay que establecer un control bastante exhaustivo con Archie tras el arresto. Quiere tener un extenso seguimiento de su vida cotidiana. Pienso que se excede; no defiendo su punto de vista, pero tampoco tengo poder para ningunearla.

Los cuatro se encontraron con Henry nada más salir de la comisaría.

Como siempre, apoyándolo en la adversidad.

—Chicos, imagino que estaréis demasiado conmocionados para volver a vuestro apartamento. Esta noche podéis dormir en nuestra casa; es bueno hablar, desahogarse, desase y sobre todo mantenernos unidos —sugirió Henry, mientras tomaba a madre e hijo de los brazos.

Henry y Walter se entendían bastante bien; ya se habían conocido anteriormente en bodas y bautizos. Andrea seguía enfadada, pero durante todo el tiempo nadie le había dado la oportunidad de manifestar su furia. Fue en ese instante cuando todos comprobaron que ella ya no era la misma.

—Henry, ¿me harías el favor de llevarme hasta la casa de Archie? Quiero recoger algunas cosas mías; esta noche voy a dormir al apartamento de mi prima.

Todos quedaron sorprendidos por la determinación y firmeza de la joven, que ni siquiera quería escuchar la versión del acusado.

—Por supuesto, si es lo que deseas, así lo haré —dijo Henry.

—Henry, mamá, papá, dejadnos solos un momento —intervino Archie.

Archie tomó de la mano a Andrea, arrinconándola.

—¿Quieres que te hable de mi estancia en la cárcel? —dijo Archie, mientras le acariciaba el pelo.

—¿Para qué? ¿Crees que así te convertirás en mi héroe? ¿O lo que realmente pretendes es dar lástima? —dijo Andrea llorando.

Archie no sabía cómo hacerse el valiente en esta causa. Le argumentó sus primeros meses en prisión, donde estuvo con un señor muy quisquilloso con el que tuvo una convivencia dura. Al cabo de un tiempo, en la celda que ocupaba un chaval con el que se llevaba bien, quedaba una cama disponible, y solicitó un cambio. Su nuevo compañero se llamaba Lee, era ex marine, había trabajado de técnico de mantenimiento de ferrocarriles en Londres. Su novia era polaca y le apoyaba incondicionalmente, de modo que los planes de él eran mudarse a Polonia. Al menos él sabía cuándo iba a salir, pero Archie tenía que esperar todavía a la fecha del juicio. Ambos eran hinchas del Liverpool. Lee tenía un televisor, y no todos lo tenían en sus celdas. Cuando el Liverpool FC marcaba un gol, agitaban los barrotos de la celda mientras voceaban.

—Por eso escribiste la nota... —dijo Andrea.

—Sí, ahora lo entiendes. Quería alejarte de mí; no puedo ser una persona normal en este país. No puedo permitir que tú pagues mis errores, que se cuestione tu culpabilidad por asociarte a mí como pareja. No voy a poder

hacer una vida normal con una pareja y con hijos. Quizás lo logre si en el futuro me planteo la idea de mudarme de país, pero ahora tengo que respetar la condicional hasta el año que viene, y pagar mis deudas acumuladas.

—¿Deudas?

—Sí, me sumí en una profunda depresión y me dio de nuevo por jugar al póker. Me tienen cogido por las pelotas. Cuando te vi, no pude reprimirme, y tampoco tenía cara para decirte lo imbécil que soy. El día que te dejé la nota, la policía había venido a mi casa. Me esperaban para ingresar directamente en la cárcel; me dieron la oportunidad de llamarte pero no tuve el valor. Tampoco quería que vinieras a verme a la prisión.

—Henry, ¿nos vamos? —gritó Andrea.

\*\*\*

Henry la llevó hasta su casa. Durante el camino no decía nada... esperaba que ella hablara, y así lo hizo tras minutos de gélido silencio.

—Henry, me siento tan traicionada... ¿Qué piensas de esto? Archie no es tu hijo; sé que puedes ver las cosas desde otro prisma; dime con sinceridad tu opinión.

Desde el momento en el que ella había visto cómo le colocaban las esposas, había dejado de amarle. Él se había despedido con un “te quiero”, pero ella no le había contestado. ¿Era ese el hombre al que había amado durante años? ¿Qué parte de su vida se había perdido? ¿Cómo no se había dado cuenta? Siempre supo de su adicción al póker, de sus deudas por zanjar, pero no le daba importancia; era una forma de pasar el tiempo. ¿Quién era realmente Archie Ashford? ¿Un personaje producto de su imaginación?

—Andrea, él no ha sido sincero ni siquiera con sus propios padres. No sabemos realmente la envergadura del delito; yo estuve el día que le enjuiciaron, y sólo sé que la juez, cuando tuvo que dictar sentencia, hablaba de cosas muy graves. Pero él siempre ha defendido su inocencia. El hecho de que le gusten las niñas no significa que vaya a abusar de ellas, pero sí que hay algo retorcido en él. Si yo tuviera una hija menor, no permitiría que estuviera cerca de él. Él, como todos los delincuentes, nunca reconocerá su culpa, nunca admitirá que tiene un problema. No quiere ver las cosas de esa forma.

—Dios, Henry, hablas de alguien que no conozco... —dijo Andrea mientras rompía a llorar.

—Hablo como si fueras mi hija, Andrea. Aunque sea inocente, su

expediente está marcado. Puede que nunca agreda a nadie, pero eso no te da garantías para fundar con él una familia. Tú eres guapa, independiente, con muchas aptitudes. Encontrarás el hombre que mereces, del que no tengas que estar preguntándote que hará cuando te descuides... tienes mi ayuda para lo que quieras; si necesitas contactar conmigo, hazlo, pero a la vez debes esquivar a Molly. Contacta con mi hermana; este es su teléfono y domicilio. Ella me dará el aviso y yo haré lo posible para favorecerte en todo lo que pueda.

—Henry, eres genial. Muchas gracias por tu sinceridad, tus mensajes van a marcar mi destino de forma positiva —contestó Andrea entre lloros.

Ambos se abrazaron con fuerza, como si supieran que no se iban a volver a ver.

## Desengaño

Llegó a casa de Norma llorando desconsoladamente. Estaba temblando, su prima preparó una taza de té y trató de calmarla.

—¿Qué te han hecho, Andrea? ¿Es por Archie?

Norma no tenía ni un pequeño atisbo de idea de lo que había sucedido; no sabía qué decirle. Su prima no dejaba de blasfemar y decir que tenía que largarse lejos.

—Pero si no hace ni dos meses que estás aquí. La casa está quedando preciosa, no te rindas. La ciudad es inmensa; no tienes por qué mezclarte con los asuntos de él.

—Norma, ¿por qué no os quedáis tú y Dylan con la casa de Chelsea?

—No entiendo, ¿qué quieres hacer tú entonces?

—Irme, lejos, donde no me encuentre, donde pueda empezar una nueva vida sin pistas de mi pasado.

Norma se levantó hacia la cocina, donde guardaba los medicamentos

—Venga, vete a dormir, y tómate este calmante. Yo me tomaré otro, y mañana decidiremos qué hacer.

—Medita con Dylan la posibilidad de vivir en Chelsea... —le insistió Andrea.

—No, Andrea, es tu casa. Dylan y yo tenemos ya la nuestra. De todas formas, mañana veremos las cosas con más claridad.

—Esta tarde ha llamado una señora preguntando por ti. Se ha presentado como la detective Tracy Grey; me ha dado su número de teléfono —intervino Dylan.

—¿Una detective? —preguntó Norma, extrañada.

\*\*\*

Andrea pasó dos días en la cama; la oscuridad era su aliada para subsistir. No tenía siquiera fuerzas para pensar qué hacer, ni siquiera se esforzaba en pensar.

Por fin, un día recuperó el apetito. Era sábado y Dylan había salido al mercado a comprar pan y bollería fresca. Desayunó con recelo; llevaba muchos días sin comer bien.

Tras tomar un baño y decidirse a cambiar las sábanas, su prima se acercó y le preguntó:

—¿Has decidido qué vas a hacer? Aquí tienes el teléfono de la detective, ¿por qué no la llamas? Te vendría bien una explicación objetiva...

—¿Objetiva? No, no me hagas reír. No creo en Archie, pero tampoco creo en la policía metropolitana. Sus padres me dijeron que la primera vez que se lo llevaron arrestado fueron expresamente a la empresa de Archie. ¿Qué clase de humillación es ésa? ¿Por qué tienen que tratar de esa forma a alguien que no deja de ser presunto culpable? ¿No sería mejor arrestarlo después del horario laboral, en su propia casa?

—Andrea, no he podido evitar acordarme de lo que vivimos tú y yo en nuestra infancia. Nunca hemos hablado de ello. Sé que durante estos días ha venido a tu mente. Fuiste valiente, enfrentándote a nuestros padres y tíos. La verdad es que desde entonces todo los Joseph que conozco me caen mal.

—Sí, a mí también me ha venido a la mente la cara de ese cabrón. Me alegré mucho al saber que había muerto de un infarto.

## Noche tormentosa

Al anoecer volvió a llover de forma copiosa. Esta vez fue una tormenta eléctrica ensordecedora, con vientos fuertes. Emma, ya metida en la cama, miraba pensativa a su madre.

—¿Qué te pasa, Emma? Estás muy reflexiva.

—Mamá, lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?

—Siento haber desenterrado tu pasado y las consecuencias que ello ha conllevado. Me siento mal, mamá.

—No, cariño, no importa; tenía que suceder. Era la única forma de que yo entendiera que debía sincerarme contigo. En el momento que lo comprendí, me di cuenta de que soltando ese lastre podía finalizar con muchas frustraciones, enfrentarme a mis miedos sola, sin tu padre.

Pasada la medianoche, Emma dormía plácidamente, sin molestarse lo más mínimo por los truenos y destellos de luz. Andrea permanecía pensativa, contemplando desde la ventana los abrumadores rayos eléctricos que iluminaban las vastas olas rompiéndose en las rocas. Tenía los somníferos sobre la mesilla, pero esta vez no deseaba tomarlos. Se colocó su ancho jersey de lana y bajó a hurtadillas al salón. Un dedo de buen whisky la ayudaría a adormecerse, y además desde allí las vistas hacia el mar eran más bonitas. Tras levantar y bajar repetidas veces el interruptor, entendió que en algún momento de la noche la tormenta había cortado la electricidad. Tomó una lámpara de aceite que había junto a la ventana próxima a la escalera, y la encendió. Mientras bajaba, los relámpagos guiaban sus pasos. En el instante que cruzó el salón dejó la lámpara sobre la mesa, y justo en ese momento un intenso relámpago iluminó la sala y vio la sombra de alguien tumbado en el sofá, que se incorporaba para recibirla. Sus ojos de búho eran espiados por otro. El cruce de miradas la aterrorizó, y se colocó la mano en el pecho, alegando un buen susto.

—Dios mío, por poco me matas del susto. ¿Desde cuándo estás aquí? ¿Quién te ha abierto?

—Tengo llaves.

—¿Y por qué estás aquí? ¿Por qué has venido a estas horas y te refugias en el sofá? —exclamó Andrea, irritada, con una respiración contenida por el susto.

—No hay una habitación libre, a no ser que tú me hagas un hueco en tu cama —dijo Archie con una sonrisa picarona.

—No, no te haría un hueco en mi cama aunque fuera de siete metros —dijo Andrea con la cabeza altiva.

—¿Por qué no empezamos saludándonos, cariño? —preguntó él.

—¿Por qué has venido?

—Bienvenida de nuevo a la familia, vieja esposa —dijo, mientras se levantaba y se acercaba a la consola a preparar dos whiskies sin siquiera preguntar si quería. Andrea estaba temblando, y no solo de frío; se aproximó a la chimenea, donde quedaban pequeñas ascuas, de cuando todos se habían reunido hacía unas horas.

Ambos se miraban inquisitivamente.

—Sigues igual de bonita que siempre, con tus largas y perfectas piernas, tu largo y voluminoso cabello. Prácticamente no has cambiado nada. El clima español te ha sentado bien —le dijo mientras le entregaba su bebida.

Andrea tenía el cuerpo encogido del frío y tomó su whisky de un sorbo.

—Estás temblando, déjame encender la lumbre —dijo cariñosamente mientras frotaba sus brazos.

Ella se alejó, andando de espaldas sin perderle de vista.

—Archie, está mañana he sido sincera con Emma. Lo sabe todo, así que si pretendes quedarte en Saltdean no esperes que te reciba con honores.

Archie contestó orgulloso.

—Emma, qué encanto de chiquilla... conozco a nuestra hija de tan sólo unas horas, pero sé que ella será lo suficientemente madura como para escuchar mi versión. Además, nos debes años; nos hemos perdido tantas cosas... quiero ver fotos tuyas de pequeña, videos domésticos... no sabes el malestar que me da haberme perdido estos diecinueve añitos.

Andrea no soportaba su tono irónico y orgulloso, y explotó.

—Archie, jodiste tu vida entera y la de los que te rodeaban. Lo que hice lo hice para proteger los intereses de mi hija. ¿Qué me dices de las consecuencias de que llevara tu mal reputado apellido?... no quiero pensar en el infierno que le evité. Ha tenido un padre que ha sabido estar a la altura de las circunstancias, y si no lo hubiese tenido, conmigo hubiera tenido suficiente.

Hablaba subiendo el volumen cada vez más. Su rostro se estaba

enrojeciendo del enfado.

Archie no tenía argumentos. No lo quería admitir, pero ella tenía razón, por lo que se concentró en que los periódicos en llama contagiaran de fuego a la leña, ya la le una vez conseguido se alejó de la lumbre.

—Es una niña encantadora. Se parece mucho a mí, tiene mis ojos, mis labios carnosos y mis hoyuelos, la misma forma de cejas... —dijo acercándose a la ventana y dándole la espalda.

Entonces Andrea se acercó más calmada a la lumbre.

—Bueno, mira el lado positivo; os habéis conocido en el mejor momento. La mayoría de edad era un factor importante. Sé que en el fondo apruebas mis decisiones. Tú fuiste el primero que me empujó a alejarme de ti. ¿O acaso no recuerdas la nota que escribiste?

—Sí, es cierto, Andrea. Pero fuiste demasiado radical; podría haber habido otra manera de hacer las cosas. Quizás me debías de haber comunicado dónde estabas. Nunca debiste de haberme ocultado tu embarazo. Yo me hubiera trasladado a Barcelona una vez finalizada la condicional.

—¿Por qué hablas así? Es muy sencillo ahora, después de casi veinte años, hilvanar un plan. Las cosas no son tan de color de rosa como tu las pintas. Mi elección fue la más difícil, pero era la mejor para el porvenir de Emma.

—¿Sabes que nunca me volví a casar? Siempre has estado en mi cabeza. ¿Fuiste capaz de querer a tu marido?

—Archie, no hagas preguntas de las que puedas temer la respuesta.

—¿Tanto como a mí?

—Archie, por favor, deja de provocarme. Ya que has querido venir aquí, trata de ser un poco más conciliador. Estaremos hasta mañana después del almuerzo. Delante de tu familia y de mi hija, deberíamos de tener un trato cordial. A estas alturas, los reproches no sirven de nada.

Andrea zanjó la conversación dándole las buenas noches y se dirigió a su habitación con la lámpara de aceite. Cerró la puerta y pasó el pestillo. Entró directa al baño de su dormitorio y se cobijó en una esquina, sentada en el suelo, próximo al retrete. Sentía leves náuseas; se arrodilló y agachó la cabeza mientras apartaba su larga melena inclinando su cuerpo sobre el inodoro. Su vómito con olor a alcohol acentuó mucho más las náuseas. Así respondía su cuerpo tras tanto estrés emocional.

Mientras tanto, Emma seguía durmiendo profundamente, ajena a todo.

## Despertar con la verdad

Andrea amaneció con la luz del sol atravesando la ventana. Miró a su lado; su hija no estaba. Se levantó enérgicamente mientras la llamaba; fue a comprobar si estaba en el baño. Salió de su habitación en busca de otros habitantes del hogar. Sigilosamente, con los pies descalzos, anduvo hasta la cocina. Desde lejos escuchaba a Emma conversar con Archie. Se arrimó a la pared tratando de controlar su respiración mientras escuchaba a su hija hablar:

—Desde aquella noche en el restaurante ese tan original, estuve pensando en ti y en el secreto que te envolvía y que mi madre se negaba en revelarme. Imaginaba que mi padre era un espía secreto con licencia para matar, un antropólogo del Vaticano, un guardaespaldas que traicionó a la reina robándole algo valioso. Durante toda esta aventura recordaba cada película de acción que había visto en el cine; me iban dando una pista de quién podrías ser. Cuando mamá me lo contó todo, entendí muy bien su coraje de mantenerme alejada de ti. Ahora la heroína en mi vida es ella.

Andrea sonreía triunfante y orgullosa de su mujercita.

—¿Y qué imagen quieres tener de mi? ¿No prefieres conocerme y tomar tus propias conclusiones?

—Discúlpame si soy maleducada por llamar a las cosas como son. No puedo decir que eres un... eso... no me atrevo a decir esa palabra... ahora mismo, sólo deseo que las cosas vuelvan a ser como antes; de nada sirve remover el pasado.

—Pero, ¿no quieres conocerme un poco más? —preguntó Archie con cara triste.

—Por supuesto. Tengo un profe de periodismo que siempre dice que debemos escuchar siempre las dos versiones, y que la verdad está en el medio.

—Emma, me gustaría que tuvieras más información sobre la ley en Inglaterra. Provienes de un país joven, en el que hay pocas leyes y las pocas que existen no son lo suficientemente duras.

Hasta ese instante, Andrea no era consciente de que la ley en Inglaterra es muy severa con los criminales.

—Verás, Emma, hay un gran porcentaje de personas convictas. Hace unos

años tuvieron que condonar a algunos presos porque las cárceles estaban más llenas que los hospitales. Hay cierta manía persecutoria por los agresores sexuales; podríamos decir que no les dejan rehacer su vida, que les persiguen constantemente a pesar de que hayan pagado sus pecados. Sólo falta que marquen el cincel de sus casas.

—Algo así intuí ayer; de lo contrario mi madre nunca hubiera huido.

Archie no quiso victimizar su causa, así que le hablo de un compañero de trabajo.

—Yo he sido testigo de ver a la policía hacer lo mismo que a mí me hicieron. Se trataba de Eduard Foster, un chaval de unos treinta años. La policía lo arrestó en su lugar de trabajo, diciendo en voz alta que había descargado desde su ordenador pornografía infantil. Dos años más tarde, en otra empresa, mientras sacaba un café desde la máquina, alguien puso la mano sobre mi hombro. Era él, y ese mismo día empezaba a trabajar en la misma compañía que yo.

—Vaya, qué coincidencia —dijo Emma.

—Dos meses más tarde, el departamento de recursos humanos recibió una llamada del teniente que llevaba el caso de Foster. Simplemente les querían alertar de que este individuo tenía un interdicto con Internet. Ese mismo día, despidieron a Foster del trabajo.

—Por lo que cuentas, el objetivo de la policía era que este ex convicto dejara de dedicarse a la informática. Tan sencillo como cuando un médico o un abogado cometen una negligencia —recalcó la joven.

—Algo así. Pero yo no le perdí la pista y contacté con él para ofrecerle mi apoyo, además de que deseaba vivir de cerca el motivo de tanta extorsión. Eduard había pagado su pena con cárcel, trataba de rehacer su vida, pero la policía metropolitana no le perdía el ojo.

—Mamá y Henry me dijeron que hay un historial disponible para cualquier ciudadano en el que se puede comprobar si en su barrio hay algún agresor sexual. También me dijeron que una vez al año visitan al ex presidiario y comprueban con quién vive, etc.

—La peor parte, Emma, es que durante la condicional, alrededor de unos dos años, deben respetar un decreto del código civil llamado SOPO; son siglas que significan Sexual Offences Prevention Order. Es una sentencia que se otorga al convicto en libertad condicional y contiene prohibiciones de hacer cualquier cosa estipulada, como tener contacto con un menor de dieciocho años sin supervisión o no estar presente en ciertos lugares como escuelas o

parques infantiles. Cualquier prohibición debe ser justificada en relación al riesgo que pueda causar el individuo y debe ser controlado eficazmente. Cualquier ruptura de las prohibiciones conlleva una pena de prisión de máximo cinco años. Al sujeto se le da una hoja detallando los requerimientos que debe cumplir y la duración de éste.

Según el SOPO, Eduard no podía tener un teléfono con acceso a Internet, y además tenía prohibido compartir archivos. Este caso era bastante ambiguo. Su SOPO databa de hacía un año y habían ciertos vacíos legales relacionados con la evolución de la informática y las telecomunicaciones. En el momento de la sentencia, se indicó que compartir archivos era utilizar cualquier página de descarga de música, películas o cualquier documento pirateado. Ahora los mismos profesionales que dictaron aquel SOPO objetaban que todo lo relacionado con Skype, msn, Facebook, etc., era una vía en la que compartir archivos, así que Eduard no solamente podía acabar de nuevo en prisión sino que no podía ejercer su profesión de informático.

—Entiendo. Foster vivió la transición de los móviles normales al smartphone. En el pasado, podían reprimirle del uso de Internet en un móvil, podía elegir móvil con acceso a Internet o sin, pero de repente dejó de existir esa opción. Ahora mismo, compartir archivos puede ser incluso usar *whatsapp*. Menuda incongruencia.

Andrea seguía espiando cinco pasos más allá de la puerta. No obstante, estaba decidida a entrar en la cocina, ser empática con Archie y contemplar el diálogo entre ambos, e incluso participar en la charla. Justo en el momento que se acercaba a la cocina, Molly la saludó desde la escalera.

—Buenos días, Andrea. ¿Te dejaron dormir los truenos y relámpagos?

Andrea se sintió intimidada. Estaba a dos pasos de entrar a la cocina, pero Molly la había pillado con los dedos en el bote de la mermelada.

—Buenos días, Molly. La verdad es que no he dormido muy bien —dijo mientras ambas entraban a la cocina.

—Buenos días, hijo. Vi tu coche aparcado esta mañana cuando me asomé por la ventana. ¿Dormiste en el salón? Tenías que haberme avisado y te hubiera preparado la habitación de invitados. Emma y Andrea decidieron dormir juntas.

—No te preocupes, mamá. Vuestro sofá es comodísimo, de todas formas con la tormenta que cayó anoche era difícil dormir.

Era el momento de Andrea de saludar. No quería dar a entender que ayer ya se había tropezado con él.

—Buenos días, Archie; buenos días, Emma.

A continuación besó las mejillas de su hija, como minutos antes lo había hecho Molly con su hijo y nieta.

—Wow, por fin los dos juntos —dijo Emma, asombrada.

Andrea se sintió incomoda frente a la naturalidad de su hija. Pero entendía que era la primera vez que su madre y su padre biológico se encontraban.

—Poneos juntos; os sacaré una foto con el Iphone.

Ambos colaboraron posando para la foto. A continuación Emma solicitó a Molly que tomara una foto a los tres. Andrea sabía perfectamente que la única intrusa en esa casa era ella. No podía ser descortés con Archie delante de su familia. Por otro lado confiaba en su hija; seguro que sería lo suficientemente madura para decidir qué pasos tomar.

—Bueno preciosas damas, ¿qué planes tenéis hoy? —preguntó Archie.

—Tomaremos el autobús e iremos a Londres. Pasaremos unos días en casa de mi prima, hace mucho que no la vemos —respondió Andrea.

—¿Por qué no venís conmigo? Yo también vuelvo a Londres esta misma tarde.

—Gracias, Archie, pero Emma y yo necesitamos pasar un tiempo las dos solas.

Emma permaneció en silencio; estaba de acuerdo con su madre y ésta satisfecha de no ser contradicha. Empezaba a sentir por su madre algo especial que nunca antes había sentido. Era una superviviente; tenía gran curiosidad por saber cómo había llegado donde estaba. Durante años la había calificado como una mujer fría con suerte, dinero, estatus, que la vida le había sonreído y que no era agradecida con su humilde pasado de chica irlandesa. Ahora dejaba de frivolar sobre ella y deseaba conocer más; eso les haría estar más unidas, algo vital desde la ausencia de Ignasi.

Se alegraba de haber removido el pasado. Sentía que tenía todo el derecho del mundo de saberlo. Le seguía cayendo bien Archie, sobre todo porque no le juzgaba. Pensaba que sería recomendable no verle mucho, evitar que se encariñasen, aunque si deseaba mantener una prospera relación con Henry y Molly ambas elecciones serían incompatibles. Necesitaría tiempo para tomar una decisión firme. Trataría de ser prudente. Recordaba lo que su madre le había dicho la pasada noche, que no hay que guiarse por las fachadas.

\*\*\*

Henry las acompañó hasta la estación de autobuses de Brighton. Afortunadamente el autobús iba vacío y Andrea le pudo relatar la otra fracción de su historia, desde que llegó a Barcelona hasta su boda con Ignasi.

Un silencio se posó entre ambas. Emma estaba satisfecha; ya no le quedaban lagunas en la biografía de su madre. La miraba con ojos de admiración y comprensión. Andrea estaba aliviada; albergaba un nudo de emociones mezclado con un poco de sequedad en su garganta, de tanto hablar. Acababan de llegar a Londres. Norma las esperaba en Victoria Station.

Emma llevaba la cesta donde transportaba a Ramsés y la maleta pequeña, y su madre cargaba las otras dos. Estaban ansiosas por llegar a la envolvente y preciosa casa del barrio de Kensington, y que generosamente tenía como albacea a Norma y Dylan, otro irlandés afincado en Londres, propietario de una de esas cervecerías irlandesas franquiciadas llamadas O'Neils. Norma decía que Dylan le era infiel con Pub; así solía personalizar el negocio de él, que le robaba muchas horas de trabajo.

Norma y Dylan habían sido novios durante muchos años. Eran dos hippies fanáticos de los Beatles. De hecho, Dylan guardaba un asombroso parecido con George Harrison. Quizás ayudaba el hecho de que se había dejado bigote, barba o cabello largo, a medida que el guitarrista lo había hecho. Nunca se habían casado —pensaban que esa era la clave para una ser pareja tan feliz y unida—. No habían tenido hijos; desde siempre habían tenido clara esa opción.

Dylan conducía mientras las dos contemplaban el corazón de la mundialmente famosa Chelsea, el centro de Londres. Uno de los barrios más de moda de la capital, y buscado por turistas curiosos, con tranquilas calles, cerca de tiendas, restaurantes, cafés y galerías a lo largo de Fulham Road y de la conocida King's Road. Era un lugar fantástico para vivir (si te apasionaban las ciudades cosmopolitas). Tras el corto paseo hasta South Kensington, con sus museos, entre ellos el Victoria and Albert Museum —a menudo abreviado como V&A—, o el Museo Nacional de Arte y Diseño —considerado el más grande del mundo de artes decorativas—. O el Museo de las Ciencias y el Museo de Historia Natural. Pasando por el distrito de Knightsbridge, con los grandes almacenes, Harrods y Harvey Nichols, los autobuses van directos al corazón de Covent Garden. Ahí hay las estaciones de metro cercanas a Sloane Square, donde están las casas más caras de toda Europa y South Kensington,

lugar donde puedes llegar a pasear con facilidad y seguridad por algunos jardines de varios palacios de la Familia Real.

Dylan detuvo el coche frente a su hogar. Seguía igual de espectacular con su estilo victoriano. En la entrada, una habitación principal daba a un jardín privado para los residentes del bloque, en la quique, en e a un lado se veía la zona de juegos para niños. Las puertas eran de estilo francés. Las paredes de esa casa destilaban antigüedad; la chimenea del salón tenía unos doscientos años.

La pareja había mezclado el estilo de muebles modernos con algunos clásicos que habían restaurado, y que daban un toque de palacete contemporáneo. El jardín de invierno estaba amueblado con muebles de teca y tenían una pequeña barbacoa. La cocina había sido lo último en ser reformado, y estaba dotada de todos los electrodomésticos necesarios. La casa tenía cuatro dormitorios, dos con dos camas de dos metros y un baño en cada habitación, y dos habitaciones pequeñas.

Emma valoraba ahora por qué su madre había rechazado vivir en esa casa. Ningún tipo de lujo en el mundo le hubiera colmado de felicidad, si la integridad de su hija estaba en peligro. Eso significaba que su madre no había sido avariciosa, que había sabido elegir. Provenía de una familia pobre, estaba acostumbrada a ser pobre... con el tiempo el destino le había brindado lujosos regalos, algunos cosechados por una exitosa carrera, otros por la fortuna de haberse casado con Ignasi, como el hogar en Barcelona en el distrito de Sarrià, que Emma sentía que era el único hogar de las dos.

## Confesiones

Norma preparó un delicioso cordero lechal acompañado de un vino australiano riquísimo, y de postre un delicioso casero pastel de manzana. Al finalizar Emma pidió permiso para instalarse en su habitación, y organizar su armario. Las primas estaban deseosas de ponerse al día. La anfitriona había preparado la mesa en el jardín de invierno para tomar un té con unos licores digestivos, después de esa copiosa cena de bienvenida.

—Por el amor de Dios, ¡cómo se las ha arreglado tu hija! Te juro que nunca se me pasó por la cabeza que Emma indagara tanto y que fuera tan audaz.

—Tampoco yo sé cómo no caí en la cuenta, Norma. Nunca pensé que habría alguna pista suelta para que ella sintiera curiosidad por algo de mi pasado. Fui así de tonta.

Me he dado cuenta de que mi hija no me conocía. Hasta hoy, tenía una percepción de su madre muy irreal; ahora sabe que no soy la esnob reservada, adicta a la estética y a la moda. Conocía a Diana March, pero no a la mujer que se esconde dentro. Ha sido bello hablarle de mi pasado; quizás ahora no me vea como la madre perfecta, pero me ve más humana.

—Estoy contenta por vosotras. Ahora estaréis más unidas, y tú has soltado un buen lastre. ¿Y qué opina de Archie Ashford?

—Está satisfecha de haberle conocido y no le quiere juzgar. Ahora mismo no puedo interferir, Norma; debe ser ella la que decida si desea mantener una relación con los...

¿Qué le has contado?—preguntó intrigada Norma—. ¿Y tú, Andrea? ¿Quieres retomar los lazos establecidos hace años?

Emma escuchaba desde el borde de la puerta. Las O’Keeffe estaban convirtiéndose en profesionales en escuchar conversaciones ajenas. Se sentía mal; ahora valoraba mucho más la imparcialidad de su madre.

—No me queda remedio de momento, pero para serte sincera me cuesta horrores. Me lo encontré inesperadamente, por la noche, durante una tormenta eléctrica. No podía dormir y bajé al salón; me dio un susto de muerte. Estuvimos hablando durante unos minutos. Entre el susto, el miedo y un poco

de whisky que tomé para entrar en calor me empecé a sentir enferma. Fui al baño y tras un rato de malestar y angustia, vomité

—Así que te provocó estupor...

—Puede ser, Norma. Quizás fue el estrés emocional. Fue como ver un fantasma. La verdad es que sigue tan atractivo y seductor como siempre, pero detesto lo que hizo. Es repugnante, Norma, y es muy difícil no sentir algo. Es el padre de mi hija...

—Emma no es tonta. Sabrá encasillar a su padre biológico, dale tiempo... bueno, términame de contar por qué te quieres quedar unos días por aquí... —dijo Norma.

—Tengo un nuevo proyecto. Voy a lanzar una línea de zapatos; se llamará By Di. Quiero abrir una tienda en el centro de Londres; fue mi gran sueño reprimido. Es lo bueno de dejarle de ocultar cosas a Emma y que sea mayor de edad. Por fin puedo establecer parte de mi empresa aquí. He contactado con un edificio que alquila despachos por días. De momento estaré a caballo entre Barcelona y Londres.

## Otro sobresalto

Pocos meses antes del accidente de Ignasi, Andrea había iniciado un curso de diseño de moda, enfocado a zapatos y ropa interior. Los zapatos eran su mayor debilidad. Tras finalizar el curso, había estado durante meses esbozando diseños que tenía en mente. Sandalias, botines, zapatos de tacón... todos exclusivamente para cócteles y fiesta.

Ignasi no quedó sorprendido por el talento de su esposa. Es más, fue él quien no dejaba de insistir en que dejara de centrarse en las pamelas y tocados.

—Déjame ver tus bocetos —decía siempre, impaciente.

—No, no quiero, no son perfectos. Son ideas que me vienen a la cabeza; creo que no son nada que no se venda ya.

—Andrea, ¿por qué te valoras tan poco? No necesito ser chica para comprobar que son unos diseños super sexys.

—Bueno, pero soy un poco novata en esto... esta vez no sé si sería capaz, ya no soy aquella veinteañera soñadora.

Ignasi no entendía la falta de seguridad de su mujer. Después de haber conseguido tanta popularidad, ahora se ahogaba en un vaso de agua. Pero para eso estaba él.

Dos días después apareció por sorpresa en su estudio del Ensanche con un periódico especializado en calzado.

—¿Sabes que uno de cada cuatro zapatos europeos son españoles? —dijo nada más entrar en el despacho de Andrea—. Mira esto —y le dejó la revista sobre su mesa.

*Los 'Zapatos de España' gozan actualmente de un enorme prestigio en países como Italia, país de referencia en el sector del calzado, e incluso en ciudades asiáticas de vanguardia como Hong Kong. De hecho, se venden en más de 140 países de todo el mundo.*

—Esta revista pertenece a la Federación de Industrias del Calzado Español —dijo Ignasi—. Alicante está lleno de fabricantes de calzado. Nos tomaremos unos días libres en el trabajo e iremos a visitarles.

Andrea miraba a Ignasi con ojos de admiración. Él siempre convertía lo complicado en sencillo y, si no funcionaba, aun así tenía otro plan. Y si éste también fallaba, tendría otro plan... era insaciable.

—Sabes que odio reconocerlo, pero tienes razón. La parte más complicada está ya hecha; tengo público y nombre, así que iremos adelante con ello.

El proyecto estaba a punto. Sin embargo, había quedado congelado en una carpeta del escritorio de su ordenador.

Acababa de alquilar una pequeña oficina en Saint Paul's.

—Oficina 36 en la planta 8ª, y aquí tiene la clave del wifi —le dijeron en recepción.

Era un despacho pequeño pero con mucha luz, con dos grandes escritorios. Necesitaba unas oficinas para citarse con un par de contactos, implicadas en sus proyectos. Por eso, ese mismo día había reservado una sala de reuniones para llevar a cabo una videoconferencia con su fábrica de zapatos de Elche.

A mediodía, estaba hambrienta y con cierta impaciencia. Su proyecto pedía tiempo, tenía a demasiada gente subcontratada que no parecía comunicarse bien. Así que, cansada de que hablando a veces no se entienda la gente, desconectó el teléfono y se fue a comer.

Absorta en sus asuntos laborales, viajaba en el ascensor como si estuviera realizando un viaje cósmico por algún satélite no descubierto, y al abrirse la puerta, salió por inercia como si sus botas llevarán las riendas de aquel camino cósmico, como cuando conduces y no sabes ni siquiera a dónde vas, y de repente paras el coche y piensas: ¿cómo demonios he llegado hasta aquí? Momentos en los que viajas por tus pensamientos y olvidas que existe más gente en el mundo, instantes en los que si alguien te susurra al oído o te toca un hombro, puede que te asustes antes de tomar tierra. Para su asombro, saliendo del ascensor, tropezaba:

—Ah! —gritó mientras su cuerpo se sobresaltaba.

—¡Por Dios, Archie, qué susto me has dado!

—Te pido disculpas, Andrea —dijo Archie mientras la tomaba por los brazos para calmarla.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Andrea.

—De la misma forma que descubrí que eras Diana March.

—Tu madre, ¿verdad?

—Pues claro, Andrea, sabes que Molly lo larga todo.

—Sí, no ha cambiado nada... Voy a comer, ¿te vienes?

—Sí, venía a invitarte.

—¿No me dirás que trabajamos en la misma manzana? ¡No puede ser!

—No muy lejos; trabajo cerca del Canary Warf, pero hoy decidí hacer solo media jornada.

Andrea estaba más calmada, más fuerte, e incluso, dejaba de ver a Archie como un enemigo. Contemplaba su aspecto; seguía siendo el hombre tan elegante y varonil del que se enamoró. Vestía un traje chaqueta color negro, corbata roja, pañuelo rojo en la solapa de la chaqueta y un largo y fino paraguas color rojo que utilizaba como cayado. Sus labios hablaron en voz alta; no analizó sus pensamientos.

—Archie, vas muy elegante, me dan ganas de tomarte del brazo como acompañante.

—Por favor, bella dama —dijo Archie con su sonrisa seductora, torciendo el cuello y mostrando su antebrazo.

Parecía que habían enterrado el hacha de guerra; normalmente si él era agradable, ella difícilmente sacaba las uñas:

—Esto es muy raro Archie. Hace dos días en Saltdean ni siquiera nos despedimos y ahora te tomo el brazo para dar un paseo y me invitas a comer.

—Bueno, simplemente te sentiste atacada y te defendiste. Fue un error por mi parte plantarme en casa de mi madre en plena noche de tormenta, sin avisar. Me siento mal; te di un susto de muerte; no era esa la forma en la que quería reencontrarme contigo. Por eso he venido a verte, y esta vez tampoco pretendía darte un susto. Lo prometo, fue casualidad —dijo Archie conteniendo la risa.

—Tú y yo siempre nos hemos desenfadado con facilidad. Tenemos un buen carácter. Andrea recordó en ese instante las veces que en el pasado se habían ido a la cama furiosos. Dormían uno en cada extremo, pero el extremo el sueño les hacía olvidar el mal humor, y siempre de madrugada buscaban sus cuerpos y despertaban besándose sin reproches, ni malas pulgas.

Mientras andaban entre las calles del parque, Andrea se daba cuenta de que su relación con Archie era como la relación que tenía con sus viejas amigas, aquellas que había conocido en la guardería. No se veían en años y, cuando se encontraban, era como si el tiempo no hubiera pasado. Se trataban con la misma familiaridad como si se hubieran visto el día anterior, aunque al despedirse se ponían verdes porque eran completamente diferentes; sólo las unía el peso del tiempo. Supuso que era buen comienzo...

—Te quise llamar, pero pensé que sería mucho más fácil hablar contigo en persona. Me gustaría ver fotos de Emma, videos domésticos. Quiero ver a esa niña dando sus primeros pasos, montando en bicicleta, aprendiendo a nadar. ¿Ha hecho la comunión? Es católica, ¿no? Me quedo dormido pensando en ella; sueño que es un bebé y la tengo en mis brazos. La llevo al colegio, juego con ella en la playa. Perdona si queda un poco cursi, pero ya que me he perdido esos momentos, pues trato de colmarlos en mis sueños.

—No, no es cursi en absoluto —dijo Andrea.

—Emma está preparando los exámenes. Me gustaría que no la entretuvieras mucho; no te puedo prohibir que la veas, pero no quiero que todo este suceso merme en sus calificaciones. Además, ahora es ella la que debe elegir de qué forma te quiere en su vida; yo solo debo aceptar su decisión.

—¿Y tú, Andrea? ¿Qué relación quieres conmigo? —dijo Archie mientras posaba su mano sobre la de ella.

—De momento, una relación diplomática, cordial, sin reproches. Creo que es lo más lógico.

## ¡Qué idea!

Emma empezaba a perder la capacidad de concentración al estudiar. El cambio de hábitat no era demasiado propicio; empezaba a plantearse volver a Barcelona, echaba de menos quedar en la biblioteca con sus amigas y desarrollar juntas distintos puntos objetivos de las asignaturas. No quería perder la motivación...

Mientras divagaba en sus pensamientos, recibió un mail del foro universitario; tenía que entregar un extenso trabajo para una de las asignaturas con más créditos.

De: xarxauniversitaria@uic.cat  
Para: barcelo-emma@hotmail.es  
Cc:  
Asunto: Periodismo y derechos humanos

Abrió el adjunto:

*Periodismo y derechos humanos*

*La defensa de los Derechos Humanos es una de las tareas primordiales del periodismo y los periodistas no podrían ejercer su labor si sus propios derechos humanos fuesen vulnerados. Sin embargo en algunos países europeos no resulta una prioridad.*

*En esta tutoría, deberás buscar ciertos vacíos legales del derecho donde se pueda cuestionar*

*la lucha por la libertad de expresión, de palabra y de imagen.*

*La [política de derechos humanos](#) de la UE abarca los derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales. Además, tiene por objeto fomentar los derechos de las mujeres, los niños y las personas pertenecientes a grupos minoritarios, así como los derechos de quienes se han visto obligados a abandonar sus hogares.*

*Defiende una situación que no se encuentre a favor de la democracia y los derechos humanos. Pedimos un trabajo de información en circunstancias que en la mayoría de los casos son hostiles, y que suponen una aportación de cambio positivo para el desarrollo de la democracia y los derechos humanos.*

*Como idea, entre los temas más destacados de otros años (en los que nos centramos en el derecho internacional) se encuentran los microcréditos, la violación correctiva, la doble vida de los homosexuales africanos, la proporción de sexos en la India, la trata de niños, la brujería, la mutilación genital femenina, la esclavitud, etc.*

*No obstante, en esta práctica nos centraremos en vacíos ?s en vaciales de los derechos humanos en los países europeos.*

La joven entendió entonces cuál era su designio en Londres.

\*\*\*

Emma asomaba sentada por la escalera junto a Ramsés; su madre acababa de llegar. Parecía cansada pero deseosa de conversar con Emma y disfrutar de esa nueva relación reforzada entre madre e hija.

—Mamá, ¿qué tal tu primer día de trabajo por Londres? —preguntó Emma mientras contemplaba a su madre cómo se quitaba el abrigo, los guantes, la boina y se descalzaba tomando los tacones en la mano. Se acercó y se sentó en la repisa de las escaleras con su pequeña y el gato de éstas restregándose entre sus tupidas medias.

—Un desastre, hija, no ha salido nada bien. ¿Sabes de lo que me he acordado? De cuando hace casi veinte años busqué un local para abrir Riverson en Barcelona. En aquel tiempo, iniciar algo era difícil, y mucho más en otra ciudad, con otro idioma... y ahora, que la tecnología ha progresado tanto... siento que no avanzo...

—Bueno, veo que no tuviste un buen día; quizás quieres correr demasiado. No eches las culpas a la tecnología —dijo Emma.

—Por cierto, como guinda del pastel, ¿sabes quién me dio un susto de muerte a mediodía cuando salía del ascensor de las oficinas?

—No, mami, sorpréndeme.

—Archie.

—¡En serio! ¿Cómo pudo saber dónde trabajas?

—Tu abuela se lo chivó; es muy cotilla, se lo cuentan todo.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—Me invitó a comer; me dijo que le gustaría verte más a menudo... le dije que estás de exámenes, que no te estorbara mucho.

—Mamá, quería hablar sobre este asunto. ¿Puedo quedar con Archie?

—¿Por qué quieres verle, hija?

—Es algo complejo, tengo que hablar con él, pero antes de nada quiero que tú y yo forjemos un plan secreto.

—¿Un plan secreto?

—Sí, tenemos que hablar seriamente de qué vamos a hacer con nuestro futuro, de qué es lo que nos motiva a estar en esta ciudad, qué perseguimos. ¿Cuánto tiempo nos quedaremos hasta conseguirlo? Y sobre todo, debemos analizar qué es lo mejor para nosotras sin importarnos los daños colaterales que ello pueda causar. Tenemos que ser un equipo indivisible, estar más unidas que nunca y, sobre todo, navegar en la misma dirección.

Mientras Emma hablaba, conducía a su madre hacia el salón, donde cerraron la puerta y se reunieron en privado.

Andrea intuía que Emma deseaba que se cumpliera el aclamado cuento de príncipes y princesas con final feliz, en el que el papá y la mamá se vuelven a amar como la primera vez. En el que el padre biológico pasa no sólo a ser padre sino a llamarse papá.

No obstante, ambas salieron aliviadas por las conclusiones planteadas. Se sentían libres para ejecutar sus propósitos, nadie lo sabría hasta que no llegara el momento, e incluso Norma quedaría sorprendida de su plan secreto. Andrea estaba atónita. Emma tenía las ideas bien claras. Por fin sabía de qué lado estaba su hija.

## Primera fase del plan

La noche que habían cenado en Hatchend, Archie le había entregado a Emma una tarjeta de visita con sus señas; todavía la conservaba en el bolsillo de su chaqueta.

Emma, desde la oficina de su madre y con su beneplácito, telefoneó a su padre biológico.

—Hola Archie, soy Emma.

—Hola, hermosura, qué alegría oírte. ¿Qué tal llevas los exámenes?

—No muy bien. Verás, había pensado ir a verte, ¿puedo ir a tu casa mañana por la tarde? Mamá me llevará pero me gustaría que nos quedáramos los dos solos.

—Me parece estupendo, Emma. Ven cuando quieras, pero tu madre también puede quedarse, seguro que le gustará volver a la que un día fue su casa.

—Sí, no sé si querrá o no, pero soy yo la que quiere estar a solas contigo. Necesito que me ayudes.

—¿Que te ayude? Será un placer sentir que puedo ser de tu ayuda, Emma.

—Espero que sí, Archie.

Andrea, como acostumbraba, pidió prestado a la prima su coche y llevó a Emma a casa de Archie. Cuando casi se aproximaba a Watford Road, todos los recuerdos llegaron a su mente con la rapidez de un tsunami. Todo permanecía igual, como si el tiempo no hubiera transcurrido.

—Mamá: ¿que sientes cuando le ves? —dijo Emma pretendiendo romper el gran silencio.

Andrea se sobresaltó; estaba concentrada en los recuerdos que le minfundían las calles que atravesaban...

—Pues sólo le he visto dos veces en esta nueva etapa y... lamento decir que creo que todavía nos une un vínculo de amor-odio.

—¿Te gustaba vivir en este barrio?

—Sí, es un barrio muy tranquilo. Sabes, una noche, se fue la luz durante varias horas. Por suerte Archie y yo acabábamos de limpiar los platos de la cena. Estuvimos desde las ocho de la tarde hasta las cinco de la mañana sin

luz. Y fueron las horas más felices que recuerdo de esa época...

Llegaron a casa de Archie, el cual las estaba esperando ansioso en el umbral, con un grueso jersey gris de anchas mangas y una barba de dos días.

—Venga, chicas, entrad; hace frío y tengo la calefacción encendida.

—Mamá me estaba contando aquella vez que se fue la luz en todo el barrio. Dice que fueron las horas más felices de esa época. Seguid contándome. Ambos quedaron en silencio; fue Archie quién prosiguió con la anécdota mientras preparaba el te:

—Verás, no hicimos nada especial. Ni siquiera hicimos el amor, si es lo que te imaginas.

Esa frase provocó en su madre una leve vergüenza, y se le escapó una risa nerviosa.

—Solo compartimos silencio, abrazos... estuvimos en el sofá escuchando la radio, averiguando el motivo por el que se había ido la luz, y nos sentimos como si estuviéramos en los años 20, donde no había televisión ni electricidad. Fue un silencio compartido; escuchamos en el sofá el silencio de fuera durante un buen rato. Como la luz no volvía, decidimos salir a pasear por la calle, que estaba iluminada por una preciosa luna llena. Todo el vecindario había decidido hacer lo mismo, y las calles estaban repletas de familias, mayormente parejas. Nos fuimos a la cama alrededor de las once y media, y sobre las cinco de la madrugada la luz del dormitorio se encendió y nos despertó forzosamente. Apagué la luz y proseguí a dormir, abrazado a tu madre.

Andrea recordaba la anécdota igual que él la había descrito. Sonrió sintiéndose halagada de ver que el tiempo no le había hecho borrar los recuerdos. Observó a su alrededor; la casa seguía prácticamente igual. Los muebles seguían siendo los mismos; el papel de la pared era diferente pero muy similar al anterior. Se podía deducir mucho de la situación económica de un viejo amigo cuando visitas su casa después de varios años. El sofá no era el mismo; había un sofá negro de cuero. Tampoco lo eran los cojines ni las cortinas. En las paredes colgaban los mismos cuadros de siempre, y aquel colmillo de elefante seguía posándose en el suelo al lado de la mesa del teléfono junto a la lámpara, aunque esta vez la lámpara era otra, mucho más moderna. Se apreciaba que nadie antes había puesto un toque femenino en esa casa. También observaba que Archie había sustituido anteriores muebles por algunos mucho más modernos, que no hacían juego con la casa, como si hubiera tratado de darle un cambio paulatino a su decoración pero con un

diminuto presupuesto.

—Gracias por el té, Archie, pero mejor os dejo solos. Tengo que ir a hacer algunos recados, vendrtifylos, vend en unas horas.

—Como quieras, Andrea; te acompañaré a la puerta.

Mientras sus padres se despedían, Emma paseaba y curioseaba cualquier detalle de la casa. Se moría de ganas de descubrir cada rincón de la casa donde su madre y Archie habían vivido, donde la policía les había invadido la intimidad una madrugada. Estiró la cabeza para fisgonear el dormitorio principal; donde quizás fue concebida, pensó.

Justo en ese momento, irrumpió Archie en la habitación.

—Bueno, preciosa, ¿qué puedo hacer por ti? —dijo mientras se dirigía a la cocina a preparar las tazas de té y unas galletitas para amenizar la charla. Archie intuyó que su hija planeaba una armonizada relación entre él y la madre de ésta. Intuía que la joven deseaba hacer todo lo posible para que empezasen a ser lo más parecido a una familia.

Emma se levantó y le persiguió diciéndole:

—¿Sabes que quiero ser periodista de investigación?

—Lo sé. Actúas como una periodista constantemente... si fuera tu profesor, te daba ya el diploma de periodista de investigación con matricula y te mandaba a hacer las practicas al Pentágono —dijo Archie orgulloso y en tono divertido.

Emma se sorprendió de la parrafada y contestó:

—¡Qué adulator eres, tío! Bueno, aún estoy en mi primer curso, y es muy precoz pensar en un proyecto de investigación, pero es importante que me empiece a implicar. Tengo que entregar una práctica, en una de las asignaturas más importantes: *Periodismo y derechos humanos*. Debo denunciar una situación que no se encuentre a favor de la democracia y los derechos humanos. Nos piden realizar trabajos de información en circunstancias que en la mayoría de los casos son hostiles, y que suponen una aportación de cambio positivo para el desarrollo de la democracia y los derechos humanos. Dijiste que las cárceles en Inglaterra están saturadas.

—No solo las cárceles están saturadas; hay un exceso de leyes en este país. Leyes obsoletas, leyes muy estúpidas y excesivamente penadas, por ejemplo; hay una ley incluso para recoger agua de un pozo que no tiene dueño.

—Sobre lo que me dijiste del SOPO... Este reglamento es totalmente improcedente a ojos de la [Carta de los Derechos Fundamentales de la UE](#), que forma parte integrante del Tratado de Lisboa, en la que quedan exentas Gran

Bretaña, la República Checa y Polonia. Esta sería la clave de mi investigación. ¿En qué otras cosas Gran Bretaña agrede en sus normas a los derechos humanos?

—Entiendo en qué te puedo ayudar. Durante estos años, me he estudiado muchas leyes. Me he documentado por necesidad, además de por interés. Ahora mismo te podría hacer una lista de muchas incongruencias de este país.

—Genial. Bueno, esta semana marcharé a Barcelona para hacer un examen. ¿Podríamos trabajar por mail?

—¡Sí, jefa! ¡A sus ordenes! —dijo Archie agitando su mano en la frente.

—¿Parezco una jefa?

—Un poco; no te lo tomes a mal; se te ve muy organizada con tu trabajo, sabes muy bien lo que quieres. Te prepararé un listado de “leyes disparate” de todas ellas; habrá alguna que te chirriará más que otra y a partir de ahí continuaremos trabajando.

—Genial, ¡presiento que vas a ser un buen clasificador!

—¿Clasificador? Vaya, a estas alturas de mi edad, becario... —dijo Archie sonriendo.

En ese instante recordó una petición que le había hecho a Andrea, la cual había estado jugando al despiste.

—Por cierto. Aprovechando que nos vamos a estar comunicando por correo y que vas a estar en Barcelona... Si no es mucho pedir, me gustaría que me mandaras fotos tuyas de cuando fuiste pequeña.

Emma fue ágil en responder. Pensó en la historia de Eduard y los ordenadores, en el pasado de Archie, en el recelo de su madre por protegerla. También ella se empezaba a volver paranoica con tanta ley inglesa.

—No, mejor te prepararé un álbum. Haré copias de algunas fotos y te las entregaré cuando regrese.

—Pensaba que te ibas a negar.

—¿Por qué me voy a negar? Eres mi padre biológico; veo muy natural que tengas curiosidad por saber cómo crecí.

\*\*\*

Andrea había prometido a Emma ir a recogerla en el tiempo que tardaba en hacerse una manicura en Wanda's. Sin embargo la muchacha había zanjado el diálogo en menos de quince minutos. Así que se fue andando hasta el salón de belleza de Green Lane.

Como siempre, la forma de Archie de despedirse había sido rimbombante y embriagadora.

—Es un placer haberte conocido. No pensaba que fuese capaz de hacer una cosa tan bella —había dicho mientras besaba su mano.

En el camino de vuelta a casa, Andrea se moría de curiosidad por saber qué había pasado en su ausencia.

—Cuéntame, pequeña periodista de investigación.

—Archie ha aceptado ayudarme. A cambio me ha pedido que le regale fotos de cuando era pequeña. Me ha parecido algo lógico. Sé que pensaba que me iba a negar, pero no heIr, pero visto ninguna anomalía en ello.

—Está bien, Emma. Archie tiene buen fondo. Es irrelevante pensar otra cosa, aunque parece una contradicción.

—Te entiendo, mamá. Estoy contenta de que me hayas mantenido en el anonimato. Y ahora, como padre biológico, merece una pequeña colección de fotos de mi infancia. Es lo menos que puedo hacer, ahora que me va a ayudar con mi trabajo.

—Genial, cariño. Por cierto, se me olvidó preguntarte: no te han hablado de tus primos, ¿verdad?

—Algo; son mayorcitos. Molly me enseñó fotos y me dijo sus nombres. ¿Les conociste?

—Sí. Archie y yo les apodábamos “mocos vivos”.

—¿Mocos vivos? ¿Por qué?

—Tenían un año y tres la última vez que les vi. Siempre llevaban los mocos colgando; sus padres no se molestaban demasiado en limpiarlos... ellos mismos se los comían o arrastraban sus bigotes en cualquier sofá, suelo o manga. Archie no jugaba demasiado con ellos; no les prestaba demasiada atención, más bien le molestaban.

—¿Crees que conoceré a los “mocos vivos”?

—Sí, por eso mismo te hablo de ellos. Henry me llamó justo cuando vine a hacerme la manicura. Quiere que pasemos un fin de semana con ellos en Saltdean; vendrán tus primos y tus tíos. No he aceptado la invitación todavía; dije que lo consultaría contigo.

—¡Estupendo, vayamos! Ahora ya no les caerán los mocos.

—Eh, calladita con el apodo, ni se te ocurra comentarlo... —dijo Andrea en tono amenazador.

## Susan y Andrew

Andrew era el hermano pequeño de Archie. Su mujer, Susan, era minusválida. Se habían conocido en un pub de Londres. Había sido amor a primera vista y, a pesar de que Andrew descubriera, al levantarse de la mesa, después de una larga tertulia, que Susan tenía espina bífida, no resultó barrera alguna para el romance.

Susan había nacido con una malformación congénita, que se caracterizaba por uno o varios arcos vertebrales posteriores no fusionados correctamente durante la gestación, de modo que la médula espinal quedaba sin protección ósea.

Era una chica pelirroja, muy inteligente en lo académico. Se había graduado en psicología en la universidad de Oxford, con unas notas excelentes. Había sabido utilizar muy bien su psicología para manipular a la gente de forma sutil y a cambio sacarle el mejor beneficio posible a su minusvalía.

Susan y Andrew se habían casado porque ella se había quedado embarazada justo pl cinco meses después de conocerse. Y siete meses después del nacimiento de Benjamin, Susan volvió a quedarse embarazada de Oliver.

En ese momento, Andrew tenía tres bebés. Susan, además de tener sus limitaciones, era una vaga muy acostumbrada a mandar utilizando un dulce y suave tono de voz. Andrew era un padre ejemplar, y un increíble marido. Había priorizado el amor frente a sus proyectos de abrir una escuela de inglés en Madrid o Barcelona, pero nunca se había lamentado de ello.

Andrew trabajaba como abogado y siempre andaba agotado. A diferencia de su hermano, era bastante desaliñado; vestía como si fuera un vagabundo, con pantalones que le quedan cortos y asomaban unos calcetines rosas con angelitos que debían de pertenecerle a Susan. Su hogar era un desastre.

\*\*\*

Ventajosamente para Andrea, Archie no apareció al encuentro en Saltdean

entre primos y antiguos cuñados. Fue un fin de semana relajante en que recordar viejos tiempos.

Los niños que había conocido siendo unos bebés tenían ya veinticuatro y veintiséis años. Ya no eran unos “mocos vivos”. Emma estaba muy ilusionada con la idea de tener dos primos mayores. Comprobó que Benjamin se parecía mucho a ella, que podían pasar por hermanos. Andrea lo supuso, ya que de pequeño parecía ser más hijo de Archie que de Andrew, mientras que Oliver era como el hermano de Susan, de complexión fuerte y cabello pelirrojo.

Susan fue muy amable con Andrea y Emma. Mantenía su estilo arrogante, seguía teniendo un cuerpo escuálido y su físico se había desmejorado, y continuaba tan testaruda como siempre, arrastrándose por el suelo y negándose a llevar muletas. Andrew estaba orgulloso de conocer a Emma. No dejaba de contemplarla y asombrarse del parecido que le tenía a su hermano. Después de comer, se llevó a los chicos y a Emma a dar un paseo a caballo por los acantilados que bordeaban la playa. En el último minuto, Molly se unió a ellos. Andrea decidió quedarse y acompañar a Susan, a pesar de que nunca había sido amable con ella. Sabía que a solas nunca la heriría, y además había estado amable durante el almuerzo.

—Andrea, sé que nunca fui simpática contigo.

—Me alegro de que lo reconozcas. Yo era débil y, en muchas ocasiones, tus desaires me dolían mucho.

—Sí. Te debo una explicación. Yo sabía muy bien cómo era mi cuñado. La segunda vez que nos conocimos, ya había pasado su primer período en la cárcel. Sabía que tenía una enfermedad. ¿Nunca te diste cuenta de la aversión que tenía por sus sobrinos?

—No, no me fijé. Bueno, sí me daba cuenta de que no les hacía demasiado caso.

—Pues la tuvo... pero no podía decirte nada; ellos también son mi familia. Andrew se hubiera molestado si me hubiera ido de la lengua. Además, tú estabas enamorada, te hubieras molestado. Tampoco tenía ganas de tomarte cariño, porque de alguna forma conocía el final de la historia, sabía que le dejarías... él siempre ha querido maquillar su vida, nunca ha tenido las pelotas de enfrentarse a sus problemas.

—Susan, tú eres la única que me puede hablar con sinceridad: dime, ¿cuál es la situación actual de Archie?

—Hace unos diez años, con el fenómeno de Internet, la policía se tomó la libertad de entrar en su casa y llevarse el ordenador. Querían comprobar si

seguía molestando a las niñas. De nuevo fue todo un disgusto para Molly, y a mi parecer el motivo que llevo a Walter a la tumba. En el ordenador no había nada de niños, solamente algunas fotos de mis hijos jugando en su cumpleaños o de vacaciones en la costa de Francia... ya sabes, cosas normales... tienen controlado su número de IP en caso de que descargue cualquier contenido ilegal. En menos de una hora tendría a los *bobbies* en la puerta.

Andrea estaba agradecida a Susan por su sinceridad, por abrirse a ella, como la amiga que nunca antes había sido.

—Nunca me caíste mal, Diana March, todo lo contrario. Eres mi ídolo, te has hecho a ti misma —dijo sonriendo serenamente.

—Vaya, las buenas noticias corren como la pólvora... como no me encargues una pamele para la boda de tus hijos, pienso enfadarme, Susan Ashford.

—Supongo que me harás precio de vieja cuñada amargada, ¿no?

—Te los regalaré; no te quepa duda, Susan.

Los muchachos y Emma se intercambiaron direcciones de correo electrónico y se agregaron a sus redes sociales. Se dieron un espontáneo abrazo y despidieron con afecto, como si se conocieran de siempre y nadie les acabara de adjudicar parentesco dos horas antes.

De vuelta a Londres, Andrea hacía balance de su estancia en Inglaterra. No tenía demasiadas ganas de volver a Barcelona, pero intuía que su hija extrañaba sus raíces.

—Mamá, ¿no me habías dicho que tío Andrew habla español!

—¿Lo habla? Lo había olvidado...

—Dijo que le daba vergüenza porque nunca lo practica, pero me dijo una expresión muy graciosa: “ganarse el cocido”... Si sabe decir eso es porque lo habló bien en el pasado.

—¿Echas de menos Barcelona? —preguntó Andrea.

—Mucho, aunque hable bien inglés... ya sabes, soy muy catalana, no puedo vivir sin muchos días de sol, sin poder disfrutar de mi gastronomía; aquí son tan diferentes... Se sorprenden de mi forma de ser; si me cabreo se me escapan palabras catalanas o castellanas; aquí nadie gesticula, tampoco golpean la mesa cuando se enfadan, ni siquiera le dan una palmada a una mosca cuando se les cruza a medio palmo de las narices. Pero tú, mamá, te mereces pasar más tiempo con tu prima y ahora es el turno de disfrutar de tu casa de Londres... —animaba Emma a su madre.

## En la cima de su carrera

Diana March, conocida en el mundo del diseño, había sabido cosechar todos sus éxitos sin que nadie la conociera personalmente. Nunca aparecía en las pasarelas, siempre trabajaba entre bambalinas, como una peluquera o maquilladora más. Ahora ya no tenía que protegerse de nada. Su hija era mayor de edad y con suficiente carácter para elegir con quién relacionarse. Era el momento de aparecer, de dejar de tener miedo escénico, debía seguir adelante sola. Hacer caso a los consejos de su marido, seguir creciendo con nuevos artículos. No sólo porque los ingresos en el hogar habían disminuido y Emma estaba acostumbrada a una vida llena de bonanza, sino también porque tras su muerte no podía seguir mirándose el ombligo y permanecer todo el tiempo viviendo de los fantásticos recuerdos vividos. Estaba harta de lamentarse.

Meses después de visitar Inglaterra forzosamente, Andrea —al igual que veinte años atrás— había encontrado por fin su local. Esta vez en Kensington High Street y con mucha más pomposidad.

Contrató a una empresa de organización de eventos ubicada en Warwick Avenue, que se encargaría de anunciar en televisión, prensa y radio la apertura de Diana March, e incluso un mes antes de la inauguración, como si se tratara de la *première* de una película, colocaron pegatinas publicitarias en los taxis londinenses.

Archie Ashford quedó asombrado una mañana, de camino al trabajo, cuando vio pasar el primer taxi con el logo de una dama con la cabeza cubierta por una pamelita color malva y el logo “Diana March. Por fin en Kensington”. Sintió que debía darse prisa y desde la oficina se puso en contacto con ella.

—Andrea, acabo de llevarme una grata sorpresa cuando he visto en los taxis tu publicidad. Después he visto el periódico en la cafetería y he descubierto que en menos de una semana vas a conceder una entrevista para la televisión.

—Sí, así es.

—Bueno, primero de todo felicitarte, pero estos acontecimientos me han hecho sentirme presionado a verte, antes de que toda Gran Bretaña te ponga

rostro.

—Vaya, no había caído... es cierto, en unos días...

Los pensamientos transcurrían más rápido que las palabras.

—No es por mí, Andrea, a mí no me importan los medios de comunicación, pero no sé si sería bueno que nos relacionaran. De repente pensé en la prensa sensacionalista y me aterró. Llevo meses tratando de invitarte a cenar y tú te haces la esquivada. Me gustaría mucho que pudiéramos estar ambos a solas. Dentro de unos meses, será mucho más difícil.

—Sí, tienes razón; esta tarde tengo que recoger a Emma al aeropuerto, pero mañana puedo —dijo Emma sintiendo que para ella también era importante el encuentro.

—De acuerdo. Me han hablado muy bien de un restaurante argentino que hay por Baker Street.

—No, mejor llévame donde conociste a Emma. Me dijo que era un sitio con una decoración muy original

—Sí, sí lo es. De acuerdo, ¿quieres que te recoja en tu casa?

—No, yo iré directa a Hatchend.

—¿En serio? ¿No quieres que te recoja? —preguntó Archie desilusionado.

Andrea no quería que eso se pareciera demasiado a una cita, pero no sabía cómo expresarlo para no ofender a Archie. Al mismo tiempo pensó que no hacía falta hacer las cosas más complicadas, así que se mordió el labio e hizo un gesto como si quisiera golpear la mesa de rabia, pero contestó:

—De acuerdo, ven a por mí a eso de las siete.

Esa misma tarde tuvo que aguantar los comentarios de Emma y Norma respecto a su “cita”.

—¿Qué te vas a poner? —preguntó Norma.

—No lo sé. No pienso ponerme sexy si es lo que pretendes saber. Iré normal, con la ropa que me pongo para ir a trabajar, sencilla y elegante. No quiero que me malinterprete por ponerme bonita

—Va, mamá, no seas tan seca, ¡ponte bonita! ¡Qué más da lo que piense! Eres femenina, un icono de la moda. Desde que voy al instituto, me obligas a ponerme máscara de pestañas. ¡Como no te pongas guapa, estarás infringiendo en tu coquetería!

—Pero no te entiendo... si no quieres que te malinterprete ¿por qué has aceptado la cita? —preguntó Norma.

—Porque hay algo que quiero de él, Norma. Me debe una confesión, y no

es de amor.

Ambas callaron, intuyendo a qué se refería. Y dejaron de insistir sobre el tipo de indumentaria adecuada.

Archie, como buen inglés, llamó a la puerta a las siete menos cinco. Emma velozmente le abrió la puerta, curiosa por ver su indumentaria. Archie vestía un largo abrigo negro, con el cuello alzado; sólo se podía atisbar una corbata color azul eléctrico y unos zapatos de charol. Con la edad, había acentuado su imagen de *Sir*, no sólo por su apariencia sino por sus maneras, gestos, por la forma de mover las manos, todo su lenguaje corporal en sí. Era todo un maestro de las buenas maneras.

Emma había entregado su trabajo de investigación satisfactoriamente. Archie había sido una estupenda fueestupendnte de información de la jurisprudencia inglesa y, como ella había prometido, le había traído personalmente copias de algunas fotos de su infancia, además de rescatar algún que otro video infantil de cumpleaños.

\*\*\*

Se saludaron con cariño y se dieron dos besos.

—Hola, Emma, ¿qué tal estás? ¿Sabes ya alguna nota?

—Todavía no; las cuelgan el martes. Mamá no tardará nada en bajar.

Archie sacó de su bandolera una bolsa de papel y se la entregó.

—Muchas gracias por complacerme; aquí tienes de vuelta tus videos domésticos. He disfrutado mucho viéndote sin dientes de leche y columpiándote a toda velocidad.

—Sí... como viste, mis padres siempre me estaban grabando. Hasta que fui consciente de ello y no lo permití —dijo Emma irónicamente.

Archie, orgulloso, había colocado en la cómoda del salón la foto que más le había conmovido; una en que madre e hija estaban subidas al caballito de un tiovivo. Andrea sujetaba a su pequeña, que llevaba un vestido violeta; la madre vestía unas botas camperas, una falda vaquera con vuelo, un top blanco ceñido, y llevaba su larga cabellera recogida.

Era la primera vez que Archie llamaba a la puerta de esa casa, ni siquiera se imaginaba cómo era su interior. Parecía una casa acogedora. Emma no le invitaba a pasar más allá de la entrada, pero para él era mejor así. Durante diez minutos, la joven fue una gran anfitriona, pues le dio buena conversación.

Andrea bajó armoniosamente las escaleras diciendo:

—Ya estoy, solo me retrasé cinco minutos.

Vestía una falda lápiz estampada de estilo barroco y un top color rojo y escote de bañera, un abrigo color beige de pelo sintético y un bolso conjuntado con sus zapatos. El pelo suelto y el maquillaje ligero.

Archie la miró con rostro nostálgico, mientras Emma contemplaba la escena con cierta complicidad.

—Buenas tardes, Andrea. Como siempre, estás preciosa.

—Gracias —dijo ella tímidamente.

—Quietos, no os marchéis aún. Dejadme que os haga una foto.

Iba a ser para ella la primera fotografía tomada a sus padres biológicos, vestidos elegantes, y ambos, conscientes, conscs de ello, pusieron su mejor cara de felicidad y pose.

Archie conducía con la radio muy baja.

—Estoy muy orgulloso de ti, Andrea. Ha valido mucho la pena tu regreso.

—Sí, bueno, es un poco abrumador, después de vivir tantos años en la sombra.

—Qué vas a responder cuando te pregunten por qué decides ahora que te conozcan personalmente, después de tantos años.

—La verdad es que siempre deseé llevar una vida familiar normal... pero que mi hija tiene casi veinte años y enviudé y pensé: ¿y por qué no?

—Sí, tiene coherencia.

El restaurante era tal y como Emma le había explicado, extremadamente original.

De nuevo Archie había reservado la mesa de forja con su dosel.

Andrea no dejaba de contemplar la decoración. No habían escatimado siquiera en un solo detalle. Era un lugar digno de contemplar, mientras alguno de los dos expusiera un tema de diálogo. Después de comentar, mientras paseaban hasta el lugar, el día que habían pasado en Saltdean con su familia, se les había acabado la conversación. Finalmente, él rompió el incómodo silencio.

—Emma me tiene alucinado. Tiene una personalidad muy fuerte. Es una gran líder. A veces incluso me desconcierta. No sé si tiene que ver con su nacionalidad, educación... no veo a mis sobrinos tan avisados... me cuesta encasillarla en un grupo de niñas de su edad.

—Es como mi marido —dijo Andrea tras soltar una risita nasal.

—¿Así que piensas que su educación la ha influenciado más que la tuya?

—Sí, sin dudarlo.

—Me sorprende lo que dices. ¿Cómo pudo suceder?

—Ignasi tenía una personalidad cautivadora... Emma se ha hecho a sí misma admirándolo. Pero su educación no ha sido muy convencional.

—No te entiendo, explícate mejor.

—Para empezar, las asignaturas de la escuela eran en catalán, y Emma era igual de negada que yo con las ciencias. Él le explicaba ciencias y matemáticas con mucho entusiasmo y tampoco le exigía notas excelentes. Aprobaba por los pelos y Ignasi siempre la bonificaba con actividades de las suyas.

—¿A qué te refieres, con bonificarla con actividades de las suyas?

—Muchas actividades, algunas de deporte de riesgo. Mi marido era un asiduo a las descargas de adrenalina y ella trataba de imitarle en todo. Por otro lado, Ignasi cooperaba en trabajos de voluntariado, e incluso se ofreció a operar a pacientes gratuitamente. Emma estaba loca por viajar con él y cooperar en estas causas.

—¿Y qué labor desempeñaba Emma en estos voluntariados?

—Acompañar al enfermo. Algunos de ellos morían solos y ella simplemente les ayudaba a tener paz. En otras ocasiones, les daba calor con un abrazo, les escuchaba, les tocaba las frentes de los enfermos para comprobar si tenían fiebre... Yo soy más fría en estas cosas, pero según mi marido Emma era una excelente voluntaria.

—Entiendo. Así que no salió a ninguno de los dos.

—Bueno, tiene tu físico y tiene mucho de mí. Si lo piensas, al igual que yo, necesitaba un hombre como Ignasi que la protegiera y la eximiera del temor de hacer cualquier cosa. Por eso durante unos meses hemos andado un poco perdidas.

Ahora era cuando ambas empezaban a levantar cabeza. Andrea había entendido que tenía que luchar sola y que el camino ya lo tenía más que empezado. Solo necesitaba creer en ella, sin necesidad de que su entorno la aprobase (como anteriormente sucedía).

Archie contemplaba el blanquecino rostro de Andrea, levemente decaído, adornado por pequeñas arrugas que expresaban haberse reído mucho. El escote de bañera realzaba su precioso busto, adornado por un colgante pequeño de oro, con un corazón que anidaba justo al final de su cuello. Desde que había visto los vídeos y fotos de su hija se había dado cuenta de que seguía albergando deseo por ella y no lo podía disimular. Sin embargo, era consciente de que su difunto esposo había dejado el listón muy alto.

Él le había colmado de una vida sin represiones, llena de seguridad. Nada que ver con la vida que le había dado Archie. Nunca tenían dinero, iban al supermercado diez minutos antes de cerrar para ver si habían rebajado la carne fresca.

Ahora sentía una pasión incontrolable por tener a esa gran mujer junto a él. Deseaba ir atrás en el tiempo y revivir los grandes momentos, en los que para ella él era su protector.

—Archie, estás muy pensativo. ¿Qué te sucede?

—Me estaba acordando de una cosa. Ven, acércate un poco más a mí.

Andrea tenía miedo de que la besara y se acercó a él con rigidez. Él buscó su oído y con ternura le susurró un estribillo.

*Somewhere in my heart  
There is a star that shines for you  
Silver splits the blue  
Love will see it through  
And somewhere in my heart  
There is the will to set you free  
All you've got to be is true*

Era una canción de Aztec Camera, una banda escocesa que se había formado en los ochenta y disuelto en los noventa. Ella siempre le pedía que se la cantara susurrándole al oído. Archie tenía una voz muy suave, incluso afeminada; cuando entonaba, eso le hacía más tierno. La debilidad de Andrea era de Andra que le cantara canciones románticas al oído con esa tierna voz. En ese momento, recordó cómo se quedaba perpleja cerrando los ojos. Visualizaba su cabeza inclinada y mirando el movimiento de sus labios y los hoyuelos marcados de su sonrisa. Sin poderlo controlar, se había estremecido.

\*\*\*

Habían terminado los postres y tomaban un licor digestivo. Entre los dos se habían terminado una botella de vino, elegida por ella, vino español, Matarromera, reserva del 2006. La botella valía en el restaurante sesenta y siete libras, pero no importaba. Pagaba ella, y deseaba celebrar su futuro destape profesional.

Ambos sentían que el alcohol en su sangre convenía para una fluida comunicación, algo estratégico.

—Cariño, no dejo de pensar en cómo hubieran sido las cosas si yo no me hubiera... —dijo Archie con cara de pena.

Andrea se sintió incomoda por el comentario y trató de ser dura respondiendo.

—En fin, ahora da igual pensar en otras opciones... no fuiste claro con la gente que querías y sigues sin serlo.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? Creo que te estoy demostrando que todavía...

—Por favor no sigas... —dijo Andrea colocándole su mano derecha en la boca, temiendo que acabara la frase. Archie permaneció en silencio esperando que ella hablara.

—Archie, nunca me has confesado nada. Lo he sabido todo a la fuerza, y todavía no he tenido la oportunidad de escuchar tu versión de los hechos.

—¿Cómo qué no? Hablé abiertamente contigo, fuiste tú la que no quisiste escucharme.

—¡No! Me dijiste lo que te convenía, nunca confesaste tu delito. Me da igual saber quién fue tu compañero de celda ni lo que envolvió al asunto. Yo sólo quiero saber si hiciste daño a esas niñas. ¿Has hablado alguna vez con alguien de tu familia sobre ello? ¿Sabe alguien tu verdad, por muy dura que sea? Porque tu verdad, aunque sea desagradable, también significa perdón y compasión. Significa mucho más de lo que te piensas.

El tono de ella era suave, sin ira, e incluso le había tomado de la mano. Sólo pretendía hacerle entender que decir la verdad nunca hubiera sido motivo de fustigación.

—Vámonos de aquí, Andrea. Éste no es un sitio donde me sienta a gusto hablando de ciertas cosas.

Paseaban hacia el coche. Decidieron desviar el paseo por un parque en el que refugiarse.

—Andrea, se que contigo puedo hablar de todo esto sin ser juzgado, pero todavía no habíamos tenido la ocasión. Por eso te pedí cenar conmigo esta noche. Andrea, yo no agredí a esas niñas. Las pruebas forenses lo demuestran.

—Sí, eso lo sé, pero algo debió suceder. No quiero hurgar en la herida, sólo saber tu verdad, aunque mientras pronuncio estas palabras me estoy dando cuenta de que no es necesario saberla. Qué más da ya. De verdad,

dejemos el tema, no entiendo por qué he querido provocarte.

—Me gusta que me hayas querido provocar, porque tengo argumentos sólidos. Y después de casi veinte años quiero defenderlos.

\*\*\*

Archie nunca se había considerado un pederasta; sin embargo, era cierto que el hecho de trabajar con niños y pasar numerosas horas con ellos hacía que se sintiera atraído por una especie de compensación hacia ellos. Además, lo niños le resultaban fácilmente impresionables.

Las psicólogas del grupo de rehabilitación del gobierno carecían de veracidad para él. Eran poco imparciales; se jugaban su plaza si certificaban que era totalmente indefenso.

La consecuencia de una acusación de este tipo de delitos fue ingresar dos veces en la cárcel, y esto provocó en él un convencimiento de ser muy mala persona. Llegó a pensar que quizás ellos tuvieran razón. Por eso, cuando terminó con la condicional, asistió a un extenso tratamiento por una psicóloga sexóloga en una consulta privada. Estuvo trabajando sobre sus comportamientos en la infancia y juventud. La psicóloga señaló un factor del paciente al que llamó *identificación emocional*. Significaba que, partiendo de un bajo nivel de formación o escasa autoestima, los hombres experimentan felicidad y tranquilidad cuando pasan su tiempo con niños e incluso cuando ellos mismos pueden comportarse como tal. En estos casos, sus intereses fundamentales no se centran en el acto sexual en sí mismo, sino que, en principio, buscan una relación sincera con el muchacho. Después de numerosas sesiones, la psicóloga pudo certificar que era un paciente que no *reacciona con excitación ante la señal “niño”*.

Cuando finalizó con las sesiones, Archie invitó a sus padres y hermano a que conocieran a su psicóloga y les leyera el diagnóstico. Quería que ellos también supieran, a través de una profesional, que él no era ningún pedófilo. Fue un gran alivio para él, aunque este diagnóstico no sirviera para limpiarle la cara frente a toda la oleada de sucesos. Sirvió para que los que le querían no estuvieran decepcionados con él. Por eso deseaba decírselo a ella también, aunque fuera demasiado tarde.

La explicación de Archie dejó a Andrea indiferente, quizás porque siempre intuyó su i intuyónocencia. Pero eso no eximía la limpieza de su expediente. Se acababa de dar cuenta de que no esperaba nada de él. Era

suficiente con armonizar la relación.

A pesar de los intensos deseos por reconquistar a Andrea, Archie era realista. Había asimilado que cualquier acto que hiciera sería en vano. Cada vez que hablaba de su marido, se podía denotar que lo seguía amando.

Andrea y Archie se despidieron con un fuerte y eterno abrazo, mientras ella olfateaba su familiar perfume de Molton Brown. Sintió que no se iban a volver a ver; al menos tratarían de no evitarse. Él también intuyó esta situación. Le causaba cierta congoja e impotencia, pero entendía que debía ser mejor así.

—Lo siento. Yo solo puedo decir que no me arrepiento de lo que hice en el pasado —dijo Andrea.

—Andrea, hiciste lo correcto, yo también lo siento.

—Venir tras el rescate de Emma, ha sido una experiencia culminante en todos los sentidos. En unos días volveremos a Barcelona. Vendré a menudo, pero nuestro hogar está en España —dijo Andrea mirándole fijamente.

Archie se despidió de Andrea sellándole dos besos en cada mejilla y condujo hasta casa silencioso, pensativo y furioso consigo mismo por la impotencia de no poder ser el acompañante acertado para Diana March en la entrega de los Royal Warrants en Buckingham. Antes de llegar a casa, paró el coche en una curva, apagó los faros. ¡Cómo había dejado escapar a esa mujer, cómo había sido posible!, se dijo poniéndose la mano en la frente”.

\*\*\*

Andrea subió las escaleras pensando en su futuro y el de su hija. Cuando encontró a Emma esperándola, sentada en la primera planta de la escalera con el pijama y descalza, su rostro se serenó, aunque se tornó al instante en el de madre inquisitiva, y dijo:

—¿Qué haces aquí?

—Mamá, me mataba la curiosidad, y mucho más tras contemplar cómo te miraba él cuando bajaste. Nuestro plan era que ambas consiguiéramos de Archie una confesión honesta antes de regresar a Barcelona. ¿Lo conseguiste?

—Sí, Emma, confesó. Según él, es inocente. Es más: asistió con regularidad una psicóloga que hizo un informe sobre él totalmente positivo.

—Jolines mamá... ¿y eso no te hace pensar?

—¿El qué, Emma?

—No sé, mamá... pues que quizás te precipitaste huyendo. Ya no sé qué

pensar de Archie. A mí me ha caído bien; desde el primer momento, hemos tenido buena conexión, me cuestón, me a asociarlo con...

—Emma, te voy a contar un secreto para que entiendas bien por qué hice lo que hice.

—¿Otro secreto?

—Hija, el corazón de una mujer está lleno de secretos. Algunos de ellos ni una misma los ha descubierto aún.

\*\*\*

Había un detalle que ni siquiera había confesado a su marido. Era un secreto compartido con Norma. Andrea le confesó a Emma cómo había vivido bajo su piel, lo que significaba ser víctima de la pederastia.

—No sé quién es Archie, Emma, y de verdad que tampoco lo quiero saber. Desde que supe la verdad, traté de marcar distancias, y el hecho de saber que esperaba un hijo acentuó mucho más mis deseos de desaparecer muy lejos.

—Sí, mamá, ahora lo entiendo todo.

—Mañana hablaré con tía Norma y Dylan y les comunicaré nuestro plan.

—¿Ya es el momento de pasar a la acción? —preguntó Emma

—No del todo, cariño. Tengo que dejar la tienda bien gestionada y ni siquiera la he abierto. Sabes, me siento tan aliviada... ahora ya conoces todos mis secretos, hija mía.

—Gracias, mamá, ahora lo entiendo todo. Y estoy contenta de que no tengamos tabúes y podamos hablar como dos adultas.

—Sí, mi amor, es fantástico vivir sin secretos.

## Diana March at last in Kensington

La primera entrevista a Diana March estaba prevista aquella tarde en el Hotel Ritz, donde se citaba con la periodista más especializada de la moda británica. Esta entrevista causaría gran expectación y audiencia —el canal de televisión de moda estuvo anunciando la entrevista durante dos semanas de antelación—. Era la primera vez que la gente le ponía semblante a Diana March.

Se sentía tranquila, en la cafetería del hotel. Sólo se encontraban unas cinco personas entre cámaras, estilistas y entrevistadora. Andrea temía un gran tumulto, pero afortunadamente seguía siendo anónima.

Indiscutiblemente y como ella ya esperaba, le preguntaron cuál era el motivo por el que durante estos años había sido tan recelosa en dejarse ver. Su respuesta era evidente. Deseaba que su familia llevara una vida normal. Intuyó haber estado muy serena en las respuestas. No obstante, estaba deseando verse en la televisión y conocer las críticas sobre su imagen.

Por la tarde, los cuatro permanecieron plantados en el sofá sin perderse ni un sólo minuto de publicidad. Fue algo singular para ella y su reducida familia ver cómo hablaban de Diana March.

—Diana March tiene ahora cuarenta y seis años. Estudió diseño de interiores y, aunque sus inicios fueron en Riverson, fue la mentora de la famosa y póstuma Vivienne Bergmann. ¿Cómo os imaginabais a Diana? Aquí la tenéis: pelo largo, lacio, color castaño oscuro. Su tez pálida, las pecas rosas de sus mejillas y su delgado físico disipan el paso del tiempo. Temporalmente ha fijado su residencia en Londres y está a punto de lanzar una línea de calzado que se llamara BYDI, Escuchemos qué le ha contado a nuestra periodista Olivia —decían en televisión.

Al día siguiente, Norma leyó la edición del periódico mientras desayunaba:

*Diana March ha entrado en la puerta principal del Hotel Ritz de Picadilly a las 15:30h. Vestía un abrigo azul oscuro hasta los tobillos, con amplia capucha y mangas fruncidas en los hombros. Todos esperábamos con*

*gran expectación verla con uno de sus diseños, pero no ha sido así. Diana ha manifestado a la periodista Olivia Dupont que, a pesar de sentir pasión por sus diseños, rara vez se atreve a lucirlos en su cabeza. Sin embargo, Di calzaba uno de sus diseños de tacón de su colección BYDI, todavía guardada en llave, perfectamente conjuntado con un deslumbrante vestido largo de seda color rosa palo de los años cincuenta, con cuerpo camisero y cinturón ancho de terciopelo negro.*

Esa misma semana, inauguró su flamante tienda, lugar idóneo para el lanzamiento de la colección de zapatos. Era un local grande, diáfano, de techos altos abovedados con preciosas molduras de escayola en las paredes. Se escuchaba de fondo flamenco, con toques de chill out. Desde un monitor que colgaba de la pared se proyectaba un reportaje de sus inicios, que rememoraba toda su trayectoria y en que mencionando sobre todo a su mentora. Se habían recopilado todas las fotografías de diseños clásicos de las grandes celebridades luciendo diseños de Vivienne. Muchas fotografías eran de actos conmemorativos que habían hecho historia.

Durante los dos primeros años del nacimiento de Diana March, Norma había ayudado a Andrea a vaciar los muebles y maquinaria de la azotea. Casi todos habían ido a parar a su taller barcelonés, excepto las fotografías de Vivienne, que retocadas y enmarcadas se exponían en la tienda.

Se había asentado un cordón policial en la calle para proteger a todas las invitadas, damas de la clase alta inglesa, las cuales estaban agradecidas y aliviadas de poder venir directamente a visitarla personalmente para elegir sus diseños. Su nueva gama de zava gama patos había causado furor.

Una semana antes de abrir el local, hizo una extensa selección de personal para contratar a una asistente que atendiera a sus clientas. Necesitaba encontrar su mano derecha. En Barcelona, la tuvo con Paloma, la misma jovencita que contrató para la tienda Riverson de Ronda Universitaria y que, dos meses después de dejar la tienda, deseó ser la aliada de Diana March. Paloma ahora trabajaba en su taller de Barcelona, dando atención a sus clientas españolas y soporte a su página web. Ahora necesitaba una mano derecha británica.

Entrevistó a varias chicas para el puesto. El anuncio lo decía claro: abstenerse varones. Pero cuando se presentó en su tienda el amanerado de Wolfgang —con ese nombre tan rígido y esas maneras tan dulces— entendió que era el colofón que necesitaba su tienda de Kensington. Su madre era

alemana; él, desde siempre, había vivido y nacido en Londres. Nada más presentarse pidió que por favor que le llamaran Wolfi. Era la clase de gay encantador, adulator, que dice siempre la verdad aunque duela, pero a cambio te regala un cumplido. El típico que le encanta maquillarse ligeramente los ojos y de vez en cuando se pone brillo en los labios. Vestía pantalones ceñidos de colores calientes, combinados con camisas coloridas. No le importaba vestir una camisa verde con un pantalón rojo. Calzaba siempre zapatos de puntera afilada y llevaba el pelo con un tupé engominado. Era imberbe, lo que le propició hacerse un piercing en un lado entre el bigote y el labio.

Su entrevista fue un monólogo. Empezó a dar ideas rompedoras para su negocio. Era un as del marketing y de las redes sociales; había trabajado como sastre en la televisión, además de ser *personal shopper* de muchas celebridades. Emma castellanizaba su nombre y le llamaba Wolfito.

Trabajar con él iba a ayudar a Diana March a agudizar su lado femenino y darse cuenta de que rara vez se acordaba de retocarse el maquillaje. Wolfi le dio un toque especial a la tienda y también a sus diseños. Desde el principio se ganó una total confianza. Le dio carta blanca para gestionar la tienda. Wolfi tenía un imán para atraer a gente importante.

Dos meses después de contratar a Wolfito, Andrea sentía que debía emprender el plan que su hija y ella tenían entre manos. Ya habían dado un primer paso hablando con Norma y Dylan. Quedaron con ellos en el O'Neals, el pub de Dylan. El lugar no estaba concurrido y vieron que era el momento adecuado para hablar con los dos.

—Chicos, Emma y yo hemos decidido haceros donación de la casa. Tenemos que pedir hora en la notaría.

—¿Cómo? —inquirió Norma

—Como lo oís, muchachos. El hogar de Kensington os pertenece a vosotros. La habéis cuidado e incluso invertido en mejoras. Sois nuestra única familia irlandesa y es lo menos que podemos hacer

—Andrea, creo que te precipitas. Dejemos las cosas así, es cierto que nos sentimos en ella como si fuera nuestra casa y que es perfecta, pero nosotros tampoco tenemos a nadie más que a ti y a Emma. En el supuesto caso de que nos la donases, acabaría de nuevo en manos de tu hija. No es necesario fs necesaormalizar tanto papeleo, Andrea —intervino él.

—Sí, sí lo es. La donación os protege, os puede pasar algo... no sé, Dylan, no quiero ser agorera, pero podrías tener un problema de liquidez en tu local o Norma invertir mal en alguno de sus negocios... entonces podríais

hipotecar la casa... es un bien que quiero donar, como muestra de mi amor a mi pequeña familia.

—¿Y dónde vais a vivir vosotras? —preguntó Norma

—Asentaremos nuestra vivienda principal en Sarrià. Emma siente que su hogar está allí, y mi hogar está con ella. Vendremos muy a menudo, tengo que prestarle atención a mi nuevo negocio y espero contar con vuestra hospitalidad. Pero, por favor, os ruego que me permitáis hacer esto, sin rechistar.

## Fiesta en Buckingham

Era el momento de dar el siguiente paso, pensaba Andrea esa mañana saliendo del centro de belleza y acercándose a su preciosa tienda.

Pero algo sucedía aquella mañana que retendría sus planes. Para su asombro, Wolfi estaba al borde de un ataque de ansiedad. No entendía lo que pretendía decir, gritaba, iba de un lado a otro, se abanicaba con una cartulina... tenía la cara sonrosada del sofoco y un rodal de sudor en la axila. Intuía que era algo bueno, porque le daba la risa tonta y ella, por empatía, también reía y le seguía a todas partes...

Por fin se relajó un poco.

—Di (es como solía llamar a Andrea) esta mañana llegó un señor muy serio ataviado con un uniforme. No sabía exactamente de quien se trataba; se presentó ante mí como uno de los funcionarios de la casa real inglesa. Ha traído un sobre lacrado grande color crema. Dice que es una invitación de la reina y que si deseas aceptar la invitación debes contestarle por carta a Lord Stewart, el actual Lord Chamberlain, coordinador de la casa real.

La invitación decía así:

*“Lord Chamberlain, por deseos de la reina, le invita a tomar el té en conmemoración a todos los proveedores que garantizan servicios a la familia real. En el Jardín del Palacio de Buckingham, el lunes 23 de enero.”*

*“Se requiere contestación al Lord Chamberlain.”*



*The Lord Chamberlain is commanded by  
The Queen to invite*

*Mrs Diana March and husband  
To a Royal afternoon tea  
In commemoration of  
The Royal Warrant Holders  
Of the British Royal Family  
At the Garden Party in  
Buckingham Palace*

*On Monday 23rd of April 2012 at 15:00pm*

*An answer is required to Lord Chamberlain's Office  
Buckingham Palace - London SW1*

*Morning Dress  
or Lounge Suit*

Se trataba de los tradicionales Royal Warrants of Appointments.

El nombramiento de Royal Warrant se les otorga desde hace siglos a los proveedores que durante más de cinco años han abastecido a la casa real. El sello Royal Warrant lo utiliza la firma que lo adquiere, como reputada publicidad en los encabezados de cartas, facturas y cualquier tipo de marketing publicitario. Sabía de qué se trataban porque Riverson era una de las empresas condecoradas con este sello.

También sabía que si tu trabajo decae o dejas de hacerlo como siempre, puedes perder el Royal Warrant.

La invitación era para la señora Diana March y su esposo. Eso testificaba que durante años había interpretado muy bien su suplantación de personaje. Diana March tenía dos opciones, a cual más divertida: o contrariar a la reariar a ina diciéndole que no tenía marido, que el señor March había fallecido hacía poco, o alquilar un marido muy inglés que pudiera estar a la altura de las circunstancias. Había que tomar la decisión de forma espontánea. Tenía que contestar a Lord Chamberlain.

No había mejor acompañante para la ocasión que la persona que más adoraba. Aunque, por un segundo, pensó en Archie, pues llevaba el protocolo en su sangre y sabría comportarse, lo que deseaba en su corazón era que fuese su chiquilla Emma. Así la compensaría de extender un poco más su periodo en Londres. Seguro que a ella le haría tanta ilusión como a Wolfi.

Tenía muchas clientas modistas que se habían convertido en amigas y que sabían asesorarla. Sólo tenía que elegir cuál de ellas era la predilecta. Era todo un compromiso tener que elegir sólo a una, pero para ella no cabía duda de quién era la elegida. La conocida y atesorada modista Iris de la Cueva, una joven diseñadora de tan sólo treinta y tres años, recién descubierta, a la que había conocido hacía un par de años en la Cibeles Fashion Week. Sus vestidos eran sobrios y distinguidos, y a la vez con un toque atrevido. Todo ello guardaba un paralelismo con sus sombreros, por lo que las dos quedaron encantadas de conocerse y prometieron en un futuro colaborar juntas en algún proyecto. Ahora sería el turno para Iris de entrar en el mundo de la moda de forma majestuosa, como un día hizo Elisenda con Andrea.

Optaron por un traje corto negro, de línea recta, tela con un brocado encima, un abrigo tres cuartos color blanco y, cómo no, así como el protocolo exige, con guantes blancos impecables. Andrea fue a la peluquería, donde le recogieron el pelo hacia atrás cardado, con un moño alto subido a la coronilla. El maquillaje acentuó con máscara sus largas pestañas, y colorearon de rojo sus carnosos y pálidos labios. Estaba orgullosa de su aspecto y elección de vida. Ésta era la recompensa a años de tesón en su carrera.

Faltaba el vestido de Emma. Como irradiaba juventud, vestiría guapísima con cualquier cosa. Ya no tenía edad para buscarle diseñador y modelo; ella debía salir de compras y elegir su vestido. Sin embargo, si quería llevar un tocado de su madre, Emma visualizaba una sencilla diadema con una pequeña red de encaje.

\*\*\*

Llegó el día. Un taxi autorizado las recogió y accedieron al palacio por la puerta principal, austera, cubierta por un claustro adornado por cristales opacos. Tras subir unos escalones, entregaron su documentación a un guarda de la corte que les recibió. La entrada estaba engalanada de flores, y una dama de mediana edad se encargó de acompañarlas por un ancho pasillo, que a su vez hacía la labor de salones interminables vestidos de alfombras y preciosos mullidos divanes en los laterales, techos en forma de cúpula ornamentados con dorados cromados y paredes forradas de tapices rojos con líneas fucsias bordeados con marcos cromados en oro.

La sala donde se encontraban los demás invitados estaba cubierta de un techo acristalado. Poco a poco iban congregándose icregándonos del mundo de la restauración, moda, estética... entre ellos se presentaron con discretos susurros y gestos, mientras esperaban la entrada de su majestad la reina.

ElPalacio de Buckinghamera en un principio la residencia del primer duque de Buckingham. Adquirido por el rey[Jorge III](#) para convertirlo en residencia privada, en los siguientes setenta y cinco años sufrió una serie de ampliaciones, así que se crearon tres alas que formaron un patio central abierto. Con la llegada al trono de la reina Victoria de Inglaterra, seguía sin estar dotado de óptimas condiciones para vivir. El marido de la reina, el príncipe Alberto de Sajonia, se encargó de restaurarlo, amueblarlo, acondicionarlo de luces y de calefacción. De esta forma pasó a ser la residencia oficial de la monarquía británica.

Tras breves presentaciones hechas con susurros, la misma persona encargada de dirigirles, hizo un ademán pidiendo silencio, y todos permanecieron erguidos mientras golpeó un báculo tres veces y exclamo:

—Su Majestad la Reina Isabel.

En fila, sin orden alguno, Lord Stewart se encargaba de introducir los nombres al acercarse a la reina. Hicieron la reverencia y la reina les dedicó algunas lisonjas, mientras les entregaba la merecida condecoración.

Llegado el turno de Diana March, la felicitó por su trabajo y apertura de tienda en Inglaterra. Llevaba comprando sus diseños durante muchos años y todavía no tenía el placer de conocerla. Emma actuaba con discreción; sin embargo, su belleza y juventud no le ayudaban a pasar desapercibida. Había elegido un sencillo vestido de Christian Dior, color celeste, y había diseñado personalmente su propio tocado, hecho por su madre. Era la asistente más joven y todos se interesaban en saber si pretendía seguir los pasos de su

madre.

El protocolo era prácticamente inexistente. La reina organizaba este tipo de ceremonias con gran austeridad. Lord Stewart les dirigió a los flamantes jardines de palacio, donde estaba preparado un sencillo ágape de sándwiches de pepino con mantequilla francesa y té inglés. Se escuchaba música clásica de fondo. La reina era bastante cercana con sus proveedores galardonados.

Sus perros paseaban por el jardín y jugueteaban entre ellos. Cuatro ellos eran de la raza *welsh pembroke corgi*, su predilecta. Portaban un collar de plata de Cartier. Sus nombres eran Pavos, Swift, Linnet y Emma (fue la anécdota escuchar que un perro se llamara como su hija).

Entre todos intercambiaron tarjetas y elogios; hablaron de sus proyectos y de futuros proyectos por compartir. Fue un acto breve y sencillo. Dos horas después, la reina dio un breve discurso y les deseó a todos grandes éxitos profesionales como conclusión, y con sus inglesas maneras dio por finalizada una tarde especial, en la que el sol acompañó toda la tarde.

\*\*\*

Andrea exprimía en su tienda el poco tiempo que le quedaba en Londres, especialmente por ser el día después de los Royal Warrants.

—Di, ha venido el señor Ashford a visitarte —dijo Wolfgang tras golpear suavemente la puerta de la trastienda.

—Hazle pasar, Wolfi —dijo Andrea con asombro, pero sin quitarle las manos a un nuevo tocado.

—Andrea, tu asistente me ha guiñado el ojo y observado cierta parte de mi cuerpo —dijo Archie como saludo, mientras cerraba la puerta apoyando su cuerpo.

—Vaya por Dios. El pobre no acostumbra a recibir varones en la tienda, entiéndelo —dijo ella irónicamente.

—¿Recuerdas a mi primo David? —preguntó Archie.

—¡Sí! El fanático de Elvis Presley. Claro que le recuerdo.

—Hace un par de años compró una masía en la Provenza francesa. Lleva mucho tiempo insistiendo en que vaya. He pensado que este verano nos podríamos reunir los tres unos días allí. Para vosotras, son pocos kilómetros en coche, y para mí, un alivio alejarme de la jungla londinense por unos días. No creo que tenga una cama de seis metros, pero prometo no molestarte ni asustarte por la noche —dijo con un tono seductor.

—Suenan tentador, la verdad. Tengo que programar algunos viajes de trabajo, pero valoraré tu propuesta. Ahora, si me disculpas, tengo que irme. En diez minutos he quedado con la señora Middleton —se excusó Andrea, mientras embalaba el tocado que acababa de rematar y buscaba su bolso.

—¿Middleton? ¿La madre de Kate?

—Sí. La consuegra del príncipe de Gales. Cuídate, Archie —se despidió Andrea besándole la mejilla—. Te informaré cuanto antes de nuestra disponibilidad.

## Fin de una etapa

Dos días después de la recepción de Buckingham, Andrea deslizaba un carrito del aeropuerto con tres maletas apiladas. Emma la acompañaba con un bolso de mano y a Ramsés en el interior de la jaula transportadora.

Desde la otra parte divisaron a Elisenda y Melchor abanderando una pancarta en catalán que decía: “*Benvingudes, us trobàvem a faltar*”. Bienvenidas, os echábamos de menos/.

Era la primera vez en mucho tiempo que los padres de Ignasi mantenían un semblante jovial. Madre e hija también se sentían pletóricas de llegar a casa con semejante recibimiento.

Durante el trayecto, Emma contemplaba la ciudad pegada a la ventana como si la hubiera abandonado hacía décadas. En sus ojos y sonrisa fija, se podía vislumbrar el fervor que sentía por Barcelona.

Ya había manifestado numerosas veces su recelo por subir a Montjuic cuanto antes, para encontrarse con su ciudad.

Era la primera vez desde la muerte de Ignasi que Elisenda preparaba una comida especial. Ambos estaban deseosos de interrogarlas sobre la aventura en Buckingham.

Los padres de Ignasi tenían mucho mejor aspecto. Parecían haber superado la muerte de su adorado y único hijo. Andrea estaba sorprendida de verles, agradecida de sentirse de nuevo arropada por ellos, de seguir formando parte de su familia.

La primera parada fue el hogar de la familia paterna en Pedralbes donde la asistente de los Barceló había preparado la mesa, con una copiosa comida de marisco fresco. Melchor no cesaba de decir:

—Chicas, contadnos vuestra aventura en Buckingham. ¿Qué tal la reina? ¿Llevaba puesta la corona? ¿Estuvisteis en el salón de trono? ¿Le hicisteis la reverencia?

—Melchor, no estás al día, métete en el blog de Diana March. Todo fue más austero de lo que imaginas... había un periodista y un fotógrafo acreditado para el evento; además, tu nuera ha colgado el link donde salen en las noticias —afirmó orgullosa Elisenda.

—Abuelo, luego te doy un paseo por las redes sociales y te explico con detalles.

—Vamos a brindar, familia, ¡por Diana March! —propuso Elisenda con su copa alzada.

—¡Por Diana March! —repitieron todos al unísono, incluida la misma Diana!

Después de comer, Emma se llevó a su abuelo al despacho, encendió el ordenador de su abuela y, entusiasmada, le hizo un *tour* virtual por la tienda inglesa de su madre y mostró las fotografías tomadas en Buckingham.

Mientras tanto, Andrea y su suegra tomaban café y unas pastas a solas.

—¿Cómo llevas los ánimos, Andrea? —preguntó Elisenda.

—Me han venido muy bien estos meses de desconexión: abandono de rutina, nuevos proyectos, reencuentros agitados, gente nueva... ha propiciado que sobrelleve la pena. Es más, desde hace meses que he dejado de tomar somníferos y duermo de un tirón. Elisenda, a ti también te noto mucho mejor, más animada y entusiasmada.

—Así es, querida. He encontrado la paz interior... si te contara... no sé si me tomarás por loca...

—¿Por qué? Elisenda, ha pasado más de un año. Él no querría que las dos estuviéramos muriéndonos en vida... cualquier cosa que haya funcionado, sea lo que sea, es una bendición.

—Bueno, quizás tu alma celta te ayude a entenderme.

—Entonces, significa que te entenderé, explícate.

—Hace unos meses, visité una médium. Notaba la presencia de mi hijo por todas partes e incluso le hablaba. Creí que me estaba volviendo loca. Ya no sabía dónde ir. No soy amiga de los psicólogos, ellos no tendrían respuesta de por qué me habían arrebatado a mi hijo. Sin embargo, decidí visitar una médium. Pensé que ella sí tendría una respuesta. La médium conectó con el alma de mi hijo. Me dijo que todo estaba escrito. Según ella, todo está relacionado con equilibrar karmas. Todos los que le querían sabían que Ignasi era un temerario, que no tenía respeto por la vida. Puso su vida en peligro en contadas ocasiones innecesariamente. Gran parte de este problema lo arrastraba de vidas pasadas en las que había sido un soldado o una persona vil que ponía su vida en peligro. En esta vida había venido a morir joven. Él lo quiso así, era un alma salvaje.

Elisenda seguía sintiendo que le habían arrancado parte de sus entrañas, pero al menos el dolor se le hizo llevadero y su actitud de mujer fuerte ayudó a

que Melchor llevase la pena también con mejor aplomo.

—Tenías razón, con eso de mi parte celta, Elisenda. No sólo te creo sino que también yo algunas veces he sentido su presencia en casa, e incluso olido su perfume. Y no es producto de mi imaginación. Me pediste mantener en nuestra casa sus cenizas hasta que nos sintiéramos con fuerzas. ¿No crees que ha llegado ya el momento?

—Sí, así es —dijo Elisenda con resignación.

## El día después

Elisenda encargó en memoria de Ignasi una misa en su Iglesia predilecta, donde había sido bautizada, la misma parroquia donde anteriormente él y la joven irlandesa se habían casado.

El sacerdote conminó a que alguno de ellos leyera algunas frases en honor a Ignasi. Todos pensaron que Emma sería la persona cualificada en rendirle algunas bellas palabras a su padre.

Esperaban organizar algo muy íntimo. Sin embargo, era una familia querida y fueron muchos los asistentes ese domingo por la mañana. Amigos de la pareja, antiguos compañeros de la carrera, colegas de hospitales, familiares del otro muchacho que pilotaba la avioneta. Se repetían casi las mismas caras congregadas en la misma iglesia días después de la tragedia.

Emma se dirigió al púlpito del altar mayor y leyó unas palabras en catalán.

Emma leyó sin timidez, marcando las pausas, mirando al público. Sintiendo las palabras.

Mi madre supo elegir para mí un padre ejemplar. Tras tu ausencia, he podido descubrir tu misión como hombre. Tu mensaje era: vivir sin miedo. Contigo desconocía qué era el miedo. No existían obstáculos para plasmar nuestros sueños, culminar todos los retos que por nuestra cabeza pasaran. Nuestras vidas no tenían barreras ni complejos. Educarme sin miedo me ayudó a ser empática, a no juzgar, a ser más benevolente con el más desvalido.

Durante muchos siglos, la humanidad vive educada con miedo, con tópicos enjuiciamientos y profecías falsas que obstaculizan la felicidad. Sin embargo, vivir contigo era vivir feliz. Esa fue tu misión.

Todos los presentes aquí aprendimos eso contigo. Estés donde estés, gracias, papá, por enseñarnos a vivir.

El mensaje llegó a todos los presentes que, tras finalizar el servicio eclesial, la felicitaron por su sabiduría y talento como comunicadora. Tras los saludos, abrazos y despedidas, los tres se dirigieron al lugar predilecto de

Ignasi, donde sin duda sabían que desearía descansar, el espacio donde empezó sus rutas de escalada con dieciocho años. Las montañas de Montserrat.

Las caprichosas formas de la montaña más emblemática de Cataluña son el resultado de un proceso geológico y geomorfológico de millones de años, cuando en el enclave había un río tropical.

Subieron con el funicular a la parte más alta de la montaña, se adentraron en ella hasta la parte más oculta, y mediante turnos colaboraron para lanzar sus cenizas, mientras cada uno formulaba una oración en su honor.

\*\*\*

Un domingo más tarde, un día de sol radiante, digno de bañarse con sus rayos, Emma, junto con su madre, cumplió su deseo de subir a Montjuic, pasear entre parques y jardines. En aquel precioso rincón, siempre había algo diferente que hacer; tomar un refrigerio contemplando el puerto desde la montaña, ver alguna instalación deportiva o exposición, subir al funicular... La elección más sugestiva para ellas fue visitar el cementerio de Montjuic, respirar paz, pasear entre sus mutiladas y erosionadas esculturas de ángeles y estatuas, reconocer algún ilustre nombre entre las lápidas, algunas de ella con viejas grietas rotas por el tiempo, donde el morbo hacía que asomaras a ver qué se podía vislumbrar. Nada más que cemento armado y arenilla.

Hacía justo veinte años que Andrea había aterrizado en esa ciudad. Últimamente, coincidiendo con las olimpiadas de Londres, recordaba mucho esa época y trataba de explicarle a Emma cómo era la Barcelona que había conocido.

—Hay mucha gente que le debe mucho a la Barcelona del 92 y que siempre albergará a la ciudad en su corazón. Sin embargo esos recuerdos se entremezclan con tristeza. La gente ha cambiado mucho, y además a peor. En aquellas fechas, había una sensación de positividad, de alegría en el ambiente, de entrega incondicional por el trabajo. La ciudad estaba bonita, quizás tan bonita como hoy, pero el ambiente que la rodeaba era diferente. Hace veinte años, España no sólo era conocida por los toros, el flamenco y la siesta, también existía la España Olímpica. El equipo olímpico español consiguió sus mejores resultados, con un total de veintidós medallas (trece oros, siete platas y dos bronce), y estuvo en la sexta posición del medallero.

—Debió de ser bonito encontrarle aquí después de tantos años. Él

transformó nuestras vidas. Me enorgullece tu valentía, mamá. No recuerdo nada de esa fase, pero te puedo imaginar con tu barriga trabajando decidida a ser una madre soltera a toda costa. Y me imagino a papá conquistándonos, porque no se trataba de una mujer solo, éramos dos por una. Suerte que no fui una niña repelente...

—Emma, has entendido muchas cosas durante estos meses.

—Sí, lo mejor es que tengo más parientes. Tú también has entendido muchas cosas, mamá. Estoy contenta de que vayas a aceptar nuestro encuentro con Archie en la Provenza.

—Sí. El tiempo sana todas las heridas.

—Y quién sabe, puede que en este viaje renazca un viejo sentimiento de amor entre vosotros.

—Quítate eso de la cabeza, Emma. El pasado nunca vuelve. Las personas cambiamos. Lo que a los veinte años nos atrae de alguien dista mucho de lo que nos complementa a los treinta.

—¡Pero con papá no fue así!

—Eso fue una excepción, o llámalo casualidad. La vida me sorprendió con un hombre único y me hizo vivir muy intensamente. Lo tuve todo. Lujos, amor, reconocimiento profesional, sabiduría, placer, confianza. Sigo sintiendo que tu padre nos acompaña. Está ahí, en cada proyecto, en cada velada que paso sola. En mis sueños, me habla... a veces percibo soplos en mi oreja y es él, que me está besando. No tengo ninguna pretensión de volver a amar a un hombre. Mi mayor anhelo es disfrutar de ti, verte feliz, seguir con mis proyectos profesionales...

—Sabes, me gustaría tanto sentir la presencia de papá como tú y la abuela decís.

—La sentirás algún día. Sólo tienes que estar en silencio, escuchar tu interior, dejar la mente vagar... Él ahora es tu guardián, no lo olvides. Las personas se van, pero sus almas no nos abandonan.

Prosiguieron el largo paseo en silencio, sumidas en sus reflexiones, contemplando el silencio del lugar, respirando la brisa que venía del mar.

De repente, una mariposa de gran tamaño, colores vivos, azules, verdes y amarillos, se posó sobre el hombro de Emma y posteriormente aleteó rodeándolas. Era la mariposa más bonita que jamás habían visto. Ambas se miraron con c. Sólo complicidad.

—Ahora sí. Me ha llegado el perfume embriagador de los abrazos de papá, siento su protección.

—Sí, Emma, yo también he olido su brisa de esperanza.

—Tenías razón. Con un poco de silencio interior y paz... te encuentras con él.

Andrea tomó a su hija por la cintura y emprendieron el camino de vuelta a casa. La mariposa aleteó alejándose de ellas.

Mientras bajaban, Andrea rompió el bello silencio. La vida seguía plagada de esperanzas y proyectos que emprender. La energía de la mariposa le había recordado que seguía llena de vitalidad.

—¿Sabes que estoy pensando, Emma? Voy a darle el beneplácito a la nueva sugerencia de Wolfito de diseñar pareos para hombres. He pensado, que a finales del verano, nos podríamos ir las dos a la India y Tailandia para comprar telas y comercializar con mayoristas del sector. Sería el momento señalado si quiero lanzarlas para la colección del verano siguiente. ¿Te animarías a venir conmigo?

—Sí, pero ¿podemos hacer una parada en Australia para hacerme unas olas? —consultó Emma.

—Sí, claro, ya que estamos allí, no perdamos la oportunidad.

—Mamá, Wolfito es un crack. ¡La idea de los pareos para hombres es tan gay y elocuente! Diana March, diseñando para metro-sexuales, ¡menuda primicia!

—Bueno, entre otras cosas, también tengo en mente diseñar ropa interior masculina. Cuando lleguemos a casa, te enseñaré los bocetos.

—Mami, ya estoy viendo las noticias en el periódico británico sensacionalista *The Sun*. Diana March se reinventa como Madonna... me mola, mamá. Estos periodistas ingleses son la caña.

—Sí, pero no les tomes como ejemplo —dijo Andrea con candor, mientras la tomaba del brazo y se alejaban del cementerio.

## **Agradecimientos**

*A mi madre, por creer en mi potencial y financiar mis sueños. A la ciudad de Barcelona, porque su lado bohemio me envuelve como vestido hecho a medida, de fina seda que se adhiere a mi piel. Barcelona fue el antídoto de mis penas y desolaciones, fue el abrazo y arropamiento de mi creatividad.*

# Table of Contents

## PORTADILLA

### PARTE 1

1. Sin un adiós
2. El hallazgo de Emma
3. Los orígenes de Andrea
4. Emma escapa
5. Andrea y su mentora
6. ¿Dónde vive Henry?
7. El segundo amor de Andrea
8. Un hogar de fábula en la costa
9. En un recóndito lugar
10. Un huésped en un lugar emblemático
11. Regreso con invitación a largarse

### PARTE 2

12. Dos años después
13. Incógnita despejada
14. Desandando lo andado
15. Sorpresa cruel
16. Hilvanando su vida
17. Alguien más para el futuro
18. Con nuevas compañías
19. El guardaespaldas
20. El valor de la belleza
21. Riverson'92
22. Un conocido en Riverson
23. A flor de piel
24. Sobre las estrellas dibujé mi destino
25. Despertando el erotismo
26. Elisenda y Melchor
27. Bray
28. Diana March
29. A la Irlandesa

### PARTE 3

30. Andrea buscando a su hija

- [31. Emma conoce a su padre biológico](#)
- [32. Andrea llega a Inglaterra](#)
- [33. Emma se encuentra con su madre](#)
- [34. Cena familiar](#)
- [35. Primeras confidencias](#)
- [36. Policía](#)
- [37. Desengaño](#)
- [38. Noche tormentosa](#)
- [39. Despertar con la verdad](#)
- [40. Confesiones](#)
- [41. Otro sobresalto](#)
- [42. ¡Qué idea!](#)
- [43. Primera fase del plan](#)
- [44. Susan y Andrew](#)
- [45. En la cima de su carrera](#)
- [46. Diana March at last in Kensington](#)
- [47. Fiesta en Buckingham](#)
- [48. Fin de una etapa](#)
- [49. El día después](#)

[Agradecimientos](#)